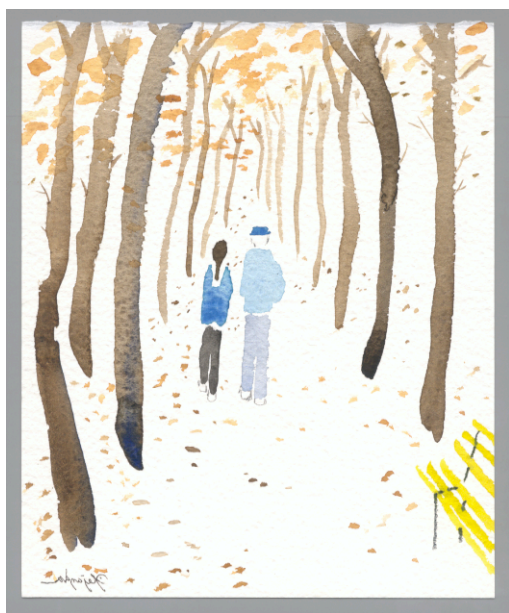


Alejandra María Sosa Elízaga

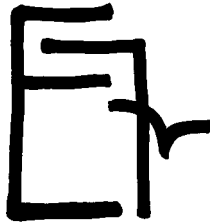
Gracia oportuna



Colección Vida desde la Fe
Volumen 5



*“designó el Señor a otros setenta y dos
y los envió por delante...
a todas las ciudades y sitios
a donde Él había de ir...”
(Lc 10, 1)*



EDICIONES 72

ALEJANDRA MA. SOSA ELÍZAGA

GRACIA OPORTUNA

Colección Vida desde la Fe
Volumen # 5



EDICIONES 72

Gracia oportuna
Colección 'Vida desde la Fe'
Volumen # 5

EDICIONES 72, S.A. DE C. V.

Moctezuma 17 local C, esq. Chimalcoyótl,
Col. Toriello Guerra, Tlalpan,
C.P. 14050, México, D.F.

ISBN: 978-607-8197-00-2

Registro del Derecho de Autor: 03-2011-081113045300-14

Prohibida su reproducción total o parcial sin permiso
por escrito de la autora y/o del editor

www.ediciones72.com

Correo electrónico: ediciones72@yahoo.com.mx

Si desea escribirle a Alejandra María Sosa Elízaga
puede hacerlo al Ap. postal 22-289 México, D. F.

Correo electrónico: alesosa@ediciones72.com

tel: 56 65 12 61

Hecho en México

Í N D I C E

PRESENTACIÓN	7
¿Sí te acuerdas qué es la Navidad?	8
Amar sin sindicato	9
Paz duradera	14
Ante el Nacimiento	17
Oración de la familia en Navidad	20
Ayuda para guardarlo todo...	21
Oración de la familia en año nuevo	22
Oración para el confesor	25
Aprender a ver	27
Gracia oportuna	30
Esperanza viva	33
Panacea universal	34
¿Venganza?	38
¿Sabes mortificarte?	41
Retiro	44
Murmuraciones	47
La Resurrección: centro de la fe cristiana	50
Oración por la defensa de la vida	57
Hechos	58
Oración al Señor de la Divina Misericordia	61
Perseguidos mas no abandonados	62
La voz de Dios	65
El valor de volver	68
Día del alumno	71

Contracorriente	74
Siete regalos	77
Tres	80
Tropiezan y caen	83
Adopta un padre	86
No de ‘chiripada’	90
¿Por qué dedicarle un año a San Pablo?	93
Dejar atrás	97
¿La vida?, ¿el destino?	100
¿Qué te equilibra?	103
Enséñanos a orar	106
Saber incomodar	109
Por la fe	112
Superar la adolescencia	115
Hosanna en las alturas	118
Humildad	121
¡Fuera lastre!	124
Encuentros con la misericordia	127
Perder para ganar	131
¿Viaje sin escalas?	133
Unidos y armados	136
Gratitud	139
Misión continua	142
¿Tienes amigos santos?	145
La espera de la misericordia	148
Cercanía y perseverancia	151
¿Eres optimista?	154
Cristo nuestro Rey	155
Obras de Alejandra Ma. Sosa E.	161

PRESENTACIÓN

Este es el quinto volumen de la colección de cinco libros titulada: 'Vida desde la Fe'.

Con ese estilo característico de Alejandra María Sosa Elízaga, que sabe decir cosas profundas en pocas líneas, y a veces hace reír y a veces pone un nudo en la garganta, estas reflexiones, de no más de dos o tres páginas cada una, son ideales para leer una diaria.

Trata temas de la vida cotidiana, casi siempre iluminados por textos bíblicos que se proclaman en Misa.

Su objetivo es relacionar la vida y la Palabra, para ayudar al lector a descubrir qué sabroso es no sólo leerla sino saborearla, porque nutre y fortalece, habla al corazón y lo llena de paz, gozo y esperanza.

¿Sí te acuerdas qué es la Navidad?

Caminaba entre el aroma de los pinos y del ponche recién hecho, entre filas de puestos donde se venden figuras para Nacimiento, heno, musgo, portalitos, velas, coronas de Adviento, piñatas y toda clase de artículos navideños, cuando al pasar frente a una familia que miraba unas luces que parpadeaban y tocaban villancicos al mismo tiempo, alcancé a oír que el papá le preguntó a su niña: ‘¿sí te acuerdas qué es la Navidad?’, a lo que ella replicó emocionada: ¡¡sí!!, ¡¡es cuando viene Santa Claus!! La respuesta lo hizo reír a él, y a mí me apachurró el corazón. ¿Cómo fue que sucedió que las celebraciones en torno al nacimiento de Jesús se volvieron más importantes que éste, al grado de hacer que muchas personas ni se acuerden de Él? Se me ocurre, y perdónenme si suena exagerado, que esto tiene el típico sello discreto y eficaz de ése al que Jesús llamó el ‘príncipe de la mentira’. Es característica suya promover algo aparentemente bueno para que las personas lo acepten sin chistar, y luego usar aquello mismo para apartar a la gente de lo verdaderamente bueno. En el caso de la Navidad ha conseguido que lo que empezó siendo positivo (reunirse a celebrar, merendar sabroso, dar regalos) ¡se volvió lo principal y en muchísimos casos, lo único! Ha conseguido que se distorsione la razón por la cual se habla de amor y paz en Navidad (que nace Aquel que es el Amor y que nos trae la

verdadera paz), y en su lugar se mencione un ambiguo ‘espíritu navideño’, una especie de altruismo sin causa, que se contagia, como la gripa, en ‘esta temporada’. Ha conseguido que se hable de la ‘magia de la Navidad’, para que la gente atribuya el atractivo de ésta a algo ‘mágico’, despojado de todo significado religioso. Ha conseguido que incluso ¡lo religioso se distorsione!: me contó una amiga que en un seminario de ‘auto-superación’, de ésos que se han puesto de moda, el orador invitó a los asistentes a pedir un deseo al ‘ángel de la Navidad’, ¡háganme el favor!, ahora resulta que hay un ‘ángel de la Navidad’ que ¡concede deseos! ¡Cuánto disparate! Y lo más doloroso es que este intento de paganizar esta gran fiesta del cristianismo ha afectado a millones de niños que ahora esperan con más ilusión la venida de Santa Claus ¡que la del Niño Dios!

Me dio tristeza aquella niñita en el mercado, porque tiene puesta su esperanza en un viejito panzón vestido de rojo que tarde o temprano la dejará defraudada. Por ello se me ocurrió plantear aquí algo que quizá sirva como punto de partida para los lectores que quieran platicar con sus hijos para ayudarlos a darse cuenta de que en Navidad lo importante es el Niño Jesús, no Santa Claus. Veamos:

¿Quién es Santa Claus? Un personaje pintoresco que sólo existe para quien cree en él. ¿Quién es Jesús? Dios, que vive desde siempre y para siempre.

¿Qué es lo que supuestamente ha hecho Santa Claus? Juguetes. ¿Qué ha hecho Jesús? ¡Todo! Es el creador del mundo, del universo entero y de todas las cosas buenas que hay en él; es el que te hizo a ti y a todos tus seres queridos. Dice la Biblia que todo fue hecho por Él (ver Jn 1, 3); sin Él ¡no existiría nada!.

¿A quienes está destinado lo que hace Santa Claus? Sólo a los niños supuestamente ‘bien portados’ cuyos papás tienen suficiente dinero. Por eso deja a muchos niños tristes, sin recibir nada ¿A quién está destinado lo que ha hecho Jesús? A ¡todos! Él no discrimina a nadie, no hace diferencias entre buenos o malos, ricos o pobres. Da Sus dones a todos por igual, no deja a nadie fuera.

¿Cuándo se supone que viene Santa Claus? Sólo un día al año. En cambio Jesús está con nosotros siempre, ¡a todas horas! Él prometió acompañarnos todos los días, hasta el fin del mundo (ver Mt 28, 20).

¿Qué hace por ti Santa Claus el resto del año? Nada (a nadie se le ocurre rezarle a Santa Claus para pedirle ayuda). Si acaso se supone que se dedica a vigilarte para juzgar cómo te portas a ver si mereces regalo. ¿Qué hace por ti Jesús durante todo el año? Bendecirte, cuidarte, protegerte, llenarte de amor y de ternura, estar atento a lo que necesitas y dártelo.

¿Cuánto dura lo que te regala Santa Claus? Probablemente poco. Son cosas materiales que se gastan, rompen, pierden o llegan a aburrir y son dejadas a un lado. ¿Cuánto dura lo que te regala Jesús? ¡Hasta la eternidad! Sus dones no se gastan, son para siempre.

¿Dónde se supone que vive Santa Claus? En el Polo Norte, un lugar helado y lejano al que nadie ha ido jamás. ¿Dónde vive Jesús? En todas partes, cerquita de ti, y también, si quieres recibirlo, dentro de ti.

¡Eso es lo que festejamos en Navidad: que Dios te ama tanto que quiso nacer en este mundo y ser niño como tú para darte la posibilidad de ser como Él, hijo de Dios, y regalarte una felicidad que nunca se termine y que puedas disfrutar para siempre en compañía de todos tus seres amados en la vida eterna! Es algo maravilloso que sucede aunque no haya adornos, cenas o regalos, así que no hay que preocuparse tanto por éstos y más bien hay que poner la atención en disponer el corazón para recibir en él al Niño Jesús.

Ojalá aprovechemos cada Adviento como un tiempo de cuatro semanas para poner las cosas en su lugar y no permitir que lo mundano nos domine, sino prepararnos debidamente a celebrar lo verdaderamente ‘celebrable’: que Dios se ha quedado a vivir entre nosotros, desde aquella primera Navidad.

Amar sin sindicato

En la vida laboral quienes pertenecen a un sindicato se sienten protegidos por éste de lo que les demande su patrón. Tienen bien delimitado cuál es su horario, lo que les toca desempeñar a ellos y lo que corresponde a otros, y nadie les puede exigir que hagan lo que no está en su contrato.

Muchos creyentes quisieran que esto aplicara en la vida espiritual. Quisieran poder ser algo así como ‘sindicalizados del amor’ para poder responder a la exigencia de amar con un: ‘No, lo siento, ya venció mi jornada, ya no me queda amor para dar así que pase a otra ventanilla’; ‘a mí no me toca amar a fulano, le toca a otros’; ‘hoy estoy de descanso, así que ni se les ocurra pedirme que ame’.

Pero esto no es posible. Jesús nos pide amarnos unos a otros como Él nos ama (ver Jn 15, 12) y San Pablo nos hace ver que el auténtico amor no puede tener límites (ver 1Cor 13, 7).

¿Por qué semejante exigencia? ¿Qué no sería mejor o cuando menos más fácil, que se nos pidiera amar dentro de un horario y solamente a un limitado número de personas? No, porque fuimos creados por Dios por y para el amor, y sólo el amor nos permitirá alcanzar la plenitud a la que estamos llamados. Por eso no hay que pasar la vida buscando modos de amar menos, todo lo contrario.

Fijémonos lo que dice San Pablo cuando en su oración por nosotros pide que nuestro amor “ *siga creciendo más y más*” (Flp 1, 9). Ello confirma que no sólo estamos llamados a

amar, sino a aumentar ese amor, es decir, a amar más y mejor.

Alguien podría preguntar: pero si ya amo a alguien con todo mi corazón, ¿cómo puedo amarlo más? La respuesta es que el amor no consiste en sentir sino en comunicar; no es un sentimiento sino una acción que busca el verdadero bien del otro.

Si sólo fuera algo que uno experimenta en su interior, sería difícil aumentarlo (¿cómo pedirle a un padre amoroso que ame más a su hijo?, ¿cómo pedirle a una esposa enamorada que ame más a su marido?), pero es algo que se traduce en obras, que se expresa en pensamientos, palabras, actitudes, y en este sentido, ¡sí que puede crecer! Siempre podemos dar más amor, con todo lo que ello implica: tratar a los demás con más alegría, con más paciencia; buscar nuevos modos de hacerlos sentir más aceptados, más comprendidos, más tomados en cuenta; siempre podemos esforzarnos más por perdonar, por callar comentarios desagradables, por evitar disgustos, por tender nuestra mano con mayor frecuencia...

Cuando llega el Adviento (palabra que significa ‘venida’), solemos prepararnos a celebrar no sólo la venida histórica de Jesús hace dos mil años, sino la futura. Dice San Pablo que si crecemos en amor llegaremos “*limpios e irreprochables al día de la venida de Cristo*” (Flp 1, 10).

¿Quién no quisiera que a Su venida Cristo lo encuentre ‘irreprochable’? Pues bien, tenemos la receta para lograrlo: hay que crecer en amor.

Cada vez que nos preparemos para celebrar el Nacimiento de Aquel que nos amó hasta el extremo y que nos invita a amar como Él, ¿qué tal si nos disponemos a vivir esa Navidad como una fiesta de amor?

He aquí una propuesta concreta: El mejor regalo no es el que se compra, por costoso que sea (pues quizá apantalla a quien lo recibe pero no toca su alma). El mejor regalo es aquel que involucra a quien lo da, lo hace salir de sí mismo, dar algo no sacado de su cartera sino de su corazón, no una parte de lo que tiene sino de lo que es. Por ello, en la próxima Navidad sería interesante que acordemos, en familia al menos, que en lo que respecta a los regalos que solemos intercambiar en

Navidad, no recurramos a la solución fácil de comprar algo para salir del paso, sino nos atrevamos a dar algo que no tenga precio, que no se pueda comprar, que involucre lo verdaderamente valioso que cada uno tiene: su voluntad, su disposición, su tiempo, realizar algo concreto por otra persona. Así, por ejemplo, el intercambio de regalos puede convertirse en un ‘intercambio de promesas’. Cada miembro de la familia escribe las suyas (en un papel, tarjeta navideña, etc) y al momento convenido, se la da a quien corresponda. Puede regalar su promesa de ir con alguien a alguna parte a la que éste ha querido ir pero no ha tenido nadie que le acompañe; su promesa de ayudar a ordenar o reparar algo en la casa; su promesa de hacer una visita o dedicarle a alguien todo un día, una mañana o una tarde; su promesa de prestarle atención, de escucharle sin hacer otra cosa al mismo tiempo, de no interrumpirle; su promesa de ayudarle en ciertas laborosas labores domésticas; su promesa de sustituirle en algo que le toca hacer, para que pueda darse un respiro y descansar.

A diferencia de lo que sucede cuando das regalos materiales, regalar una promesa así te enriquece. Te hace pensar en las necesidades de otros y ser más sensible a éstas; te anima a salir de tu propio egoísmo, en suma: te hace crecer en amor. Contra lo que podría pensarse, el que gasta mucho en un regalo en realidad da poco.

Ojalá que en la próxima Navidad nos animemos a permitir que nuestro corazón se libere de la estrecha mezquindad de dar sólo cosas materiales y se expanda con generosidad para celebrar, imitar y recibir a Aquel cuyo amor no conoce límites.

Paz duradera

Contaba un veterano de la Primera Guerra Mundial esta anécdota: él y unos miembros de su regimiento se encontraban en una trinchera, agazapados, muy cerquita de donde estaban también agazapados en su trinchera los enemigos. Era una fría noche de luna y la luz blanquecina iluminaba las siluetas y hojas de los árboles alrededor. Nadie se movía, nadie hacía ruido. Todos esperaban que los otros cometieran el error que delatara su presencia, para así abrir fuego contra ellos. La espera se alargaba, cargada no sólo de tensión y nerviosismo, sino de otro elemento más: una dolorosa nostalgia. Es que esa noche era 24 de diciembre y muchos no podían evitar visualizar a su familia, muy lejos de allí, reunida en ese mismo instante, celebrando la Navidad. En eso alguien comenzó a cantar un villancico. Una voz que se atrevió a romper el silencio no con el sonido de las balas sino con un canto de alabanza al Emmanuel, al Dios-con-nosotros, al Príncipe de la Paz. Por un momento todos quedaron desconcertados sin saber cómo reaccionar; nadie se atrevía ni a callar al que cantaba ni a disparar en su contra. Entonces otra voz, del otro lado de la línea enemiga se unió a la primera, cantando el mismo villancico en su propio idioma. Le siguió otra, y otra más, en ambos bandos. Pronto todos los hombres estaban cantando el villancico, a voz en cuello, emocionados, conscientes de que por encima de sus odios y diferencias eran hermanos, hijos del mismo Dios que había enviado a Su Hijo a reconciliarlos. Cantaron villancicos toda la noche, y a la

llegada del alba decidieron retirarse sin hacerse daño. Contaba el veterano que ese recuerdo quedó imborrable en el corazón de todos los que vivieron aquello, y les cambió por completo la manera como veían a los demás, ya no como enemigos a los que había que aniquilar, sino como semejantes, quizá con ideas distintas que no compartían, pero semejantes al fin y al cabo, con los mismos miedos, inquietudes y necesidades que ellos, con un corazón igualmente capaz de conmoverse y amar.

No hace mucho sucedió algo parecido, aunque en otro ámbito, el de la política: personajes que habían protagonizado un tremendo zafarrancho de pronto acallaron sus gritos para cantar al unísono el Himno Nacional. Al igual que sucedió entre aquellos soldados, estos políticos sintieron que había algo más grande que ellos que los unía: su pertenencia a un mismo país, su identidad como mexicanos, y eso los hizo capaces de deponer, aunque fuera por unos instantes, sus diferencias.

Suele suceder que muchas familias y comunidades tienen miembros peleados entre sí, enemistados por sus discrepancias políticas, cada uno en su trinchera, cada uno permitiendo que anide en su corazón el odio o el desprecio hacia quien piensa distinto, cada uno dispuesto a acribillarlo con su ira o su desdén. Y así se disponen a celebrar, por ejemplo, la Navidad. Pero esto no puede ser. No se puede celebrar de ese modo la venida de Aquel que nos enseñó a vivir, no sólo a rezar, el Padre Nuestro. Es hora de que todos nos demos cuenta de que nos une algo mucho más grande que lo que nos separa; es hora de que nos atrevamos a dejar de vernos como adversarios y comprender que es muy corto el tiempo que Dios nos concede en este mundo y nos llama a aprovecharlo para edificar, no para destruir. Aquel que nos pidió que nos reconciliemos con nuestros hermanos antes de ir a presentar nuestra ofrenda ante el altar, ¿cómo querrá que celebremos la Navidad? Seguramente no como perros y gatos, no con un gélido silencio, ni con un mal disimulado desdén o peor, con comentarios desagradables u ofensivos. Piensa esto: somos todos niños invitados a celebrar la fiesta de cumpleaños de Jesús. ¿Se la arruinaremos con nuestros pleitos y malos

modos? ¿Seremos esos invitados incómodos que hacen sentir mal a todos por sus actitudes belicosas? Si Jesús tuviera un pastel con velitas y antes de soplarlas alguien le dijera que pidiera un deseo, seguramente, típico de Él, no querría nada para Sí mismo, sino que Su deseo sería que todos aceptemos la paz que vino a traernos para que podamos vivir en fraterna alegría. Yo no quiero ser la ‘aguafiestas’ que no permita que se cumpla ese hondo anhelo Suyo. ¿Y tú?

Por encima de nuestros desacuerdos hay algo infinitamente más grande que nos une: ser miembros de la inmensa familia del Padre. Ojalá que cada Navidad nos anime a salir de nuestras trincheras y a unir no sólo nuestras voces sino nuestros corazones con los de aquellos que hasta ahora quizá hemos visto como enemigos. Pide San Pablo: “*Que la benevolencia de ustedes sea conocida por todos*” y “*que la paz de Dios, que sobrepasa toda inteligencia, custodie sus corazones y pensamientos en Cristo Jesús*”(Flp 4, 5.7). Podemos interpretar ambas peticiones como una misma invitación que ojalá nos anime no sólo a cantar sino a vivir una auténtica ‘Noche de Paz’ que no termine al amanecer sino siga iluminándonos toda la vida.

Ante el Nacimiento

Volvió a suceder. Te habías hecho el buen propósito de que ahora sí para cuando llegara Navidad ya no tendrías ningún pendiente, nada que comprar, hacer, cocinar, preparar, etc. y podrías dedicarte con toda calma a disfrutar el día sin prisas y, sobre todo, darte un buen tiempo para meditar en el significado del Nacimiento de Jesús, quizá leer algún bello texto bíblico, hacer un ratito de oración, en fin, vivir esta fiesta cristianamente. Sin embargo llegada la hora otra realidad se impuso, con su inevitable cuota de carreras, preparativos de última hora, asuntos inesperados y urgencias que te robaron la serenidad y te han dejado sin ánimos ni tiempo extra. Bueno, si eso te pasó, no te desanimes, te tengo una magnífica noticia: Navidad dura ¡ochos días! Sí, es una fiesta tan grande que no basta una jornada para contenerla, así que durante toda una semana la Iglesia celebra la ‘octava de Navidad’ como si cada día fuera 25 de diciembre. Eso significa que todavía estás a tiempo para festejarla como quizá nunca lo has hecho, con una vivencia espiritual muy enriquecedora. He aquí una propuesta concreta:

Tómate un tiempo en que nadie te interrumpa y siéntate a contemplar el Nacimiento que pusiste en casa (o un cuadro, tarjeta postal o lo que tengas a mano en donde aparezca la Sagrada Familia). No importa el lugar, sino que puedas realizar esto cuando no haya gente, cuando puedas estar en silencio y soledad. ¿A qué me refiero con ‘contemplar’? No

simplemente a mirarlo un ratito y decir: ‘ay qué bonito’ y ya, sino a pasar un buen rato en silencio, mirando a cada uno de los personajes ahí representados, especialmente: a Jesús, a María y a José, a percibir su actitud, captar qué características, qué cualidades descubres en cada uno. Hazlo sin apresurarte, permitiendo que te envuelva el ambiente que emana de esta escena.

Mira al Niño, pequeñito, vulnerable, recostado en pajas, dispuesto a someterse, por amor a ti, al sufrimiento humano, a pasar frío, hambre y sed, soledad, incomprendiones, traición. Dale las gracias a Jesús por amarte tanto que quiso venir a este mundo a compartir tu condición humana y a rescatarte del mal y de la muerte. Pídele que te ayude a corresponder a Su amor, que te haga como Él, dispuesto a amar a todos hasta el extremo, capaz de no aferrarte a nada, de mantener un alma sencilla, desprendida, feliz de cumplir la voluntad del Padre. Puedes recordar escenas de Su vida y pedirle que te ayude a imitar Su paciencia, Su tolerancia, Su capacidad de perdonar. Puedes pedirle a Él que, como dice San Juan, es la “Luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo” (Jn 1, 9) que rompa tus tinieblas, que te ayude a superar ese pecado que con frecuencia te hace caer; que te ayude a desprenderte de tus miedos, de tus angustias, que te colme de Su paz.

Mira a María, arrobada ante su Hijo y dale las gracias por haber dado a Dios ese ‘sí’ que permitió que en ella se encarnara el Salvador del mundo. Pídele que ruegue por ti para que, como ella, sepas abrirte por completo a la gracia de Dios y poner toda tu fe y tu esperanza en Él, pase lo que pase; que la fuente de tu alegría sea saberlo a tu lado en todo momento; que sepas acogerlo en ti y llevarlo a los demás; que siempre reconozcas y agradezcas que el Señor hace en ti maravillas y no te canses de alabarlo; que sepas descubrir el modo como te manifiesta Su presencia cada día y vivas lo ordinario de modo extraordinario, con la mirada fija en Él y tu voluntad dispuesta a cumplir la Suya; que ames Su Palabra y vivas reflexivamente, guardando todo lo referente a Él en tu corazón; Mira a María y pídele que te comunique las

cualidades que percibes en ella: belleza interior, ternura, serenidad, delicadeza para tratar a otros, comprensión, afabilidad.

Mira a José, protector de la Virgen y el Niño, dale las gracias por haber aceptado ser el padre adoptivo del Emmanuel, del Dios-con-nosotros. Pídele que ruegue por ti para que como él sepas dejar que el Señor te haga soñar y despertar para cumplir Su voluntad; que te contagie Su profundo amor por Jesús y María, que tome también a tu familia bajo su protección y ruegue para que en ella reinen la concordia y la unión.

Para terminar imagínate que tú formas parte de esta escena, que eres como uno de esos pastores que llega a ver al Niño. Pregúntate qué podrías ofrecerle de regalo, algo que realmente lo haga feliz y atrévete a dárselo. Quizá contentarte con cierta persona a la que ya ni le hablas; quizá dejar de hablar mal de ese alguien que te cae ‘en el hígado’; quizá renunciar a la borrachera que pensabas ponerte el 31 de diciembre y en cambio celebrarlo sanamente con tu familia, quizá proponerte visitar a ese familiar anciano o enfermo que está en el olvido; quizá compartir con quienes menos tienen lo que tienes de más, en fin, tú sabrás qué puedes darle, eso sí, desde ahora te aseguro que el Señor siempre se las ingenia para que quien le regala algo resulte el más beneficiado, no sé cómo le hace, pero es así...

Como ves, se necesita un buen espacio de tiempo y quietud para hacer esta oración pero vale la pena. Te comparto que a mí me gusta realizarla de noche, cuando ya todo está en calma. Apago todas las luces excepto la del Nacimiento y me quedo allí, en silenciosa contemplación y diálogo con la Sagrada Familia. Te invito a hacer la prueba. Es una experiencia deliciosa que sin duda iluminará tu alma con la verdadera Luz de Navidad.

ORACIÓN DE LA FAMILIA EN NAVIDAD

Es Navidad, Jesús: ¡Feliz cumpleaños!
Celebramos que nos amas tanto
que viniste al mundo a ser nuestro hermano

queremos corresponder a Tu amor,
ser dignos miembros de Tu Sagrada Familia

ayúdanos a aprender de San José y de María
a dejar que la gracia de Dios nos llene el corazón
hacer de Tu presencia nuestra alegría
tener para todos tolerancia, ternura, comprensión y perdón
construir nuestro hogar con fidelidad, paz y armonía
vivir cumpliendo en todo Tu voluntad
y mantenernos siempre unidos en Ti
iluminados por tu Luz y compartiendo el gozo
de saberte Dios-con-nosotros por toda la eternidad
Amén

Ayuda para guardarlo todo...

Cuando empieza un año nuevo, ¿te acuerdas de todas las maneras como Dios intervino en tu vida en el año que dejaste atrás? ¿te acuerdas de todos los pedacitos de la Sagrada Escritura que en un momento dado te gustaron, conmovieron o llamaron la atención cuando los escuchaste en Misa o los leíste en tu Biblia?, ¿te acuerdas de todas las veces en que sentiste la presencia de Dios a través de algo bueno que te sucedió? Lo más probable es que hayas respondido que no, pero no te deprimas: es normal: no se puede retener en la mente absolutamente todo lo que nos sucede. Ahora bien, la ‘desmemoria’ puede ser una bendición cuando te permite dejar atrás situaciones tristes o desagradables, pero no es tan buena cuando lo que olvidas son cosas positivas para ti, en especial la intervención de Dios en tu vida. Esto ¡siempre vale la pena recordarlo!

Al respecto resulta significativo lo que dice el Evangelio que se proclama cada 1º de enero en Misa, que: *”María guardaba todas estas cosas en su corazón”* (Lc 2, 21), refiriéndose a los hechos extraordinarios que sucedieron tras el nacimiento de Jesús. Como ya alguna vez se ha comentado aquí, eso de ‘*corazón*’ no se refiere, como solemos entenderlo, a lo afectivo, sino sobre todo a la mente, a la voluntad, a la inteligencia. Así pues, San Lucas nos dice que María retenía en su mente todo lo relativo a su Hijo, y ello

implica que no lo guardaba ahí como quien pone un fólder en el ‘archivo muerto’, sino que lo reflexionaba, lo meditaba largamente y seguramente sacaba conclusiones que la llenaban de luz, paz, fortaleza y esperanza.

Resulta evidente que nos aprovecharía muchísimo imitar a María, pero la verdad es que vivimos en un mundo acelerado, ruidoso, que a cada paso nos bombardea con estímulos diversos que nos distraen, nos dispersan y nos hacen olvidar lo más importante: las señales que Dios deja en nuestra vida. ¿Qué hacer al respecto? Cabe responder con una pequeña sugerencia: Para poder imitar a María en lo de recordar todas las cosas, no sólo hay que guardarlas en el corazón, sino ¡en una práctica libretita!

Sí, en concreto he aquí la propuesta: que compres o consigas un cuaderno o algo similar para que sea tu ‘diario espiritual’. Y antes de que este título te espante hay que aclarar que lo de ‘diario’ no significa que tengas que escribir en él diariamente ni que tengas que empezar cada anotación con un: ‘querido diario’, como quinceañera del siglo pasado, sino que se refiere a que pondrás su fecha correspondiente a cada cosa que ahí anotes, sea un renglón o más (sin importar si lo haces todos los días o muy de vez en cuando), y lo de ‘espiritual’ se refiere a que lo reservarás exclusivamente para las cosas de Dios, ¿qué significa esto?, que no lo usarás para recetas de cocina, recados telefónicos o cualquier asunto mundano, sino, por ejemplo, para copiar una cita bíblica que te encantó o comentar una experiencia que tuviste y cómo percibiste en ella la presencia, el amor, la ayuda de Dios.

Tener un ‘diario espiritual’ te permite ir llevando un registro del modo como Dios se manifiesta en tu vida y el modo como le has ido respondiendo. Ya no importa si se te olvida algo, ha quedado asentado en papel, puedes releerlo y recordarlo cuantas veces quieras. Un ‘diario espiritual’ se vuelve una especie de testigo que te recuerda lo que has experimentado y te hace ver cómo saliste adelante.

Hay dos momentos en los que resulta utilísimo haber llevado un diario espiritual:

El primero es cuando atraviesas por una situación difícil que ya te ha tocado experimentar antes: Repasar lo que anotaste en aquellos momentos te permite no sólo recordar que entonces te sentías igual que ahora, sino también cómo lograste superarlo con ayuda de Dios. Es como consultar a un sabio consejero que se acuerda de todo lo que le has platicado y te lo recuerda para ayudarte a aprovechar tu experiencia en el pasado para salir hoy adelante. Por ejemplo: leer tus reflexiones al perder tiempo atrás a un ser querido; tus expresiones de dolor o tristeza, y cómo hallaste la paz al ponerlo todo en las manos del Padre, te permite hoy hacer lo mismo y encontrar un consuelo semejante.

El segundo es al terminar el año: conviene tomar un tiempo para hojear tu diario completo con el objeto de tener una visión de conjunto que te permita descubrir cómo Dios se fue comunicando contigo. Te cuento que al hacer esto, en una ocasión me sorprendió descubrir que a lo largo de los meses, había yo anotado, sin recordar que lo había hecho antes, la misma frase de cierto Salmo, lo cual me hizo pensar que debía ponerle atención a ese texto, pues quizá Dios lo había querido usar para decirme algo...

Hoy es un buen día para empieces ‘tu diario espiritual’. No te importe si no eres muy ‘ducho’ para escribir: nadie leerá tus notas, no se te exige ‘estilo’ ni siquiera buena ortografía, basta que tengas el corazón, como decimos en Misa, ‘levantado hacia el Señor’, tu pluma en la mano y una osadía: la de aceptar la provocativa invitación de una hoja en blanco para registrar en ella cómo vas captando las huellas de Dios día con día.

ORACIÓN DE LA FAMILIA EN AÑO NUEVO

Te damos gracias, Señor
por todo lo que nos permitiste vivir
en el año que termina
y por lo que nos tienes preparado
para el que apenas comienza:
sabemos que si viene de Tu mano,
será para nuestro bien.
Concédenos caminar como familia
Contigo a nuestro lado,
responderte siempre sí,
poner nuestra esperanza en Tu mirada,
hallar en Ti la gracia para saber amarnos
y compartir con todos
los dones que quieras regalarnos.

Oración para el confesor

En una parroquia a la que asistí vi largas filas de fieles que aguardaban su turno para confesarse y pensé en los sacerdotes que pasan a veces horas sentados en un estrecho confesionario, escuchando las faltas de sus hermanos para ayudarlos a reconciliarse con Dios, tratando de hacerlo con caridad y paciencia, tratando de dar unas palabras que toquen los corazones, tratando de no caer en la rutina ni el desánimo.

¡Qué difícil papel, cuánto los ama Dios por su esfuerzo y cómo les agradece y recompensará por todo el bien que hacen!

A raíz de esto se me ocurrió que sería bueno que hubiera una breve oración que los confesores pudieran decir para pedir una gracia especial al momento de sentarse a cumplir su bella y exigente vocación.

Así pues, les comparto hoy esta oración para que quien lo desee pueda copiarla para ponerla en el confesionario; imprimirla en estampita, fotocopiarla o simplemente usarla quizá como punto de partida para su propio diálogo con el Señor.

Ojalá sea de provecho para alguno.

Va con ella mi fervorosa súplica a Dios para que siga bendiciendo y sosteniendo los esfuerzos de todos los que cumplen el mandato que les dio Jesús de ir de Su parte a perdonar los pecados (ver Jn 20,22-23; 2Cor 5, 18-20) y con

admirable dedicación se prestan para impartirnos el Sacramento de la Reconciliación.

ORACIÓN DEL CONFESOR

Gracias, Señor
por haberme elegido
para hacer llegar a mis hermanos
Tu perdón

líbrame del orgullo
dame humildad para nunca olvidar
que es un regalo Tuyo
que yo no merecí
pues, como ellos, soy hombre pecador

Préstame Tu compasión
Tu paciencia, sabiduría y amor

concédeme que quien venga ante mí
a confesarte sus pecados
se sienta acogido
no juzgado sino comprendido
no regañado sino aconsejado
fortalecido
amado
y quede gozoso y lleno de paz
por haber sabido yo comunicarle
Tu misericordia infinita
y el abrazo del Padre

Aprender a ver

En una revista católica que solía publicarse hace años, mi sección favorita presentaba una foto de lo más provocativa que ocupaba la página central. Y antes de que alguno piense mal y se imagine que lo de ‘provocativa’ significa que la susodicha foto mostraba lo que mi abuelita hubiera calificado de ‘indecencias’ aclaro que no era nada de eso, todo lo contrario. Se trataba simplemente de una foto que captaba algún elemento dentro de un ambiente cualquiera, de lo más común. Por ejemplo: una cesta llena de frutas sobre una mesa de cocina; una banca en un parque; una cabina telefónica con el auricular descolgado; gotas de rocío brillando sobre una telaraña en un jardín; un par de niños caminando por la calle tomados de la mano; un viejo reloj de pared. Lo que hacía interesante el asunto es lo siguiente: se invitaba a los lectores a dedicar un buen rato a contemplar la foto para captar qué les decía de Dios, de qué manera descubrían algo allí algo de Sus características, o de la manera como se relacionaba con ellos o ellos con Él. Se invitaba a los lectores a llevar a la oración aquello que hubieran descubierto, es decir, a platicar con Dios al respecto, y, por último, a escribirlo en forma de una breve oración que podían enviar a la revista para ser publicada en el siguiente número.

En cada ejemplar aparecía una foto nueva (que abarcaba toda la página, para que los lectores pudieran contemplarla a gusto para inspirarse en su diálogo con Dios), y al reverso, en un tamaño más chico la foto del número anterior

rodeada de tres o cuatro de las oraciones que diversos lectores habían escrito, y enviado, luego de contemplarla.

Resultaba fascinante leer dichas oraciones y descubrir cómo la misma foto despertaba tan distintas reacciones. Por ejemplo cuando se publicó la de la cesta de frutas una mujer escribió una oración pidiendo ayuda a Dios para que así como con esas frutas se podía cocinar y compartir con otros muchas cosas sabrosas, también ella, con los dones que Dios le daba cada día, pudiera realizar y compartir con otros muchas cosas buenas. Un joven universitario veía en la canasta un símbolo de todo lo que la vida le ofrecía y le pedía a Dios saber elegir lo mejor y no desperdiciar ninguna semilla sino saber sembrarla; un padre de familia escribió que esas frutas le hablaban del hambre en el mundo y de la invitación de Dios a compartir con otros sus propios bienes; una mujer escribió que la foto le recordaba la granja a la que solía ir en verano cuando era pequeña, cuando toda su familia pasaba la tarde reunida, disfrutando el paisaje, cortando fruta y poniéndola en canastos, y en su oración pedía saber mantener a su familia unida como entonces. En fin, éstos son unos cuantos ejemplos de lo que se publicaba. Seguramente llegaban docenas de oraciones a la revista y los pobres editores se las veían negras tratando de elegir entre todas las más significativas o bellas.

Esto vino a mi mente porque gran parte del año litúrgico corresponde al llamado ‘tiempo ordinario’, (desde que termina el tiempo de Navidad hasta el Miércoles de Ceniza, y luego desde el lunes después de Pentecostés hasta el Primer Domingo de Adviento), y sería estupendo que no dejemos que el título de ‘ordinario’ nos suene a común y corriente, aburrido, sin chiste, sino que lo tomemos como una provocativa invitación de Dios para saber captar cómo nos habla a través de eso que vemos todos los días, de esos elementos ordinarios que forman parte de nuestra vida cotidiana, y que todo ello nos mueva a entablar un diálogo con Él.

Se trata de ir por la vida con los ojos bien abiertos, la sensibilidad a flor de piel y las ‘antenas’ conectadas para captar las sutiles señales de la presencia de Dios en cosas tan

ordinarias como un despertador, una puerta entrecerrada, un papalote enredado en un árbol, un montón de hojas secas apiladas en el suelo, en fin, que podamos mirarlo todo con otros ojos, tomarlo todo como pretexto, como trampolín para elevar el alma hacia el Señor y convertirlo en tema para una sabrosa conversación con Él.

Así, no importa en dónde estemos, en la casa, en la calle, en un transporte público, donde sea, el mundo entero se nos convertirá en una zona llena de señales que nos hablarán de Dios, de cuánto nos ama y cómo está pendiente de nosotros, lo cual nos moverá a responderle.

San Pablo pedía que oráramos ‘*sin cesar*’ (ver 1Tes 5, 17), y uno de los muchos modos de hacer caso a esta invitación es aprender a verlo todo con una mirada que sepa ir más allá de la superficie para detectar lo divino en lo humano, lo extraordinario en lo ordinario y aprovecharlo para entrar en comunicación con Dios.

Por ejemplo, ¿ya notaste cómo te está hablando en este instante el Señor a través de eso, sí justo eso que hasta hoy te había pasado desapercibido y curiosamente está ahora mismo allí, enfrentito de ti?

Gracia oportuna

No cabe duda de que es verdad lo que le dijo su papá a Corrie Ten Boom, una famosa escritora y predicadora holandesa.. Contaba ella que cuando era chica solía ir con él en tren de Amsterdam a la Haya, y en uno de esos viajes, cuando ella comentó que le preocupaba cómo saldría adelante de cierta situación difícil que veía venir en el futuro, su papá la miró enternecido y le respondió con una pregunta: ‘Corrie: dime ¿cuándo te doy el boleto del tren?’ Ella contestó: ‘cuando estamos a punto de abordarlo’. Él le dijo: ¿sabes por qué? Porque si te lo diera en la casa podrías dejarlo allá y si te lo diera en el camino, podrías perderlo. Te lo doy justo cuando lo necesitas. Pues bien, del mismo modo, Dios nos da la gracia para enfrentar las situaciones difíciles cuando la necesitamos, no antes. Así que no te preocupes anticipadamente. Contarás con la ayuda divina al momento en que te haga falta.’

En estos días me ha tocado comprobar la verdad y sabiduría que hay en esas palabras.

Falleció mi papa, y yo, que siempre había temido que llegara ese momento y había creído que no tendría la entereza para enfrentarlo, me descubrí viviendo estos últimos tiempos con él llena de paz y fortaleza; pude sentarme a su lado en la cama, tomar su mano, pasar largos ratos orando en silencio, dando gracias por el don de esa vida que, como una lámpara, se apagaba porque llegaba el alba, y encomendar su alma a la misericordia infinita de Dios; pude decirle al oído muchas cosas, apapacharlo, acompañarlo y aceptar la despedida con

absoluta serenidad y disponibilidad ante la voluntad divina que es siempre sabia y buena.

Había creído que cuando faltara mi papá, me resultaría intolerablemente doloroso contemplar sus fotos, sus pertenencias, pero ahora que ese momento llegó y él se ha mudado a la casa del Padre, sus cosas me hacen recordarlo con ternura, con alegría, con gratitud hacia Aquel que me permitió ser hija suya y compartir tantas vivencias inefables.

Solía pensar que me sucedería como a una señora que conozco, que acostumbraba salir con su mamá a un jardín a echarle migas de pan a los pajaritos y cuando ésta falleció nunca más volvió a hacerlo porque decía que le daba demasiada tristeza. En cambio ahora sé que no será así, que las cosas que mi papá y yo hacíamos juntos no sólo formarán parte de mis mejores recuerdos, sino que podré seguir realizándolas con él a mi lado, presente de una manera distinta, pero presente al fin y al cabo.

La víspera de que comenzara su gravedad pasamos un largo rato en la noche, con todo apagado, contemplando las luces del arbolito de Navidad y cantando villancicos, él y yo solos en la sala de su casa. Sé que la próxima vez que ponga el arbolito, el Señor permitirá que esa escena venga a mi mente a endulzar ese momento, no a amargarlo.

Papá y yo solíamos ir a caminar por el parque que aparece en la foto, y en otoño nos la pasábamos compitiendo a ver si había más hojas secas de su lado o el mío, pues a mí me encanta pisarlas y oírlas crujir y él hacía como que se enojaba porque yo me adelantaba a pisar las de su lado que según él le tocaban sólo a él. Estoy segura de que es un recuerdo que me acompañará cada vez que camine sobre hojas secas, y con la gracia de Dios será algo que me hará sonreír y sentir muy cercano a mi papito.

Quise compartir esto contigo, querido lector, por si esta experiencia mía puede servirte para tener fe y esperanza en que cuando te toque vivir momentos difíciles o dolorosos, el Señor te dará, como a mí, lo que necesites a cada paso; que hallarás consuelo no sólo por saber que reencontrarás a tu ser amado en la Resurrección, sino también por sentir que la muerte no es

ausencia sino diferencia de presencia, y que no se ha roto la comunicación con él sino se ha perfeccionado pues en la Comunión de los Santos él te escucha, te mira e intercede siempre por ti.

Pido al Señor que llegado ese momento sientas tu alma, como yo, llena de esa paz que sólo Dios puede dar.

Esperanza viva

La iglesia estaba llena de niños de grandes ojos y largas pestañas, vestidos con los ropajes más diversos y sentados o reclinados en mullidos cojines de terciopelo, canastas decoradas con flores o sillas primorosamente adornadas. Era la fiesta de la Candelaria, y numerosos fieles habían llevado a bendecir sus imágenes de Niño Dios.

Curiosamente, aunque estaba rodeada de abundantes motivos infantiles, me puse a pensar que bien podríamos en la Iglesia celebrar en esa fecha el ‘día del anciano’. ¿A qué se debió semejante ocurrencia? A que en el Evangelio según san Lucas que se proclama cada 2 de febrero en Misa destacan dos ancianos, un hombre y una mujer, Simeón y Ana, que podrían ser tomados como ejemplo para edificar y animar a todos sus semejantes.

De Simeón se nos dice que *“habitaba en él el Espíritu Santo”* (Lc 2, 25) y que confiaba en que se cumpliría lo que Éste le había prometido: que *“no moriría sin antes ver al Mesías del Señor”* (Lc 2, 26). Un día, el Espíritu lo mueve (y cabe hacer notar que él se deja mover) para ir al templo, donde se encuentra nada menos que con María y José, que llevan en brazos a Jesús. Es un momento extraordinario en el que Simeón, al ver por fin colmado su más querido anhelo, eleva su voz en una bellísima oración (que hoy conocemos como ‘Cántico de Simeón’) en la que expresa que ya puede morir en paz porque sus ojos han contemplado al Salvador de todos los pueblos (ver Lc 2, 29-32).

Es notable cómo a pesar de su avanzada edad y de que ha pasado muchísimos años esperando el cumplimiento de aquella promesa, no desespera, no reniega, no se desanima, no siente que ya no sirve para nada, no se deja estar, no se deja morir. Se mantiene vivo, vivaz, atento y sobre todo dócil a lo que el Espíritu le anima a realizar.

Por otra parte, se nos presenta a Ana, una viuda que a pesar de su situación de viudez y de edad avanzada, no se encierra a rumiar nostalgias, sino que se mantiene activa, sirviendo al Señor en el templo. Ello le permite no perderse la cita más extraordinaria de su existencia.

Simeón y Ana son dos personas con los años suficientes como para haber dejado en alguna parte de su ya muy largo caminar por la vida la esperanza de ver algún día cumplido su sueño. Y sin embargo nunca se dan por vencidos. Simeón cree en lo que el Espíritu le prometió y Ana se mantiene al pendiente. No se dejan derrotar por el calendario, la inercia o la desesperanza; sino que logran conservar su ánimo libre de artritis, y gracias a eso se les concede estar al momento justo en el lugar preciso, percibir la presencia de Dios en su vida, llenarse de gozo y convertirse, a buena hora, en comunicadores de la Buena Nueva.

Para Dios no cuentan las credenciales de los jubilados ni los clubes de la ‘tercera edad’. Si mantiene a alguien en este mundo, es porque espera todavía ¡mucho de él! Da lo mismo si éste puede salir, si está en silla de ruedas o postrado en una cama. En el estado o situación en que se encuentre, siempre puede hacer algo para construir el Reino y beneficiar a otros, por ejemplo dar un ayuda, un consejo, un testimonio de alegría y paciencia, hacer oración...

Los años acumulados no son razón para perder la esperanza. Nunca es demasiado tarde para dejarse conducir por el Espíritu, disponerse a encontrar a Dios y servirlo de alguna manera.

La inmovilidad, la inutilidad y el desaliento no son culpa de un almanaque, sino de un alma que dice: ¿ya qué?

Panacea universal

Se le preguntó a un grupo de personas qué entienden que es la ‘gracia’ de Dios. Una dijo que era que Dios lo hacía todo con mucha gracia, entendida como delicadeza, arte, inteligencia, etc. Una niña dijo que eso de ‘gracia’ se refería al sentido del humor de Dios, que había hecho animales tan graciosos como la cebra o la jirafa. Por fin algunos dijeron que la gracia de Dios es todo aquello que Él nos da gratuitamente. Es ésta la explicación que más se acerca a la definición que da la Iglesia sobre la gracia: “La gracia es el favor, el auxilio gratuito que Dios nos da para responder a Su llamada” (CIC 1996) ¿Qué llamada? La llamada a ser hijos Suyos, a corresponder a Su amor, a vivir con Él la felicidad que no acaba, la eternidad...

Qué maravilla que Dios nos dé la ayuda que queremos para poder vivir como nos pide. La gracia de Dios es verdaderamente la ‘panacea universal’, el auxilio infalible que todo lo remedia, que sirve para todo, que siempre acierta en proporcionarnos precisamente lo que nos hace falta: ¿Qué necesitas?, ¿tener valor?, ¿sabiduría?, ¿serenidad?, ¿consuelo? La gracia de Dios te lo da todo, te saca adelante de cualquier situación. No en balde dice el salmista al Señor: “*Tu gracia vale más que la vida*” (Sal 63, 4).

Vienen a la mente esas palabras de San Pablo cuando presume, aparentemente, de que ha trabajado más que todos los apóstoles juntos, pero de inmediato aclara que no ha sido él, sino la gracia de Dios que está con él. Se ve que no lo dice

para presumir, sino para hacernos comprender que cuando uno cuenta con la gracia de Dios, todo lo puede, nada se dificulta. Se realizan grandes cosas de las que uno jamás se hubiera creído capaz y que jamás hubiera podido llevar a cabo si no fuera por la gracia de Dios.

Esto necesariamente nos obliga a preguntarnos: ¿Cómo estamos respondiendo a la gracia de Dios? Porque la gracia que movió a Pablo a ser un ‘superapóstol’ y a superar toda clase de terribles dificultades, es la misma que Dios derrama hoy en ti y en mí. No ha disminuido ni tantito; no se ha desgastado nada a través de los siglos. Sigue intacta, con toda su fuerza, con todo su poder. ¿La estamos aprovechando al máximo? Dice San Pablo: “*Por la gracia de Dios, soy lo que soy*” (1Cor 15, 10). Atrevámonos a preguntarnos: ¿somos lo que somos debido a la gracia de Dios? Reflexiona: ¿cuánto de lo que piensas, haces, dices y tienes es consecuencia de abrirte a la gracia de Dios y cuánto es consecuencia de cerrarte a esa misma gracia?

San Ignacio de Loyola finalizó una de sus bellas oraciones, pidiendo al Señor: ‘Concédeme tan sólo Tu amor y Tu gracia, que eso me basta’. ¡Ah, si hiciéramos nuestras sus palabras, si de veras apreciáramos todos los incontables beneficios que obtenemos cuando nos abrimos a la gracia divina! Viviríamos ávidos de recibirla y hacerla fructificar. La gracia de amar a los difíciles; perdonar lo imperdonable; derrotar la tentación; mantener viva la fe y la esperanza aun en las condiciones más adversas; la gracia de tener el corazón lleno de paz, mansedumbre, misericordia.

Muchas personas se resisten a la gracia; la aceptan con restricciones, la reciben con gotero para usarla a cuentagotas: poquito y de a poquito. Piden que Dios les dé tantita gracia para resolver cositas. No quieren ver ni aceptar que Él les ofrece abundante gracia para resolver grandes cosas. Así, por ejemplo, aceptan Su gracia para superar un cierto problema, pero en cambio no la quieren, ni la piden, para superar un gran pecado que suelen cometer, porque quizá ya se acostumbraron, se resignaron o peor aun lo disfrutaban. El asunto es que, aunque no la pidan, Dios de todos modos les da Su gracia, y a manos

llenas, para superarlo todo. Qué pena que la desperdicien miserablemente. Ojalá no nos veamos nunca en ese caso, sino que podamos decir no sólo al final de nuestra vida, sino cada día, felizmente, como San Pablo, que la gracia de Dios no ha sido estéril en nosotros.

¿Venganza?

“ ¡Así te quería yo agarrar, infeliz!!”.

Ésta es una frase que puede pronunciar alguien para sus adentros cuando descubre que cierta persona que le cae mal o, peor aún, a la que odia, y de la cual desea desquitarse, se encuentra a su merced, vulnerable, susceptible de recibir algún tipo de castigo o venganza.

En estos casos se suele experimentar el tremendo impulso de hacer justicia por la propia mano. Incluso se puede llegar a pensar que no es casualidad que se hayan dado las circunstancias precisas que le permiten a uno hacer que la otra pague por lo que hizo. Hay quien piensa: ‘no, si ya estaba de Dios que me llegara esta oportunidad de vengarme: se ve que Él me la puso en bandeja de plata, así que ¡la voy a aprovechar!’

Es lo más fácil caer en la tentación de reaccionar como lo hace todo el mundo, dejarse llevar por el instinto, permitir que aflore lo peor de uno mismo y encima justificarlo argumentando que por algo Dios lo permite. Pero como creyentes estamos llamados a actuar de modo muy distinto. Ahí tenemos el ejemplo de David, el que fuera el famoso rey de Israel. Cuando era apenas un joven valiente y bien parecido, el que entonces era rey, Saúl, comenzó a sentir envidia e ira contra él. Llegó a tal grado su hostilidad que Saúl empezó a buscar la manera de acabar con David y se dedicó a perseguirlo y a hacerle la vida imposible. ¿Cómo reaccionó éste? De manera ejemplar: sin devolver jamás mal por mal;

todo lo contrario. En el Primer Libro de Samuel leemos que una noche David y un compañero suyo se dan cuenta de que el rey Saúl y toda su comitiva están durmiendo tranquilamente en una cueva. Entran en ésta y llegan hasta donde está acostado el rey, sin que éste ni quienes lo rodean se despierten. Su compañero le dice a David: *“Dios te está poniendo al enemigo al alcance de tu mano. Deja que lo clave ahora en tierra con un solo golpe de su misma lanza”* (1Sam 26, 8) Ahí esta la tentación de decir la frase mencionada al principio, la tentación de aprovechar el momento, inclusive la tentación de creer que Dios avala esta venganza. Pero David no cae en eso y se niega. a atentar contra la vida de aquel a quien sabe que Dios ungió como rey. A pesar de todo lo que el rey le ha hecho, a pesar de que alguien lo está animando a creer que el mismo Dios lo invita a deshacerse de Saúl de una vez por todas, David no cede ni a la presión externa ni a la de su propio corazón, a pesar de que está indignado y dolido por todo el mal que, sin merecerlo, ha recibido de parte de Saúl. David elige reaccionar de manera distinta a lo que cualquiera hubiera esperado; elige el camino difícil, elige perdonar y renunciar a su deseo de desquitarse. Se atreve a permitir que sea Dios el que se encargue del asunto y lo pone todo en Sus manos, afirmando: *“El Señor dará a cada uno según su justicia y lealtad”* (1Sam 26, 23).

Alguno podría pensar que David deja pasar una oportunidad única, que es tonto y débil. La verdad es que hubiera sido tonto y débil si hubiera respondido de otro modo.

Se requiere verdadera inteligencia y fortaleza para comportarse según la voluntad divina, que es siempre de paz, perdón y misericordia. Lo vemos en el Evangelio: estamos llamados a amar a nuestros enemigos, a rogar por los que nos maldicen (ver Lc 6, 27). Cuesta trabajo, pero la buena noticia es que quien se atreve a hacerlo, obtiene resultados sorprendentes. Si leemos en la Biblia la continuación de esta historia, vemos cómo, cuando Saúl descubre que David le perdonó la vida, cambia por completo. Le dice: *“He pecado. Vuelve, hijo mío, David, no te haré ya ningún mal, ya que mi vida ha sido hoy preciosa a tus ojos. Me he portado como un*

necio y estaba totalmente equivocado” (1Sam 26, 21). Y a partir de ahí, cesa en su persecución contra David.

La próxima vez que sientas que Dios te pone en bandeja de plata la oportunidad de desquitarte, piénsalo dos veces: trae a tu mente esta historia y atrévete a reaccionar como David. Ten por seguro que obtendrás, como lo promete Jesús, una gran recompensa, y sobre todo la infinita satisfacción de ser un digno hijo del Altísimo, porque Él es siempre Bueno, incluso con los malos y los ingratos... (ver Lc 6, 35).

¿Sabes mortificarte?

‘Mortificación’ es una de esas palabras que a nadie le gusta. Suena a una desafortunada combinación de muerto y momificación, así que cuando llega la Cuaresma y con ella la invitación a mortificarnos, mucha gente no quiere ni pensar en eso.

La verdad es que la mortificación bien entendida no tiene nada que ver con muertos o momias, todo lo contrario, tiene que ver con la vida y el modo de vivirla más plenamente. Si el término nos suena a ‘muerte’ es porque en efecto, toda mortificación exige morir, hablando figurativamente, para dar el paso hacia una vida nueva.

¿Qué es una mortificación?, ¿en qué consiste? En renunciar a alguna comodidad o satisfacción. En un mundo que nos invita a satisfacer, de inmediato si es posible, hasta la menor de nuestras necesidades, la mortificación nos invita a experimentar voluntariamente cierta incomodidad o molestia; al posponer o impedir, con prudencia y en la medida de lo posible, claro, la satisfacción de algún deseo lícito.

Hay quien considera que eso de mortificarse es una especie de masoquismo pasado de moda que no tiene sentido, pero entonces viene la Iglesia, año tras año, especialmente en Cuaresma, a recordarnos que la mortificación no es una práctica obsoleta, todo lo contrario, es un excelente camino de santificación. ¿Por qué? Porque nos ayuda de muchas maneras, veamos algunas:

1. Para cultivar uno de los más ricos frutos del Espíritu Santo: el dominio propio

La mortificación nos enseña a no ceder al primer impulso, nos ayuda a crecer en el control de nosotros mismos, lo cual repercute positivamente en toda nuestra vida, nos hace capaces de reaccionar con mayor paciencia a las circunstancias adversas, nos hace experimentar que es posible tener paz aun cuando no se cumple aquello que deseamos.

2. Para reparar los propios pecados

La mortificación puede ser ofrecida a Dios como sacrificio en reparación por los propios pecados. Es una especie de contrapeso en una balanza que se había inclinado demasiado hacia el lado de la pereza, el egoísmo, la autocomplacencia.

3. Para interceder por otros

La mortificación también puede ser ofrecida a Dios en reparación por los pecados de otros. Es ésta una práctica muy agradable a Sus ojos, porque está inspirada en un auténtico amor fraterno. Se debe amar mucho para estar dispuestos a padecer alguna incomodidad por el bien de los demás.

4. Como muestra de nuestro amor por Dios

Es la manera más perfecta de mortificación, pues no busca otra cosa que darle a Dios el regalo de nuestro esfuerzo, sin otra intención que la de mostrarle así nuestro amor por Él.

Cabe comentar que las mortificaciones desagradan muchísimo al demonio, por lo que siempre sucede que cuando alguien se propone realizar alguna mortificación, de inmediato surge una vocecita en su interior que le hace pensar que no va a poder, o que no tiene caso porque Dios ni se entera, en fin, que empiezan a surgir las razones y justificaciones para dejar aquello por la paz. Te comparto que hace años, iba yo por la calle cuando en eso al pasar frente a una obra en construcción sentí que se me metió una piedrita en el zapato. No era nada del otro mundo, no estaba como para lastimarme el pie, pero era latosa. Como en esos días había terminado de leer ‘Historia

de un alma', la autobiografía de Santa Teresita, quien solía aprovechar lo que le sucedía para mortificarse y ofrecérselo a Dios, se me ocurrió que sería buena idea aprovechar lo de la piedrita y dejármela ahí todo el día, como mortificación. Pues no había dado yo ni diez pasos luego de esa resolución cuando de inmediato empecé a pensar: 'ay no, no es buena idea, la verdad es que es latosísimo eso de tener una piedrita en el zapato; mejor la quito de una vez, no sea que cuando quiera hacerlo esté en un lugar en el que no sea posible'; entonces me arrepentía y le daba largas, decía: 'bueno, cuando llegue a donde voy la quito', pero no terminaba de hacerme ese nuevo propósito cuando otra vez pensaba: 'ay no, mejor ahorita, para qué sigo caminando con esa molesta piedrota (parece que había crecido misteriosamente), ni que estuviera loca, ¿qué tal si me provoca ampollas?' Así me la pasé, zarandeada por los más encontrados pensamientos hasta que recordé lo que decía San Ignacio de Loyola: que cuando ataca la tentación hay que amenazar al demonio con hacer lo opuesto a lo que nos sugiere: así que le dije: '¡méndigo chamuco no me sigas molestando o me pongo una piedra en el otro zapato'. ¡Resultó! De inmediato me quedé tranquila y seguí mi camino sin preocuparme más de lo que mucho después comprobé era un minúsculo granito de grava.

Jesús dijo que quien quisiera seguirlo tenía que negarse a sí mismo y tomar su cruz de cada día (ver Lc 9, 23). La práctica de sanas mortificaciones es un modo excelente de responder a esta invitación de Jesús, con la certeza de que este modo de morir por Él te permitirá aguardar con mayor gozo y esperanza el resucitar con Él.

Retiro

Si Dios te invitara a ir de vacaciones con Él, ¿irías? Seguramente sí. Pues bien, ¿que te hace pensar que no lo ha hecho? Y antes de que vayas a revisar tu buzón a ver si te llegó algún ‘paquete vacacional’ proveniente del cielo, déjame aclararte que a lo que me refiero no es a viajar a algún ‘destino turístico’ como le dicen los agentes de viajes, sino a dejar tus ocupaciones habituales y disponerte a pasar un tiempo dedicado por completo a Dios, en otras palabras, a irte ‘de retiro’.

Alguno puede decir: “ay no, eso de ‘retiro’ suena ya muy extremo, como para curas y monjitas, o beatas y mochos que no tienen otra cosa que hacer que pasarse todo el día rezando; que vayan ellos, eso no es para mí, yo no soy de ‘esas ondas’...”. Quien piensa así tiene una visión distorsionada de lo que es un retiro, por lo cual vale la pena aprovechar este espacio para aclarar algunos puntos:

¿En qué consiste eso de irse de retiro?

En hacer un alto en la propia vida para volver el rostro hacia Dios y, con Su ayuda, examinar la propia vida al amparo de Su amor y de Su Palabra, encontrar en Él nueva luz para reemprender el camino y ‘cargar baterías’ para volver al mundo con ánimo renovado y fortalecido.

¿A quién le sirve ir a un retiro?

A todos. No es algo sólo para sacerdotes o personas de vida consagrada. Hay retiros para todos los gustos y todas las edades, por ejemplo para jóvenes, matrimonios, católicos en general; en fin, cualquiera puede encontrar un retiro hecho a su medida.

¿Cuánto tiempo dura un retiro?

Varía. El mínimo recomendable es de una jornada, que empieza temprano en la mañana y termina por la noche; el más popular es el retiro de fin de semana, que comienza el viernes por la tarde o noche y termina el domingo por la tarde o noche. Para quien desea profundizar más en su vida espiritual, están los ‘Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola’ que duran un mes y también se ofrecen en la versión corta que dura ocho días. Son sumamente recomendables, pues los escribió nada menos que el ‘santo patrono de los ejercicios espirituales’ y están sabiamente estructurados para ayudar a quien los hace a tener un verdadero encuentro con el Señor.

¿En dónde se realiza un retiro?

La gran mayoría se lleva a cabo en conventos o casas que pertenecen a alguna orden religiosa, pues suelen ser lugares muy propicios para esto: con amplios y bellos jardines que invitan a la contemplación y a la meditación, capilla, comedor, y habitaciones adecuadas.

¿Qué se hace en un retiro?

Varía mucho pero en la mayoría se sigue un horario que permite a los asistentes tener tiempo suficiente para tomar sus alimentos, descansar o hacer ejercicio, asistir a alguna charla, leer la Palabra de Dios, acudir a Misa, orar ante el Santísimo, en suma, reflexionar y dialogar sabrosamente todo el día con el Señor.

Los retiros para niños o jóvenes incluyen también un buen espacio para ‘dinámicas’ y actividades recreativas que los mantienen interesados a la vez que divertidos.

En algunos retiros se pide absoluto silencio a los asistentes, lo cual crea un ambiente de mucha paz que permite a cada persona mantener su reflexión interior sin tener que interrumpirla con una de esas charlas banales que suelen entablar los desconocidos que comparten momentáneamente una mesa, un pasillo o un salón. Es un verdadero descanso para el alma (¡y los oídos!).

En la mayoría de los retiros los asistentes tienen posibilidad de charlar y aclarar sus inquietudes con el director espiritual, y desde luego, también pueden confesarse.

¿Cuándo hay retiros?

Todo el año, y muy especialmente durante la Cuaresma.

¿Cómo saber a qué retiro asistir?

Pregunta a algún sacerdote. Revisa los aviseros o el boletín de tu parroquia, ahí suelen anunciarse estos eventos. Si hay una orden religiosa cuya espiritualidad te gusta, pregunta en su casa o convento si van a llevar a cabo algún retiro: Pide a miembros de tu comunidad, a familiares y amigos que te recomienden un retiro al que hayan ido, y, sobre todo, píele al Señor que guíe tus pasos para que sepas acudir donde y cuando Él quiera, al sitio preciso en el que pasarás en Su compañía las mejores vacaciones de tu vida.

Murmuraciones

Qué fácil es hablar mal de otros. Especialmente cuando han hecho algo malo o, peor aún, muy malo. Quien lo hace siente una especie de perverso placer al examinar el caso desde su propia altura moral, mirando al caído como por encima del hombro, señalando sus faltas con dedo flamígero y gesto reprobatorio: ‘¡Cómo es posible que cayera tan bajo!, ¡cómo es posible que hiciera semejante cosa!’, expresiones que suelen concluir con una rotunda afirmación: ‘¡Yo nunca haría algo así!’

Entonces viene San Pablo y nos dice una frase sumamente inquietante: *‘el que crea estar firme, tenga cuidado de no caer’* (1Cor 10, 12). ¡Zas! Ahí está, para que nadie se sienta a salvo de pecar, para que nadie crea que ya es ‘a prueba de balas’, que le aprieta tanto la aureola que puede vivir tranquilo de aquí a que el Señor lo llame con fanfarrias a entrar en el cielo.

San Pablo nos hace ver que nadie puede sentirse ya salvado, que siempre existe la peligrosa posibilidad de resbalar. Y pone un ejemplo muy concreto: Comienza el apóstol recordando cómo quienes salieron de Egipto con Moisés, tuvieron, como miembros del pueblo escogido por Dios, el privilegio de recibir muchos dones y gracias, y sin embargo al final hicieron algo enteramente opuesto a la voluntad divina, *‘desagradaron a Dios y murieron en el desierto’* (1Cor 10, 5). Añade que ello debe servirnos de advertencia y luego, como aconsejándonos que no hagamos

aquello que ellos hicieron, nos pide: “*No murmuren ustedes como algunos de ellos murmuraron y perecieron*” (1Cor 10, 6).

Como se ve, San Pablo considera que eso que ellos hicieron y que desagradó muchísimo a Dios fue murmurar, y ojo, esto no se refiere a ‘hablar quedito, en un murmullo’ sino a decir, quedito o fuerte, no importa, cosas malas de otros. Resulta claro pues, que quien critica a otros, aunque quizá tenga razón en señalar una falta que en realidad sea grave, no debe sentirse tan libre de culpa, pues cae a su vez en una falta, distinta pero grave también: la de la murmuración.

La murmuración desagrada a Dios porque implica dos actitudes contrarias a la vocación a amar a la que Él nos llama: La soberbia (pues el que critica se siente superior a quien es criticado) y la falta de misericordia (pues el que critica no pone su corazón en la miseria del otro; prefiere condenarlo a compadecerlo). Profundicemos en esto:

La soberbia

Es posible que quien critica tenga razón al pensar que nunca haría algo como lo que está criticando, pero ello no significa que no pueda caer o que no haya caído en otros pecados. La tentación toca en cualquier puerta y la naturaleza humana es frágil y pecadora. Por ello, ante las fallas de los demás, por escandalosas que nos parezcan, no cabe la soberbia sino la compasión que brota de sabernos todos igualmente falibles y susceptibles de pecar. Eso nos lleva a la segunda falta que comete quien murmura:

La falta de misericordia

Jesús dijo que debemos ser misericordiosos si queremos obtener misericordia. ¡Es muy alto el precio de negarle a otros la misericordia: Dios nos la puede negar a nosotros! (Ver Mt 5, 7; 6, 14-15).

Tener misericordia no implica disculpar en el sentido de dar la razón a quien ha hecho algo que nos parece erróneo o incluso terrible; implica, entre otras cosas, no permitir que

anide el odio en el propio corazón, no desearle mal y pedir en la oración que se arrepienta y cambie.

En el Evangelio leemos que cuando unos hombres le preguntan a Jesús si unas personas a las que les sucedió una desgracia eran más pecadoras que ellos, Él los invita firmemente a dejarse de preocupar por juzgar a otros y mejor empeñarse en su propia conversión (ver Lc 13, 1-5). Su llamado nos atañe a todos.

Quien cae en la murmuración no tiene otro camino que comprender que ha hecho mal, pedir perdón a Dios y solicitar de Él la gracia de saber callar prudentemente y resistir las ganas de comentar aquello con todo el mundo; no ser como esa señora que cuando su confesor le exigió dejar de difamar a cierta persona, le contestó: ‘ay padre, déme chance, ¡nomás me falta platicárselo a tres vecinas y ya!’.

Qué bueno sería proponernos superar el hábito de murmurar, que tanto desagrada a Dios. Procuremos vivir, en adelante, según esta sabia regla: ‘Si no tienes nada bueno que decir acerca de alguien, no digas nada’.

La Resurrección: centro de la fe cristiana

La Resurrección, ¿realidad o simplemente ‘buenos deseos’?

A juzgar por las leyes que rigen la naturaleza, ningún ser anhela ser otra cosa que no pueda ser. Así como ningún pájaro ensaya a ladrar porque querría ser perro, no se ve a los perros lanzándose al aire porque querrían volar como pájaros. Y si la oruga se siente impulsada por un poderoso instinto a tejer su crisálida y encerrarse en ella, es porque de ella saldrá convertida en espléndida mariposa.

Esto viene a colación porque a lo largo de todos los siglos, y en todas las culturas, el ser humano ha experimentado la íntima certeza de que no todo se acaba en la muerte, que hay una vida más allá. Cada civilización ha buscado distintas maneras de resolver esta convicción, común a todas. Ello nos lleva a una conclusión: si Dios creó esta sed, es porque creó la fuente que puede saciarla.

Podríamos haber sido como los animales, que se contentan con ser lo que son y lo viven y gozan plenamente. ¿Por qué se nos hubiera ocurrido que no todo termina en esta vida, si no fuera así?

Los relatos de la Resurrección en la Biblia

Nuestra certeza en la Resurrección, no se basa sólo en la conclusión lógica que mencionamos arriba, sino en un

testimonio real y verdadero de testigos que vieron al Resucitado y escribieron al respecto en numerosos textos del Nuevo Testamento (los cuatro Evangelios, cartas de Pablo, de Pedro, etc.).

¿Qué afirmaciones se pueden extraer de estos textos?

1. Que Jesús resucitó en cuerpo y alma. (ver Mt 28, 5;
2. Que los apóstoles lo vieron y lo palparon; no era una ‘visión’ ni mera ‘imaginación’. (ver Mc 16, 14; Lc 24, 36-43)
3. Que tenía Su mismo cuerpo de antes, pero distinto pues no estaba limitado por las leyes de física, por la gravedad, etc.(ver Jn 20, 19-20).

La Resurrección de Jesús, en cuerpo y alma: dogma de fe

La Iglesia Católica definió como dogma de fe, que Jesús resucitó en la carne. ¿Qué significa esto?

Recordemos que Jesús fundó la Iglesia y prometió que le enviaría el Espíritu Santo que la guiaría hacia la verdad (ver Mt 16, 7;12-13). Así, a diferencia de los hermanos separados, que se enfrentan a la dificultad de no saber a ciencia cierta qué creer, pues cada uno es libre de interpretar la Escritura a su buen entender, aunque entre en contradicción con otros miembros o líderes de su iglesia, los católicos apostólicos romanos tenemos la tranquilidad de saber que cuando tenemos dudas respecto a un tema podemos ‘dejarnos caer en blandito’ y descansar en la autoridad de la Iglesia, que, conducida por el Espíritu Santo, nos indica el camino a seguir.

Así pues, cuando tras de intensa oración y consulta, el Papa, como sucesor de San Pedro, en comunión con todos los obispos, ha definido un dogma de fe, podemos tener la certeza de que se trata de una cuestión que está en perfecta concordancia con la Sagrada Escritura, en absoluta coherencia con todo lo que sostiene nuestra fe, y es algo que ya existe como íntima certeza en el corazón de todos los fieles.

Nunca, en los veintiún siglos de la historia de la Iglesia, se ha definido un dogma que luego hubiera tenido que ser desmentido por falso. Y el hecho de que no se hayan cambiado

los dogmas, no es señal de absurdo conservadurismo, sino de que la verdad, una vez establecida, no necesita modificaciones.

Así, en el caso de la Resurrección, la Iglesia define el siguiente dogma: “Al tercer día, después de morir, Cristo resucitó glorioso de la muerte”.

El décimo primer Sínodo de Toledo (en 675) enfatizó que Cristo se levantó de la muerte por Su propio poder.

Nuestro Credo afirma, además, la fe de la Iglesia en ‘la Resurrección de la carne’. El Catecismo de la Iglesia Católica, afirma:

La Resurrección no es puramente ‘espiritual’

“Ante estos testimonios (de los testigos a los que se les apareció Jesús), es imposible interpretar la Resurrección de Cristo fuera del orden físico, y no reconocerlo como un hecho histórico.” (CCC 643)

“Jesús resucitado establece con Sus discípulos relaciones directas mediante el tacto (ver Lc 24,39; Jn 20,27) y el compartir la comida (ver Lc 24,30.41-43; Jn 21,9.13-15;). Les invita así a reconocer que Él no es un espíritu (ver Lc 24,39;), pero, sobre todo, a que comprueben que el cuerpo resucitado con el que se presenta ante ellos es el mismo que ha sido martirizado y crucificado, ya que sigue llevando las huellas de Su Pasión (ver Lc 24,40; Jn 20, 20-27;9. Este cuerpo auténtico y real posee, sin embargo, al mismo tiempo, las propiedades nuevas de un cuerpo glorioso: no está situado en el espacio ni en el tiempo, pero puede hacerse presente a su voluntad donde quiere y cuando quiere (ver Mt 28, 9.16-17; Lc 24,15.36; Jn 20,14.19.26; 21,4;)...” (CCC 645)

La Resurrección no es ‘revivir’, volver a lo mismo

“La Resurrección de Cristo no fue un retorno a la vida terrena como en el caso de las resurrecciones que Él había realizado antes de Pascua: la hija de Jairo, el joven de Naím, Lázaro. Estos hechos eran acontecimientos milagrosos, pero las personas afectadas por el milagro volvían a tener, por el poder de Jesús, una vida terrena ‘ordinaria’. En cierto momento, volverán a morir. La Resurrección de Cristo es

esencialmente diferente. En Su cuerpo resucitado, pasa del estado de muerte a otra vida más allá del tiempo y del espacio...” (CCC 646).

“El cuerpo de Cristo fue glorificado desde el instante de Su Resurrección como lo prueban las propiedades nuevas y sobrenaturales, de las que desde entonces Su cuerpo disfruta para siempre (ver Lc 24,31; Jn 20, 19.26;)...” (CCC 659).

‘Cristo no experimentó la corrupción’

“... ‘La virtud divina preservó de la corrupción al cuerpo de Cristo’ (S. Tomás de A). De Cristo se puede decir a la vez: ‘*Fue arrancado de la tierra de los vivos*’ (Is 53,8) y ‘*mi carne reposará en la esperanza de que no abandonarás mi alma en el infierno ni permitirás que Tu Santo experimente la corrupción*’ (Hch 2,26-27; Sal 16,9-10;). La Resurrección de Jesús ‘al tercer día’ (ver 1Cor 15,4; Lc 24,46; Mt 12,40; Jon 2,1; Os 6,2;) fue la prueba de ello porque se suponía que la corrupción se manifestaba a partir del cuarto día (ver Jn 11,39;)...” (CCC 627)

Resucitaremos como Cristo: con nuestro cuerpo

“No es lícito al hombre despreciar la vida corporal, sino que, por el contrario, tiene que considerar su cuerpo bueno y digno de honra, ya que ha sido creado por Dios y que ha de resucitar en el último día (GS 14,1)...” (CCC 364).

“La Iglesia enseña que cada alma espiritual es directamente creada por Dios...y que es inmortal...no perece cuando se separa del cuerpo en la muerte, y se unirá de nuevo al cuerpo en la resurrección final.” (CCC 366).

“Creemos firmemente, y así lo esperamos, que del mismo modo que Cristo ha resucitado verdaderamente de entre los muertos, y que vive para siempre, igualmente los justos después de su muerte vivirán para siempre con Cristo resucitado y que Él los resucitará en el último día” (ver Jn 6,39-40;).

“Si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos, dará también la vida a vuestros cuerpos

mortales por Su Espíritu que habita en vosotros” (Rm 8,11);.Ver 1Ts 4,14; 1Co 6,14; 2Co 4,14; Flp 3,10-11;...” (CCC 989).

“Todos resucitarán con su propio cuerpo, que tienen ahora (Cc. de Letrán IV: DS 801), pero este cuerpo será ‘transfigurado en cuerpo de gloria’ (Flp 3,21;) en ‘cuerpo espiritual’ (1Co 15,44;)...’los muertos resucitarán incorruptibles. En efecto, es necesario que este ser corruptible se revista de incorruptibilidad, y que este ser mortal se revista de inmortalidad’ (1Co 15,35-37. 42.53;)...” (CCC 999).

¿Qué es resucitar?

“En la muerte, separación del alma y el cuerpo, el cuerpo del hombre cae en la corrupción, mientras que su alma va al encuentro con Dios, en espera de reunirse con su cuerpo glorificado. Dios, en Su Omnipotencia, dará definitivamente a nuestros cuerpos la vida incorruptible uniéndolos a nuestras almas, por la virtud de la Resurrección de Jesús.” (CCC 997).

¿Cuándo resucitaremos?

Sin duda en el ‘último día’ (ver Jn 6,39-40.44.54; 11,24;); ‘al fin del mundo’ (LG48)..” (CCC 1001)

Nadie sabe exactamente cómo será. La mente no nos alcanza para comprender cómo será esa vida después de la muerte. Fuera de Jesús, nadie ha ido allá y regresado a contárnoslo (y Él no fue muy explícito acerca de los detalles sabrosos que nos gustaría saber), pero de que resucitaremos como Él resucitó, no hay duda.

La Resurrección, centro de la Buena Nueva anunciada por los primeros cristianos.

Si uno lee el libro de Hechos de los Apóstoles se da cuenta de que la Resurrección fue un acontecimiento central e irrefutable para los contemporáneos de Jesús (y, por consiguiente, para todos nosotros). Veamos en qué aspectos:

1. Si Jesús no hubiera resucitado, los apóstoles jamás hubieran superado su miedo a morir crucificados como su Maestro. Fue gracias a que vieron al Resucitado, que obtuvieron la paz y la fortaleza de salir a predicar la Buena Nueva y enfrentarse con increíble valentía al mismísimo Sanedrín, ese grupo de 70 ancianos a los que todo judío obedecía. Fue tan notable su cambio que los propios miembros del Sanedrín lo reconocieron admirados (ver Hch 4, 1-13).
2. Si Jesús no hubiera resucitado, cuando San Pedro estaba dando ese discurso en el que afirmó que Jesús no murió como murió el profeta David, sino que resucitó y se les apareció a muchos (ver Hch 2, 29-32), alguien de entre la multitud lo hubiera llamado o le hubiera dicho que lo que decía era falso pues si hubiera habido un cadáver en un sepulcro, todo mundo lo hubiera sabido. Nadie dice nada porque el sepulcro estaba vacío.
3. Si Jesús no hubiera resucitado, los textos bíblicos no emplearían el lenguaje tan claro que usan para referirse a la Resurrección. Los cuatro evangelistas ni San Pablo o San Pedro hubieran aclarado que estaban refiriéndose a algo simbólico, a una idea bonita y piadosa nada más, para que nadie los malinterpretara, pero no es así. Como Cristo resucitó, ellos emplean unas palabras muy claras para hablar del Resucitado y asegurarse de que a todos les quede claro que se trata de una realidad, no de una imaginación y mucho menos de un invento.
4. Si Jesús no hubiera resucitado, los apóstoles no hubieran predicado acerca de la Resurrección. Se hubieran limitado a contar las parábolas, a repetir los dichos y consejos de Jesús, a referirse a Él como un gran hombre y nada más, pero como resucitó, basaron en este hecho su predicación y se refieren a Jesús como Dios y Hombre verdadero.
5. Si Jesús no hubiera resucitado, los apóstoles y todos los mártires no hubieran estado dispuestos a dar su vida por un mentiroso (pues si Jesús no hubiera resucitado hubiera mentido al llamarse a Sí mismo: ‘el Camino la Verdad y la Vida’ y al hablar de Su Resurrección). Tarde o temprano

alguien hubiera dicho que todo era mentira, pero nadie lo dijo, porque la Resurrección es verdad.

6. Si Jesús no hubiera resucitado,. Hubiera sido imposible sostener una falsedad durante veintiún siglos, especialmente si lo hubieran enterrado con personas tan conocidas y queridas en la comunidad como José, María, María Magdalena, etc. Sus mismos contemporáneos hubieran hecho de esa tumba un lugar de peregrinación y veneración. Sus seguidores lo hubieran sabido y hubieran ido allí a llevarle flores, ofrendas, etc. en agradecimiento por favores y milagros recibidos. No la hubieran dejado abandonada en el olvido durante veintiún siglos para que supuestamente la descubriera un cineasta oportunista que sólo busca enriquecerse escandalizando a ignorantes e ingenuos con la exitosa fórmula de mezclar verdades a medias con falsedades y fantasías.

No alcanza el espacio para dar los incontables argumentos que prueban sin lugar a dudas que Jesús resucitó. Falta uno contundente: todo aquel que se atreve a entrar en relación con Él, descubre que está Vivo, que no fue un hombre común que murió en el siglo I, sino que es quien dijo ser: Dios y Hombre verdadero. Cabe retar a todo incrédulo a atreverse a hacer la prueba...

Oración por la defensa de la vida

Amada Madre de los mexicanos
Santa María de Guadalupe
ruega al Señor que comprendamos
que de la concepción hasta su fin natural
es especial toda existencia
un don inmerecido de Su amor
nunca una inconveniencia
y no hay derecho ni razón
que justifique su prematura interrupción

Tú que en tu seno llevas al Autor de la vida
pídele que nos ayude a valorarla
amarla y defenderla
para que nunca nos atrevamos
a devolverle sin abrir
Su extraordinario regalo
Su invitación a vivir
Amén

Hechos

Si un día tuvieras oportunidad de hurgar entre cajas y cachivaches polvorientos guardados durante generaciones, y encontraras un diario antiquísimo, amarillento y casi deshaciéndose, escrito por algún personaje de siglos pasados, ¿no te daría curiosidad leerlo? Seguramente sí. Hay algo fascinante en averiguar la vida de quienes han vivido hace mucho, sobre todo si lo que ahí se narrara te afecta de algún modo (por venir, por ejemplo, de un ancestro tuyo).

Pues bien, en la Biblia, en el Nuevo Testamento, encontramos una especie de ‘diario’ antiquísimo, del siglo primero, cuya lectura resulta cautivante pues está lleno hasta el tope con toda clase de datos y relatos acerca de lo que vivieron los primeros cristianos, nuestros antepasados en la fe. Se trata del libro de Hechos de los Apóstoles, escrito por San Lucas como una continuación de su Evangelio (y que, cabe comentar, se proclama en Misa como Primera Lectura durante los cincuenta días de Pascua).

Este fascinante libro bíblico narra las peripecias de los primeros miembros de la Iglesia. Se podría decir que si hubiera sido escrito en el formato de un periódico, bien hubiera podido tener llamativos titulares, como por ejemplo: “Extraordinario fenómeno: analfabetas comienzan ¡a hablar lenguas!; ‘los oía en mi propio idioma’, dijeron diversos testigos extranjeros”; “Milagrosa curación de un tullido deja a todos boquiabiertos”. “Inexplicable liberación de líder cristiano preso bajo triple cadena; ‘no sabemos cómo pudo zafarse y salir de la cárcel’,

declararon los guardias”. “Encarnizado perseguidor de cristianos da ‘el cambiazo’; ‘nos traicionó, se volvió uno de ellos, afirmó a este reportero el indignado jefe del Sanedrín”; “Llega el cristianismo por primera vez a Europa”; “Se desarma complot para matar a detenido; su sobrino dio el ‘pitazo’ y le salvó la vida; miembros del Sanedrín los involucrados”...

El libro de los Hechos narra el nacimiento de la Iglesia, un ‘parto’ lleno de momentos asombrosos (como cuando desciende el Espíritu Santo como lenguas de fuego); dramáticos (como cuando el diácono Esteban es apedreado hasta morir); impactantes (como la conversión de Saulo y el efecto que tuvo y sigue teniendo para toda la cristiandad); inspiradores (como cuando los apóstoles se atreven a lanzar esos elocuentes discursos llenos de sabiduría y citas de la Sagrada Escritura que dejan callados a sus adversarios), conmovedores (como cuando los hermanos descuelgan a Pablo en un canasto por la muralla de la ciudad, prueba de que él confía en ellos y de que ellos están dispuestos a arriesgar su vida para salvarlo, a pesar de que hacía poco él se dedicaba a perseguirlos); didácticos (que nos enseñan cómo oraban, cómo compartían lo que tenían, cómo resolvían sus diferencias, cómo enfrentaban con igual serenidad lo ordinario y lo milagroso); edificantes (como cuando a Pablo lo apalean, lo dan por muerto, lo arrastran y tiran fuera de una ciudad y sin embargo él perdona y regresa a predicarles); significativos (como las causas y consecuencias del primer Concilio de la historia); emocionantes (como el detallado relato de una turbulenta travesía por mar que termina en naufragio) e incluso chuscos (como cuando la comunidad se reúne a orar para pedir la liberación de Pedro, y cuando éste sale libre y llega a la casa, la empleada de servicio se emociona tanto que por correr a dar la buena noticia ¡olvídate abrirle la puerta!).

En todos estos relatos vamos descubriendo cómo el Espíritu de Dios actúa e interviene poderosa e irresistiblemente no sólo en la historia de la Iglesia, sino en la de cada uno de sus miembros, hombres y mujeres como tú y como yo, con virtudes y defectos, con fortalezas y debilidades, que se atreven a dejarse conducir por él y no quedan nunca

defraudados. No es para nada una aburrida narración cronológica de hechos que pertenecen al pasado, sino un testimonio sorprendente, emocionante, de lo que Dios hizo y sigue haciendo en la vida de cada uno de nosotros.

Su lectura te ayuda a comprender que en la Iglesia siempre ha habido grandes santos y grandes pecadores, y que si ésta sigue adelante es porque la sostiene la fuerza del Espíritu; te anima a darte cuenta de que todos tenemos una misión, un papel que cumplir en la historia de la salvación; te invita a confiar en que Dios nunca abandona a quienes se dejan enviar por Él (lo cual no implica que no vivan grandes dificultades sino que en todo momento les da lo necesario para superarlas y salir adelante sin desfallecer); te ayuda a comprender mejor otros libros del Nuevo Testamento (en especial, las cartas de Pablo); en fin, te enriquece de numerosas y diversas maneras y te hace crecer espiritualmente.

Anímate a adentrarte de corazón en el mundo de los Hechos de los Apóstoles. Atrévete a relacionar tus propias experiencias con lo que ahí se relata; deja que te cuestione, exhorte, anime y edifique; y verás cómo aumenta tu amor por el Jesús que descubres ahí; de quien se reciben a la vez ternas delicadezas (como cuando se le aparece a Pablo para darle ánimos) e increíble fortaleza (que les permite sorprender a todos cantando y alabando aun después de haber sido flagelados); tu confianza en la guía siempre certera del Espíritu Santo; tu respeto y admiración por los apóstoles (en especial por San Pedro y San Pablo), y, en general, tu gozo y gratitud por pertenecer a la Iglesia fundada por Cristo que a pesar de todas las dificultades que ha enfrentado y sigue enfrentando, se mantiene viva, vigente, sostenida y conducida por el Resucitado, en quien tiene bien puesta su fe y su esperanza.

Oraciónal Señor de la Divina Misericordia

Jesús en Ti confío
en el mar de Tu misericordia infinita
me sumerjo
y sumerjo a mis seres queridos
y a la humanidad entera
a la humanidad sufriente
a la que está más apartada de Ti
y más necesitada de Tu misericordia

danos vida,
sánanos
de nuestras tendencias de muerte
lávanos
purifícanos
ilumínanos
condúcenos hacia Ti

concédenos ser
apóstoles de Tu misericordia
instrumentos Tuyos
comunicadores de Tu palabra
colaboradores de Tu Reino
testigos de Tu Resurrección
enviados a anunciar Tu Buena Nueva
a un mundo que la necesita desesperadamente

Perseguidos, mas no abandonados

Dicen que bajo advertencia no hay engaño, y Jesús nos advirtió: *“Si el mundo os odia, sabed que a Mí me ha odiado antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero como no sois del mundo...por eso os odia...Si Mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros...”* (Jn 15, 18-20).

¿Sabías que el cristianismo es la minoría religiosa más perseguida en el mundo? En el número de septiembre del 2006 de una prestigiada publicación internacional de apologética apareció un artículo que presenta estremecedores datos que no son del dominio público porque los cristianos no solemos aparecer en los medios de comunicación más que para ser objeto de burla o de crítica: el cristianismo es minoría en ochenta y siete países, en los cuales tener fe en Cristo es motivo de penalizaciones que van desde multas y acoso policiaco hasta cárcel, tortura y muerte.

En 2002 el Reporte de Ginebra estimaba que hoy en día unos doscientos millones de cristianos son atropellados en sus derechos humanos por su filiación religiosa.

Sólo en el siglo XX murieron más de cuarenta y cinco millones por causa de su fe. Por ejemplo: en los últimos cincuenta años, trescientos mil cristianos han sido asesinados o desaparecidos en Corea del Norte. En Ruanda, en los últimos años han muerto doscientos obispos, sacerdotes, religiosas y

laicos por negarse a renunciar a su fe. En Darfur, en Sudán, han quemado vivos a los cristianos y más de veinticinco mil niños cristianos han sido vendidos como esclavos. En Iraq se han reportado ochenta y ocho víctimas cristianas en los últimos cuatro años y han sido bombardeadas docenas de iglesias; en Irán y en Arabia Saudita es delito convertirse al cristianismo; en Turquía no se permite construir iglesias; en Nigeria han muerto doce mil creyentes. El año pasado en India hubo más de doscientos episodios de violencia contra cristianos, incluyendo violaciones y quema de Biblias, lo mismo en Indonesia, donde desde 1996 han muerto más de ocho mil cristianos y han sido destruidas seiscientas iglesias. En Timor del Este han exterminado a un tercio de la población, que era católica. En China es considerado delito rezar o darle auxilio espiritual a un moribundo fuera de las iglesias del estado; desde 1999 han sido destruidas mil doscientas iglesias, y hoy en día más de cuarenta y cinco obispos leales al Vaticano están encarcelados o desaparecidos.

El documento concluye que los cristianos somos hoy el grupo religioso más perseguido y con mayor número de víctimas. Y sucede no sólo en países lejanos. En México también padecemos el feroz antagonismo de muchos que se oponen a nuestras creencias. Por ejemplo, los mismos políticos o intelectuales que jamás se atreverían a referirse despectivamente a homosexuales o a personas de otra raza o condición social, celebran con carcajadas que se ridiculice al Papa, a los sacerdotes, religiosos y laicos fieles a la Iglesia.

Cuando se presenta una exposición de fotos o pinturas en la que se falta al respeto a la imagen de la Virgen, los católicos que protestan son considerados ‘intolerantes’ que atentan contra ‘la libertad de expresión’ (¿cómo reaccionaría el artista si alguien pusiera en un espectacular en la calle la foto de su ser más amado grotescamente ridiculizado?, ¿no olvidaría la ‘libertad de expresión’ y correría a pedir que lo quitaran?).

En los medios se suele presentar a los católicos como reaccionarios, primitivos, manipulados por una institución

siniestra que se la pasa organizando ‘complots’ para apoderarse del mundo.

Cuando aparece un católico debatiendo un tema, por ejemplo el del aborto, con un político o intelectual, lo que éste dice se considera científico, progresista, de actualidad, fruto de su noble compromiso con una causa en pro de la humanidad, en cambio lo que dice el católico es tildado de irracional, retrógrado, de la Edad Media, fruto de su fanatismo.

Sin embargo, no se puede tapar el sol con un dedo, y la realidad es que, recordando las paradojas que menciona San Pablo en 2Cor 6, 8-10 se puede decir que los católicos somos los irracionales a quienes asiste la mayor razón; los martirizados que no morirán nunca, los silenciados cuya voz nadie podrá dejar de escuchar, porque a diferencia de nuestros oponentes, a quienes anima el odio o la ignorancia, a nosotros nos anima Aquel que es el Camino, la Verdad y la Vida; y, contra lo que piensan algunos (cree el león que todos son de su condición), no respondemos a los ataques con odio ni con violencia, porque seguimos al Dios del Amor. Baste recordar que cuando unas personas se infiltraron en la Catedral y en plena Misa se pusieron a gritar consignas contra el Cardenal, fueron invitadas a retirarse, y a pesar de su tremenda falta de respeto, ni un solo católico levantó la mano contra ellas.

Así pues, ante el antagonismo de que somos objeto, reaccionamos como San Pablo: *“Si nos insultan, bendecimos. Si nos persiguen, lo soportamos. Si nos difaman respondemos con bondad.”* (1Cor 4, 12-13).

Recordamos que el Señor afirmó: *“Dichosos ustedes cuando os injurien y persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por Mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos”* (Mt 5, 11-12). Ahí tenemos el ejemplo de San Pedro y San Juan, que ni con azotes perdieron su alegría (ver Hch 5, 41). Así pues, sigamos firmes en la confesión de nuestra fe, y ante las airadas peticiones de que nos callemos, que ya no toquemos temas que irritan ni digamos verdades que incomodan, hagamos nuestras las iluminadas palabras con que San Pedro contestó a las autoridades que pretendían prohibirles hablar en el nombre de

Jesús: “*Antes que a los hombres, obedecemos a Dios*” (Hch 5, 29).

La voz de Dios

¿Conoces la voz de Dios? Entre todas las voces que resuenan a tu alrededor, ¿sabes reconocer la Suya? En el Evangelio dice Jesús: “*Mis ovejas escuchan Mi voz; Yo las conozco y ellas me siguen* (Jn 10, 27). ¿Eres tú de esas ovejas? No es una respuesta que pueda darse a la ligera.

A lo largo de la Biblia encontramos muchos ejemplos que prueban que no es fácil reconocer la voz de Dios. En el Antiguo Testamento se nos narra que la primera vez que Dios le habló al joven Samuel, éste creyó que lo llamaba el sacerdote Elí, que dormía ahí cerca; se levantó a ver por qué aquél lo llamaba, éste desconcertado le respondió que no lo había llamado, que se fuera a dormir, y así varias veces hasta que el desvelado anciano comprendió que al joven lo estaba llamando Dios y entonces le indicó cómo responder (ver 1Sam 3, 1-9).

En el Nuevo Testamento, vemos que cuando Saulo de Tarso, un fariseo que se creía muy fiel y cercano a Dios, oye a Jesús que le reclama: “*¿Por qué me persigues?*”, Saulo pregunta: “*¿Quién eres, Señor?*” (ver Hch 9, 4-5), lo cual demuestra que este hombre, que creía haber obedecido la voz de Dios, en realidad había obedecido la suya propia.

¿Por qué no es fácil reconocer la voz de Dios? Porque nos invaden muchas otras que pueden acallarla: las del mundo, las de nuestros propios apegos y pecados y, no lo olvidemos, la del demonio, que es un gran ‘imitador de voces’ y puede

hacernos confundir la suya con la de Dios y seguirla, creyendo equivocadamente que hacemos bien.

Veamos tres ejemplos de esto: Un señor que era un laico muy comprometido, que con su esposa participaba activamente en varios grupos eclesiales, enviudó y al poco tiempo se fue a vivir con una mujer casada que lo alejó de la Iglesia, su familia y amigos. Alguien le dijo: ‘te has apartado de todos, ojalá no de Dios’, a lo que él respondió ‘¡claro que no!’. Un hombre que le robó sus ahorros a sus padres y estafó a su familia, se persigna religiosamente antes de cada comida y afirma que tiene dinero porque es un ‘consentido’ de Dios. Una doctora que se declara católica asegura que Dios quiere que realice abortos higiénicos porque así ayudará a salvar la vida de las mujeres. En todos estos casos es evidente que estas personas se han fabricado un dios a su medida, que los apapacha en sus apegos o errores, pero la voz que siguen no es la del auténtico Señor, sino la del enemigo, y los está llevando por caminos cada vez más oscuros.

Cabe preguntarse entonces, ¿cómo saber si esa voz que resuena en nuestro interior viene de Dios o no?

En primer lugar, hay que emplear el método de discernimiento que nos dio el propio Jesús: “*Por sus frutos los conocerás*” (Mt 7, 16). Ello significa que no puede venir de Dios nada contrario al amor, a la verdad, a la misericordia, a la justicia, a la paz, a la vida. Tampoco puede venir de Dios algo que contradiga lo que nos enseña Su Palabra, como por ejemplo: cometer adulterio, mentir, robar, hacer un mal dizque para obtener un bien y matar a un ser humano en el vientre de su madre (ver Mt 5, 27; Lv 19, 3.11; Mt 5, 21).

Y en segundo lugar cabe traer a la mente lo que sucede cuando te llama alguien por teléfono: si esa persona y tú se hablan seguido, no necesita identificarse, de inmediato sabes de quién se trata; en cambio si es alguien que nunca llama o lo hace rara vez, necesita decir su nombre para que sepas quién es. De la misma manera, si mantienes una comunicación frecuente con el Señor, aprendes a reconocer cómo se dirige a ti, pero si dejas pasar demasiado tiempo sin hablar con Él

corres el riesgo de olvidarlo, y, lo peor de todo, puedes confundir Su voz con la de cualquiera...

De lo anterior se deduce que es indispensable dedicar cotidianamente un tiempo a dialogar con el Señor, a través de la oración personal y la lectura de Su Palabra. Ahora bien, cabe aclarar que no basta mantener una comunicación constante, hay que mantenerla también libre de interferencia, pues así como no puedes hablar por teléfono si el auricular está tapado o tienes un tapón en la oreja, cuando se trata de comunicarse con Dios hay que mantener nuestro aparato de ‘intercomunicación’, por decirlo así, libre de elementos (como por ejemplo lo que ya se mencionaba antes: los propios apegos y pecados), que puedan distorsionar o impedir la verdadera escucha. Para ello nada como recurrir a los Sacramentos: la Confesión frecuente y la participación en la Eucaristía ayudan como ningún otro medio a mantener los ‘canales’ abiertos a la gracia de Dios. No hay que olvidar que el demonio y el mundo están siempre buscando que se nos ‘cruzen las líneas’ para dificultar el diálogo con el Señor, desanimarnos y hacer que lo interrumpamos.

En estos tiempos difíciles en que resuenan a nuestro alrededor tantas voces discordantes que nos quieren hacer creer que vienen de lo alto cuando no es así, y constantemente nos invitan a prestar oídos sordos a la voz del Único que puede de verdad iluminar nuestros pasos, es indispensable que nos mantengamos cerquita de Aquel, que así como fue capaz de destapar los oídos del sordo tartamudo (ver Mc 7,33) puede mantener los nuestros bien abiertos y libres de impedimentos para que sepamos no sólo escuchar y conocer Su voz de Buen Pastor, sino, sobre todo, seguirla.

El valor de volver

¿Qué es lo que hace que, sin tener obligación sino con entera libertad, uno elija volver a algún lugar que ha visitado? Probablemente que ha quedado impresionado por su belleza, o por la amabilidad de su gente o por lo que ahí puede uno comprar u obtener. Difícilmente querríamos volver a un lugar en el que la hemos pasado terriblemente mal, tendríamos que tener una razón muy poderosa para hacerlo, y aún así lo pensaríamos dos veces...

En el libro de Hechos de los Apóstoles se nos cuenta que el apóstol Pablo y su compañero de viaje Bernabé “*volvieron a Listra, Iconio y Antioquía*” (Hch 14,21). Así de entrada, quizá estos nombres no nos digan nada, consideremos que corresponden a lugares antiguos, lejanos a nosotros en el tiempo y la distancia, que los apóstoles habían visitado en sus viajes misioneros, y a los cuales era natural que alguna vez regresaran. ¡Ah!, pero si echamos un ‘ojito’ al texto inmediatamente anterior a éste nos enteramos de algo impactante:

Resulta que la primera vez que Pablo estuvo predicando en Listra, (ciudad de la región de Licaonia, hoy Turquía), llegaron de Iconio y Antioquía unos hombres que desde hacía tiempo venían persiguiéndolo y oponiéndose a su predicación (ver Hch 13,50; 14,2.5). Armaron un alboroto contra Pablo, voltearon a la gente en su contra y lo apedrearon. Cómo sería el ataque que no se detuvieron sino hasta que pensaron que lo habían matado; entonces lo arrastraron hasta

las afueras de la ciudad (podemos suponer que a jalones y sin preocuparse de si se golpeaba o raspaba contra las piedras del camino, pues lo creían muerto); lo arrojaron lejos y se fueron dejándolo ahí tirado, cubierto de sangre y de polvo (ver Hch 14, 19). Cuando Pablo volvió en sí y pudo incorporarse, terriblemente lastimado como estaba, ¿qué crees que fue lo primero que quiso hacer? Si nos ponemos a pensar qué se le ocurriría a la mayoría de la gente en estas circunstancias, podríamos suponer tres posibilidades: una, que pidió que lo llevaran de emergencia al médico; dos, que pidió que lo sacaran de ahí más rápido que pronto, no fuera a ser que regresaran a rematarlo, o tres, que pidió que lo llevaran a comprar dinamita para ponerles una bomba a los desgraciados que lo habían dejado en ese estado. Pero ¿sabes qué?, ninguna de esas tres posibilidades pasó por la mente de Pablo. Lo único que quiso hacer, e hizo, fue levantarse y regresar a la ciudad (ver Hch 14,20). Alguno lo considerará necedad o imprudencia; pero aquí no hay más que un anhelo inmenso por convertir a sus hermanos a pesar de ellos mismos, y una enorme capacidad de perdonar, surgida del perdón incondicional que él mismo recibió del Señor y de la comunidad cristiana.

Es bonito predicar el perdón cuando no se tiene a nadie a quién perdonar, pero cuando se nos retuerce el hígado ante lo que consideramos una injusticia, una ingratitud, una traición, ¿cómo reaccionar? Pablo nos lo enseña. Acaba de recibir mal por bien; fue a anunciarles la salvación, y así le pagan, ¡qué tentación mandarlos a volar e irse a otra parte! Nadie le hubiera reclamado, todos hubieran comprendido que por salud física (e incluso mental) no valía la pena que regresara a un sitio tan hostil y peligroso, pero Pablo regresa. No olvida que cuando fue perseguidor de cristianos Dios lo perdonó con infinita misericordia, así que ahora está dispuesto a comunicar esa misericordia a sus perseguidores. Vuelve a darles testimonio, y vuelve rodeado de discípulos.

Esto me recuerda una escena de la película ‘Romero’, en la cual se ve que unos soldados han tomado una iglesia y no permiten que entre el obispo. Él se marcha y al poco rato

regresa, revestido para celebrar Misa y con toda decisión se encamina al interior de la iglesia. Sus feligreses, personas muy sencillas del pueblo salvadoreño, se ponen a su lado y entran con él. Y hay tal serena determinación en sus rostros, tal fuerza espiritual en su actitud que los soldados se quedan mirándolos incapaces de reaccionar. Podemos suponer que algo así sienten quienes lapidaron a Pablo y lo ven regresar, todo ensangrentado, lleno de heridas y moretones, con la ropa rota y cubierta de polvo, maltrecho en su cuerpo pero no en su espíritu. Su mirada, su andar, su ánimo, seguramente los dejan pasmados; y sin duda muchos de los que lo apedrearon, admiran su valor, su convicción, su capacidad de devolver bien por mal y abrazan la fe.

A la hora de dar un testimonio, la actitud puede más que mil palabras, especialmente cuando se trata de perdonar lo imperdonable.

Se comprende así qué significativo es ese ‘volvieron’ del que nos habla el texto citado al inicio. Corresponde a una ¡tercera! visita de Pablo a esa ciudad en la que ha fundado una comunidad de cristianos que creen en su testimonio porque reconocen que vive lo que predica, y se sienten animados a perseverar en su fe aunque les anuncie que hay que pasar tribulaciones para entrar en el Reino, porque gracias a él han comprobado que es posible superarlas todas con la ayuda de Dios.

Día del alumno

El recién graduado maestro llegó feliz a su primer día de clases. Venía ilusionado, lleno de planes y proyectos que pensaba compartir con sus alumnos. Entró a su salón y se quedó un momento en la puerta, disfrutando del aroma de los pupitres recién barnizados y el olor a ‘nuevo’ de los útiles escolares apilados en el estante.

Entró, puso sus cosas en el cajón del escritorio, sacó punta a su lápiz, puso el gis y el borrador en la base del pizarrón y se sentó a esperar.

Ya anticipaba con ternura conocer al que alborotaría a todo el salón con sus travesuras; ya sentía ilusión de ayudar al más lento en aprender; y casi no podía esperar para sentirse orgulloso del que más empeño pusiera y más aprovechara...

Reacomodó sus cosas y siguió esperando. Se sentía alegre pensando en lo mucho que disfrutarían sus alumnos este curso y lo útil que les resultaría todo lo que quería enseñarles.

A las ocho de la mañana sonó la campana que anunciaba el inicio de las clases. Se puso de pie; escuchó los pasos de los alumnos, cada vez más cerca. Entonces los vio pasar frente a su puerta y seguir de largo. De inmediato se dirigió al umbral y comprobó que todos entraban a otros salones. No eran sus alumnos. Alguien le informó que los suyos no habían llegado; se habían ido ‘de pinta’...

Esta anécdota la platicó un anciano maestro, entrevistado en un programa de radio en el que compartió su experiencia de cuarenta años como profesor. Dijo que a pesar

del tiempo transcurrido nunca se le había olvidado lo triste, decepcionado y frustrado que se sintió ese día, pues lo que un maestro quiere es ¡tener alumnos!

Recordé sus palabras la otra tarde cuando al leer la Biblia me topé con ese texto en el que, en una de las pocas definiciones que dio de Sí mismo, Jesús se llamó “*el Maestro*” (ver Jn 13, 13). Pensé: si Dios es Maestro, sin duda, al igual que ese viejito, también quiere alumnos. Y se ha de sentir triste y frustrado cada vez que nos vamos ‘de pinta’ y no queremos atender lo que quiere enseñarnos.

Así pues, como discípulos del Maestro, sin duda estamos llamados a mantenernos en una actitud de permanente aprendizaje; vivir cada circunstancia de la vida preguntándonos qué querrá Dios que aprendamos de ella, y estar muy atentos a descubrir las mil y un maneras como nos manifiesta sus enseñanzas, no sólo a través de Su Palabra, sino también a través de situaciones y personas; sin cerrarnos jamás a la posibilidad de aprender algo allí donde jamás lo hubiéramos esperado...

Un día quizá te permita pasar por una situación difícil que te enseña a ser más paciente; otro día te hace sentir la fuerza con que te sostiene, para que aprendas a confiar más en Él, y así a cada momento, todo se vuelve pretexto para recibir una oportuna lección del Maestro.

Así como la respuesta a Dios que nos habla es la escucha, la respuesta a Dios que es Maestro es el aprendizaje.

Aquel que pidió que nos hiciéramos como niños para poder entrar en el Reino (ver Mt 18,3) espera de nosotros que no perdamos esa avidez infantil por saber, preguntar, descubrir algo nuevo cada día.

Supe de un padre de familia que todas las noches durante la merienda les preguntaba a sus hijos: ‘¿qué aprendieron hoy?’, y esperaba que cada uno respondiera algo que valiera la pena. Esperaba de ellos que hubieran aprovechado el día no para acumular conocimientos (como lo comprobó uno de ellos que en una ocasión, para salir del paso buscó a último minuto algo en la enciclopedia para mencionar que eso había aprendido, pero no se salió con la suya) sino

para crecer en cuanto hace a una persona más humana, más serena, más sabia en el mejor sentido de la palabra. Conocer que enfrentarían la pregunta cada noche hacía que cada uno de los hijos se la pasara buscando de veras aprender algo que pudiera compartir con los demás para enriquecerlos.

Ojalá que además de celebrar una vez al año el ‘día del maestro’, celebráramos todos los días el ‘día del alumno’, disponiéndonos a vivir en adelante como pupilos de ese Dios Maestro que nos tiene preparadas muchas lecciones, pequeñas y grandes, todas útiles y necesarias para aumentar nuestra fe, amor y esperanza.

Dice el dicho que ‘todos los días se aprende algo’. Como creyentes qué bueno sería preguntarnos siempre, al final de cada jornada: ‘¿qué ha querido Dios enseñarme hoy?’

Contracorriente

El otro día en la radio entrevistaron a un delincuente que narró cómo fue contratado para matar a un hombre, lo hizo, y fue atrapado. Lo que contó no fue tan impactante como la total ausencia de remordimiento, el orgullo ‘profesional’ (por llamarlo de algún modo) que mostraba y, lo más estremecedor: que sólo tenía dieciséis años. Uno no puede menos que preguntarse cómo fue que este chamaquito llegó a ser capaz de platicar, con lujo de detalles y absoluta tranquilidad, cómo terminó con la vida de otro ser humano como quien juega al tiro al blanco en una feria. Y la primera respuesta que viene a la mente es que no conoce a Dios. Nadie le ha hablado de Él así que no tiene idea de que existe y de que puede entablar con Él una relación personal que le dé a su vida un sentido muy distinto al que hasta ahora ha tenido, que lo haga realmente feliz.

El caso de este jovencito no es único. Desgraciadamente está siendo cada día más común. Y es que quienes tienen en sus manos la formación de la gran mayoría de la infancia y juventud se han empeñado en desterrar a Dios de la enseñanza y, de ser posible, de la vida de los alumnos. ¿Por qué? La razón fundamental no suele ser, como podría pensarse, de orden intelectual, sino visceral. Si se profundiza tantito en la historia personal de muchos de los enemigos de la fe, se suele descubrir este común denominador: resentimiento o rebeldía hacia la autoridad de la Iglesia, ignorancia de su doctrina o desconfianza hacia su jerarquía. Así pues, con el

pretexto de asegurarles a los niños y jóvenes una educación sin religión y libre de lo que consideran la insoportable interferencia de una Iglesia a la que perciben desde su óptica resentida y desconfiada, arremeten contra lo único que puede proporcionarles a esos niños y jóvenes a los que dicen defender, valores sólidos que les permitan llegar a desarrollarse como personas de bien.

El resultado de esto está comenzando a notarse. Está creciendo desmesuradamente el número de niños y adolescentes adictos y delincuentes que realizan toda clase de crímenes con una impresionante sangre fría. Estamos comenzando a ver lo que resulta cuando se educa sin Dios. Y esto es apenas el comienzo. Todavía no captamos la enormidad de lo que está sucediendo, porque adultos que hoy en día rigen las políticas educativas todavía alcanzaron a ser educados en los valores cristianos que hoy se esfuerzan en hacer desaparecer. Aún recuerdan lo que sus madres o abuelas les enseñaron. Muchos acudieron a colegios de órdenes religiosas; oyeron hablar de Dios, escucharon Su Palabra, conocieron Sus mandamientos, supieron de Jesús y de Sus enseñanzas y las tienen grabadas en su corazón aunque no quieran reconocerlo. Pero desgraciadamente se están asegurando de que las nuevas generaciones no tengan estas experiencias.

Los intelectuales y políticos anti-religiosos parecen apostar a que la educación académica sea suficiente para producir hombres y mujeres rectos, íntegros, honestos, compasivos. Se engañan. La verdad es que no basta. El conocimiento intelectual no asegura un buen corazón. Ser 'buena gente' tiene sus límites. Sin Dios no se consigue amar incondicionalmente a quien no lo merece; perdonar lo imperdonable; sentir más felicidad al dar que al recibir.

Si no tiene la conciencia de que todos somos hermanos, hijos de un mismo Padre, un niño puede crecer con la mentalidad egoísta del 'quítate tú para ponerme yo'; ser incapaz de sacrificarse por otros. ¿De quién o cómo aprenderá a tener misericordia o paciencia con los que le parecen distintos, incapaces o, peor aún, estorbosos o inferiores? Si

algún día puede y quiere vengarse, desquitarse, hacer un mal, lo hará, como vemos que muchos lo están haciendo, sin el menor sentimiento de culpa o de vergüenza. Sin Dios, optar por el bien puede convertirse en un asunto relativo que consiste en que cada quien actúa como le parece bien y los demás que se aguanten.

Como se dice popularmente, para ‘acabarla de amolar’, la mayoría de los medios de comunicación y ahora también los legisladores, se han convertido en los modernos formadores (mejor dicho deformadores) de conciencia. Unos promueven y otros legalizan conductas que son totalmente contrarias a los valores evangélicos de amor a la verdad, la justicia, la paz, la vida.

Cabe pues que nos preguntemos, ¿qué va a pasar cuando crezcan estos niños y adolescentes a los que nadie les habla de Dios, a los que se les deja sin el conocimiento de que existe un Señor que los creó, los ama y los llama a amar? ¿Qué va a suceder cuando sean ellos los adultos que gobiernen el país? La posible respuesta, que es muy poco alentadora, tiene que movernos a actuar hoy, ya, sin pérdida de tiempo.

Decía un maestro amigo que en un mundo que promueve como moral lo inmoral, lo permite todo y lo aplaude todo, ha aumentado tremendamente la responsabilidad de los educadores, y en especial la de los padres de familia, que tienen que esforzarse al máximo para inculcar en sus hijos una sólida conciencia cristiana que les permita nadar a contracorriente, no sólo para saber vivir de acuerdo a los valores cristianos en un ambiente que se les opone, sino para ser, como pidió Jesús, luz del mundo (ver Mt 5, 14-16), para alumbrar a otros y librarlos de la tiniebla del error y la desesperanza de una vida sin Dios

Siete regalos

¿No te ha pasado que te regalan algo que te gusta tanto que se te ocurre guardarlo para sacarlo en alguna ocasión muy especial y, una de dos, o lo guardaste tan bien que luego ya no te acuerdas en dónde lo pusiste y nunca más lo vuelves a ver, o, si era algo de comer, cuando por fin lo sacas de las profundidades del ropero ya se puso verde (el regalo, no el ropero)? Qué coraje da darte cuenta de que por querer conservarlo, desperdiciaste miserablemente la oportunidad de disfrutar un regalo. Qué distinto cuando acabando de recibirlo lo abres y lo usas, aunque no te dure...

Cada Pentecostés celebramos que recibimos muchos regalos, entre los que destacan siete, pero si hiciéramos una encuesta es muy probable que mucha gente confiese que ni sabía que se los habían dado, ni se le había ocurrido estrenarlos. ¿A qué regalos me refiero? A los que la ‘Secuencia de Pentecostés’, (ese canto poético que se proclama ese domingo en Misa) llama: ‘siete sagrados dones’, que recibimos del Espíritu Santo (‘dador de todos los dones’) en el Bautismo, que fueron reafirmados en la Confirmación y que son derramados continuamente sobre nosotros como una lluvia de gracias y bendiciones que nos capacita para vivir como hijos de Dios. Qué pena si hasta ahora los hemos dejado en el olvido, pero la buena noticia es que ¡no es demasiado tarde!, estamos todavía muy a tiempo para echar un vistazo a ese arcón de tesoros espirituales que se nos ha obsequiado, y no

perder ya más tiempo en empezar a beneficiarnos de ellos. Veamos cuáles son:

Don de sabiduría

No consiste en saber mucho, en el sentido de acumular conocimientos enciclopédicos, sino en saber elegir el camino mejor, el que nos acerca más a Dios, el que nos permite cumplir mejor Su voluntad, Su proyecto amoroso para nosotros.

Don de entendimiento

Nos ayuda a abrimos al don de la Palabra de Dios, para conocerla cada vez mejor, amarla cada vez más y dejar que sea, como dice el salmista, lámpara para nuestros pasos. Que en ella encontremos siempre palabras que nos iluminen, exhorten, guíen, consuelen y llenen de amor, fe y esperanza.

Don de ciencia

Nos ayuda a dar a cada cosa su valor, a no poner nada por encima de Dios, a no caer en la idolatría con los falsos dioses de este mundo: el dinero, el poder, el libertinaje, el placer por el placer. Nos ayuda a emplear nuestros bienes (espirituales y materiales) para bien de los demás y mayor gloria de Dios.

Don de consejo

Nos capacita para saber aconsejar a otros con criterios cristianos. Nos ilumina para tener la palabra oportuna para alentar, corregir, edificar, ayudar a otros a descubrir la voluntad de Dios en sus vidas.

Don de fortaleza

Nos ayuda a perseverar en el bien sin flaquear cuando las cosas se ponen difíciles, sea para cumplir un buen propósito o para enfrentar con paz y fe en Dios, toda situación adversa.

Don de piedad

Nos ayuda a gustar de las cosas de Dios, a acudir gozosos a la cita con Él en la oración, en la lectura de Su Palabra, en la Reconciliación, en la Eucaristía... Nos libra del tedio, la rutina,

el desinterés, la frialdad; nos mantiene sedientos de Aquel que es la fuente de Agua Viva...

Don de temor de Dios

No se refiere a ‘miedo’, sino a ese temor que uno siente cuando ama profundamente a alguien y por nada del mundo quisiera fallarle o hacer algo que lo decepcione o lastime. Este don nos ayuda a aborrecer el pecado y cuanto pueda apartarnos del Amado o poner en riesgo nuestra amistad con Él.

Estos son, en breves palabras, siete de los muchos dones que recibimos de parte del Espíritu Santo (ver Is 11, 2).

Reflexionaba acerca de que es muy conveniente memorizarlos para así tenerlos siempre en mente y no dejar que se nos pierdan, cuando vino a mi mente un recuerdo que quisiera compartirte: Mi papá solía tener en su closet uno o dos ejemplares de cuanto puede en un momento dado hacer falta en una casa: focos, pilas, clavos, pinzas, alambritos, etc. Nada más mencionarlo, y seguro lo tenía. Bromeábamos con él por ello, pero cuando se ofrecía algo, bien que nos gustaba que siempre lo tuviera a la mano. Muchas veces llegué con él un domingo a solicitarle: ‘¿puede abrir hoy la ‘miscelánea don Manuelito?’ Levantaba los ojos de su periódico y con mirada pícaro me decía: ‘¿estás haciendo mofa de tu progenitor?’, cosa que yo por supuesto negaba con falsa seriedad; entonces él preguntaba: ‘¿qué necesitas?’, y, recibida la respuesta, iba a su clóset y sacaba precisamente lo que se requería, por raro que fuera: la pilita para el reloj, el desarmador en cruz, la tuerquita de un anteojito...Conocía perfectamente lo que tenía y sabía por lo tanto, aprovecharlo. Esa miscelánea ya cerró porque ahora su dueño despacha desde el cielo, pero la ‘miscelánea’ del Espíritu Santo no cierra ¡nunca!, tiene infinitamente más dones de los que podemos imaginar, nos los ofrece aun antes de que sepamos que los necesitaremos, y, lo mejor de todo, nos los regala para que los conservemos siempre y los empleemos cuantas veces haga falta, sin que se gasten ni se acaben jamás. ¿Verdad que vale la pena no seguir dejando pasar ni una oportunidad para estrenarlos y reestrenarlos cada día?

Tres

“ Y tú ¿a quién le rezas?”.

Esa pregunta la hizo una señora a otra a la salida de Misa.

Era un domingo en que se celebraba la Solemnidad de la Santísima Trinidad, y un grupito de feligreses nos resguardábamos un tanto cuanto apretujados bajo un techito de la iglesia, en espera de que terminara el aguacero o cuando menos amainara para atravesar el atrio y salir a la calle. No pude evitar oírla pues estaba atrasito de ella. La misma que preguntó añadió sin esperar respuesta: “Es que yo la verdad no hago eso que dijo el padre de rezarle al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; yo, para no hacerme bolas nomás digo: ‘Diosito, te pido esto o -Diosito, te doy gracias por esto’ y ya no me complico.”. En eso alguien hizo notar que la lluvia se había vuelto ‘chipi chipi’ y todos salimos apresuradamente del momentáneo refugio, con la atención puesta en evadir los charcos y llegar a donde íbamos lo más pronto y lo menos empapados que fuera posible. Me marché de allí apesadumbrada porque no hubo posibilidad de ‘meter mi cuchara’ para tratar de compartir con esa señora mi certeza de que no se le complicaría nada si se animara a orar dirigiéndose a cada una de las Personas de la Trinidad, sino ¡al contrario! se le facilitaría enormemente tener con Dios una relación más cercana y personal.

Como no pude hacerlo entonces, y quizá algún lector se encuentre en el mismo caso de ella, quisiera plantear aquí esta reflexión. Se gana mucho al orar si en lugar de quedarse en lo limitado de dirigirse simplemente a Dios, en general, se dirige

uno, según sea el caso, unas veces al Padre otras a Jesús, otras al Espíritu Santo, sea en distintas ocasiones o en una misma sesión. Ello permite enfocar la atención sobre las características particulares de la Persona Divina a la que le está uno dirigiendo la oración, y tener una comunicación más expresiva, por así decirlo, y por lo tanto más significativa, más plena.

Quizá se pueda explicar esto mejor con ejemplos concretos. Te comparto mi experiencia:

Cuando me dirijo al Padre en la oración me gusta levantar los ojos al cielo, quizá lleno de nubes o de estrellas, y experimentar gozosamente mi absoluta pequeñez y Su infinita grandeza; reconocerme criatura, insignificante y sin embargo profundamente amada por Él (ver Sal 8, 4-5); sentir que habito en Su casa, que jamás me pierdo de Su vista ni me salgo de Su cuidado, que a donde quiera que voy, allí está mi Padre del cielo, como dice el salmista: *“¿A dónde iré lejos de Tu aliento, a dónde escaparé de Tu mirada? Si escalo el cielo ahí estás Tú, si me acuesto en el abismo, allí te encuentro”* (Sal 139, 7-8), saber que puedo acurrucarme en Sus manos amorosas y sentirme a salvo.

Cuando me dirijo a Jesús en la oración, lo visualizo al otro lado de la mesa en la que me acompaña a merendar o a mi lado mientras doy una caminata entre los árboles, o esperándome en el Sagrario, Vecino mío que sin razones me ama y se alegra siempre de verme llegar. Lo visualizo con ese rostro bellissimo, de mirada dulce y misericordiosa, que un artista pintó basado en los rasgos estampados en la Sábana Santa. Lo siento cercano, conocedor de lo que significa vivir en este mundo, por lo cual sé que puedo contarle todo, confiarle todo sabiendo que me presta toda Su atención, me comprende y responde con Palabras que a cuestionan, corrigen, consuelan, y siempre son Buena Noticia. Acudir a la cita con Él invariablemente me llena de la paz que brota de saber que en mi vida interviene en todo y siempre para bien.

Cuando me dirijo al Espíritu Santo en la oración, lo sé mi Huésped y me conmueve descubrir que va un paso más allá, dándome lo que necesito aun antes de pedirselo. Solicito

Su ayuda para todo y le agradezco de corazón que jamás rehúsa prestármela (en especial cuando la pido, como suelo, con urgencia y a deshoras). Está siempre dispuesto a inspirarme, instruirme, guiarme, derramar todos Sus dones, empujarme a ir más allá de mis cómodos límites, fecundarme para dar frutos. Lo percibo como luz que rompe mis tinieblas, amor que se comunica, fuego que incendia el corazón.

¿Qué más puedo decir? Cuando la oración se personaliza, se convierte en un medio maravilloso que permite crecer en intimidad con cada una de las tres Divinas Personas. Ello no significa que uno no deba o pueda dirigir la oración a Dios en general (o a la Santísima Trinidad en general, o a la Divina Providencia en general, etc.); de lo que se trata es de que al orar se tenga muy presente que dicha oración no está dirigida a una especie de ‘energía cósmica’ sin identidad, sino a un Dios que está constituido por Tres Divinas Personas: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo.

La antífona de entrada de la Misa de ese domingo proclama: “Bendito sea Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, porque nos ha mostrado un amor inmenso.” Ahí tenemos: un solo Dios, un solo amor, pero tres posibilidades distintas para ejercerlo y afianzarlo...

Tropiezan y caen

“*Cuando me asaltan mis enemigos... tropiezan y caen*” (Sal 27, 2). Esta rotunda afirmación del salmista quizá a alguno le suene presuntuosa. ¿Quién, que tenga enemigos, puede asegurar que cuando éstos quieren hacerle un mal quedan derrotados? Y es que no dice que alguna vez algún enemigo cayó y tropezó, sino que da a entender que cada vez que sus enemigos lo asaltan, acaban por el suelo. Suena como a algo que un pomposo héroe de tira cómica se atrevería a decir, pero no es así, es una frase que podemos pronunciar tú o yo con toda veracidad.

Para comprender esto cabe hacer una aclaración: Los enemigos aquí mencionados no son personas concretas (que nadie se ponga a esperar que su suegra rueda por tierra; que el jefe que lo acaba de despedir se de un sentón o que ese chamaco que salió corriendo disparado luego de arrebatarse la bolsa, se vaya de bruces). No son éstos los enemigos que se hace refiere el Salmo. Aquí eso de ‘enemigo’ ha que entenderse en un contexto muy diferente: referido a lo que te aparta de Dios, es decir, al pecado.

Tus peores enemigos no son esas personas difíciles que te rodean (al contrario, pueden contribuir enormemente a que crezcas en capacidad de amar, perdonar, tener paciencia, tolerancia...). Tus peores enemigos son tus pecados, tus malos hábitos, tus actitudes contrarias a lo que pide Dios de ti. Esos son tus verdaderos enemigos, porque no sólo te hacen la vida muy difícil en este mundo, sino, y eso es lo más grave, pueden

provocar que se te pongan las cosas todavía más difíciles en el otro...

Una vez aclarado de qué enemigos estamos hablando, cabe preguntarse cómo se puede llegar a ese momento feliz en que puedas asegurar que cuando aquellos te asaltan, tropiezan y caen.

Para responder esto viene a la mente lo que sucedió en el Huerto de Getsemaní: Cuando llegaron a aprehender a Jesús, Él les preguntó: “¿A quién buscan?” y cuando contestaron: “A Jesús, el Nazareno”, y Él declaró: “Yo soy”, ellos retrocedieron, tropezaron y cayeron por tierra. (ver Jn 18, 4-6).

Ante la presencia del Señor el mal es abatido. Así pues, si quieres que cuando te asaltan tus enemigos los pecados, éstos sean derrotados, ten siempre presente a Jesús en tu vida, ampárate en la presencia luminosa de Jesús que desvanece toda tiniebla, vence todo mal.

En términos prácticos ello implica adquirir, cuando menos, estos cuatro hábitos:

1. Vivir tu día consciente de estar en la presencia del Señor, dialogar con Él a lo largo de la jornada, para, entre otras cosas, ir pidiendo Su ayuda para resistir los asaltos de tus enemigos.
2. Mantenerte en estado de gracia, es decir, proponerte nunca conformarte con ser asaltado y vencido por tus enemigos los pecados. Hacerles ‘marcaje personal’ para no dejarlos pasar ni acostumbrarte a convivir con ellos. No dejar abierta la puerta para que entre, o peor se instale, el mal. Aprovechar el maravilloso Sacramento de la Reconciliación que te levanta si has caído y te fortalece para ganar la batalla la próxima vez. No dejar que pase tanto tiempo entre una confesión y otra, que ya ni te acuerdes cuándo fue la última vez que te confesaste; no dejar que se acumulen los pecados porque eso va debilitando tu capacidad de resistirlos...
3. Leer diariamente la Palabra de Dios, que es lámpara que alumbra tu camino y te ayuda a caminar en la luz y no en la tiniebla (recuerda que los enemigos asaltan en lo oscuro).
4. Frecuentar la Eucaristía, en la que recibes innumerables dones y regalos de Dios: Su perdón, Su Palabra, Su paz, y lo

mejor: ¡a Él mismo!, a Aquel que te libra de adversarios más fuertes que tú, te ciñe de valor y adiestra tus manos para triunfar en esta batalla espiritual (ver Sal 18, 19.33.35).

Si incorporas a tu vida cotidiana esos cuatro puntos podrás hacer tuya la frase del inicio, y celebrar tu victoria cantando como el salmista:

*“Me dejaste Tu escudo protector,
Tu diestra me sostuvo,
multiplicaste Tus cuidados conmigo...
yo perseguía al enemigo hasta alcanzarlo,
y no me volvía sin haberlo aniquilado:
los derroté y no pudieron rehacerse,
cayeron bajo mis pies.”* (Sal 18, 36-39)

Adopta un padre

Si estás buscando chamba y lees en el anuncio clasificado del periódico: ‘Se solicita personal que reúna los siguientes requisitos: Debe tener absoluta disponibilidad de horario, pues frecuentemente será requerido para trabajar en su día de descanso, así como en días festivos, y a altas horas de la noche o la madrugada. Debe recibir con buen ánimo el que personas tanto dentro del área que le corresponde como fuera de ésta opinen sobre la labor que realiza y le hagan críticas constantes, con frecuencia feroces e injustas. Debe aceptar que hasta la menor de sus faltas sea dada a conocer y comentada ampliamente; que no se le perdone ni una y que le achaquen también las faltas que cometan sus compañeros. Debe estar dispuesto a cambiar de área en cualquier momento, quizá sin previo aviso, lo cual implicará cambiar también de casa, irse a otro rumbo quizá muy lejano, y deslindarse de aquellos con quienes trabajaba y convivía y a quienes tenía afecto. Debe anteponer los intereses del trabajo a los suyos propios: a su familia, amigos y gustos, y no quejarse si con frecuencia no le queda tiempo libre. Y debe poder trabajar con todas sus fuerzas todos los días del año sin esperar jamás premios o estímulos.’

Si leyeras semejante solicitud probablemente no se te ocurriría ir a pedir esa chamba, y quizá pensarías que nadie en su sano juicio querría dedicarse a un trabajo tan terriblemente exigente, pero ¿sabes una cosa?, hay muchísimos que quieren y lo hacen. Hay muchísimos que año con año cometen esta

aparente locura, movidos por dos razones: su amor a Dios y a nosotros, sí, oíste bien, su amor a ti y a mí. ¿De quienes se trata? De los sacerdotes. De hombres que dejan todo: familia, casa, quizá una profesión que amaban o un empleo bien remunerado, para dedicarse abnegadamente y de tiempo completo al servicio del Señor y de la comunidad.

Quizá alguien diga: ‘bueno, se lo buscaron, es su vocación’, a lo cual cabe contestar que ello no implica que no merezcan nuestro reconocimiento y gratitud.

Piensa en lo mucho que debes a los sacerdotes: El que te impartió el Sacramento del Bautismo te permitió a convertirte en hijo o hija de Dios; los que te han confesado, te comunicaron el amor y el perdón del Padre celestial; los que han presidido las Misas a las que has ido, te han alimentado con el Pan de la Palabra y de la Eucaristía; los que te han impartido otros Sacramentos o atendido en alguna necesidad, han derramado sobre ti o los tuyos incontables gracias y bendiciones. Qué consuelo contar con un padre que administre la Unción de Enfermos si uno o un ser querido enferma gravemente. Cuando mi papá falleció, un padre atravesó toda la ciudad en hora pico para celebrar la Misa de cuerpo presente, y al día siguiente otro padre hizo lo mismo para celebrar la Misa en la que se depositaron las cenizas. ¡Cómo no agradecerlo!

El día del padre recordaba a un tío sacerdote que había fallecido y al que extrañó mucho pues fue como un padre para mí, y pensé que como era Misionero del Espíritu Santo, orden que pone especial énfasis en atender a sacerdotes, le gustaría que en lugar de que lamente que él ya no está, mejor haga algo por los que sí están. Por eso me ocurre proponer aquí dos cosas:

1. Que en el ‘día del padre’ no sólo celebremos a los papás sino a los ‘padres’, es decir, a los sacerdotes. Que los festejemos de algún modo, quizá regalándoles un copioso ‘ramillete espiritual’ (con las diversas oraciones, Comuniones y sacrificios que los fieles de la parroquia ofrezcan por él); quizá entregándoles hojitas con testimonios y comentarios de los fieles que expresan y agradecen lo que han hecho por ellos.

2. Que a partir de ahora cada uno procure velar por las necesidades de algún padre en, cuando menos, tres aspectos:

Espiritual

Orar por él. Procurar respetar su horario para que pueda tener tiempo para orar y descansar; apoyarlo para que pueda ir a un retiro o a ejercicios espirituales.

Emocional:

Hacerlo sentir aceptado y querido. Aprender a apreciar su estilo y personalidad y no compararlo negativamente con el padre que estuvo antes que él. Retroalimentarlo: hacerle saber cuando dijo o hizo algo que resultó de gran ayuda. Agradecerle su esfuerzo. Preguntarle si tiene con quien pasar el domingo o cierta festividad, no asumir que sí pues puede suceder que cuando todos se marchan de la iglesia convencidos de que el padre irá a con su gente, en realidad no tenga a donde ir. Procurar que no se sienta solo, especialmente si está incapacitado por enfermedad o vejez.

Económico

Estar pendiente de sus necesidades, y si se detecta que algo le hace falta algo y no tiene con qué comprarlo, quizá organizar una 'cooperacha' para regalárselo. Por ejemplo a un padre que tiene que ir caminando a visitar enfermos, su comunidad le regaló paraguas, impermeable y botas, pues en tiempo de lluvias regresaba empapado; a otro le regalaron un calentador pues su cuarto era muy frío; a otro lo apoyan con ciertos gastos médicos. En fin, el punto es no dar por hecho que el padre tiene todo lo que necesita, sino preguntarle y echarle la mano en la medida de lo posible.

Se habla mucho de que no hay suficientes vocaciones sacerdotales y en una encuesta que se realizó entre hombres jóvenes de diversos países se descubrió que la razón principal que dieron para no optar por el sacerdocio no fue, como quizá algunos imaginarían, su rechazo al celibato, sino su temor a la soledad.

Ojalá a partir de este día nos sintamos personalmente llamados a realizar acciones concretas para demostrarles a quienes sí se atrevieron a elegir la bella pero difícil vocación sacerdotal, para gloria de Dios y para bien nuestro, que los amamos y que nunca los dejaremos solos.

No de ‘chiripada’

¿Existen las ‘chiripadas’? Quizá mucha gente responda que sí. Viene a mi mente un ejemplo que parecería apoyar esta afirmación. Un día durante un juego de baloncesto en la secundaria, alguien que quién sabe por qué creyó que yo sabía jugar, me lanzó de pronto un pase, a mí, que para mantenerme a buen resguardo de los gritos y empujones me había ido a parar casi al otro lado de la cancha y estaba solita, papando moscas, quitada de la pena. Ante la avalancha de grandulonas que de inmediato se dirigieron hacia mí con amenazadoras intenciones, no se me ocurrió otra cosa para quitármelas de encima que hacer como quien distrae a un perro furioso arrojándole lejos un trozo de carne para que se vaya tras él, así que aventé la bola con todas mis fuerzas, lo más lejos que pude, con lo cual logré hacer ¡un ‘encestado’ perfecto!, yo, que tengo tan mal tino que al mismo tiempo que tiro algo en un bote de basura, ¡de una vez me agacho a recogerlo porque seguro cae afuera! Podría pensarse que aquello fue una ‘chiripadota’, y sin embargo, como creyentes, sabemos que no se mueve la hoja de un árbol si Dios no lo permite. ¿Qué significa esto? Que Él está en todo, en lo grande y en lo pequeño, e interviene siempre para bien, así que en este caso, cabe pensar que lo sucedido se debió a la voluntad de Dios, que tal vez quiso premiar a la capitana, por haber tenido el buen corazón de escoger para su equipo a la más ‘maleta’ del salón; o enseñar a las demás a no etiquetar a otros ni juzgar por apariencias, o incluso tal vez dar a todas una valiosa

lección: que nunca hay que desanimarse, pues puede suceder que cuando uno cree que ya no cabe esperar nada bueno de una persona o situación, lo mejor esté por venir.

Sí, no hay duda de que en este mundo creado y regido amorosamente por Dios no existen las ‘chiripadas’.

Y para ilustrar todavía más este punto, podemos citar incontables textos bíblicos, por ejemplo:

Del profeta Jeremías: *“el Señor me dirigió estas palabras: ‘Desde antes de formarte en el seno materno, te conozco; desde antes de que nacieras, te consagré profeta para las naciones’...”* (Jer 1,4-5).

Del Salmo 71: *“Desde que estaba en el seno de mi madre, yo me apoyaba en Ti y Tú me sostenías”* (Sal 71,6).

Del profeta Isaías: *“El Señor me llamó desde el vientre de mi madre; cuando aún estaba yo en el seno materno, Él pronunció mi nombre.”* (Is 49,1)

¿Te das cuenta de lo que esto significa? Significa que desde antes de que vinieras a este mundo, ya Dios había pensado en ti, te había, por así decirlo, diseñado, planeado, con todo Su amor y sabiduría. Significa que no te le ‘saliste de la manga’, que no fuiste un ‘mal cálculo’, un ‘error’. No importa si no eres ‘perfecto’ según los estándares del mundo. Lo eres para Dios.

A todos y cada uno de los seres humanos nos tuvo en Su mente, en Su corazón; todos y cada uno somos obra de un Dios que nos ha puesto en este mundo para cumplir Su proyecto de amor. Con nuestras capacidades y discapacidades, con lo que somos y lo que no; con lo que tenemos y con lo que nos falta, así nos puso el Señor en el vientre de nuestra madre, con el propósito de que podamos amar y recibir amor, edificar Su Reino y vivir eternamente con Él.

Cabe, pues, que nos preguntemos si hemos estado viviendo para que se cumpla el proyecto de Dios; si estamos aprovechando o no nuestras capacidades para ello; si estamos esforzándonos por vencer nuestras limitaciones o las estamos usando como pretexto para no hacer nada.

Un sacerdote contaba admirado que en una ocasión en que fue a visitar a una religiosa anciana que había fundado

varias obras y conventos a pesar de haberse desplazado siempre en silla de ruedas y haber padecido tremendas enfermedades, le dijo, ya en su lecho de muerte: ‘padre, puedo afirmar con toda verdad que con buena salud no hubiera hecho más’. ¡Qué maravilla de mujer que supo sobreponerse a las adversidades con tal de dar los abundantes buenos frutos que sabía que Dios esperaba de ella!

El Señor nos creó por algo, y nos sostiene en la palma de Su mano por algo. Si estás en este mundo, te aseguro que no es de ‘chiripa’: Dios tiene un plan maravilloso para ti. ¡Pídele que te ayude a descubrirlo!

Te comparto esto: Cuando mi mamá se embarazó de mí, tenía cuarenta y dos años, y cuatro inquietos hijos (de cinco a trece años). Al poco tiempo se presentaron serios problemas de salud y el doctor le dijo: ‘ni se cuide, porque esto se viene’. Mi mamá no le hizo caso y se cuidó (si ahora a sus ochenta y tantos años no para, imagino lo que sería para ella en ese momento tener que guardar cama ¡siete meses!), se encomendó a Dios y a María, y heme aquí. Cuando pienso en ello, siento, además, desde luego, de infinita gratitud, un gran temor de ir a desperdiciar la gracia del Señor, de no ser lo que Él esperaba que yo fuera cuando me permitió nacer.

Con tu vida has recibido un inmenso regalo de Dios que implica también una inmensa responsabilidad: la de descubrir y cumplir lo que Él espera de ti; la de nunca defraudar los sueños que tuvo y tiene para ti.

¿Por qué dedicarle un año a San Pablo?

Fue el primer escritor cristiano y aquel cuyos textos han sido leídos o escuchados por más millones de personas en todo el mundo a lo largo de los siglos, aunque curiosamente una parte importante de quienes han aprovechado sus enseñanzas desconocen que son suyas o no sabe quién es él. Le llaman ‘apóstol’ (incluso ‘súper-apóstol’) pero nunca perteneció al grupo de los Doce y no solo eso: hubo un tiempo en que fue perseguidor de cristianos. Probablemente no ganaría un concurso de popularidad entre los feligreses, que no suelen encomendarse a él, como lo hacen con otros santos como San José, San Judas Tadeo o San Antonio. Difícilmente encuentras una estampita con su imagen, y las que hay no lo representan con un rostro amable o sosteniendo al Niño Jesús, sino como un personaje adusto, bajito, calvo, de largas barbas, con una Biblia en una mano y una espadota en la otra. No suena muy atractivo, y sin embargo, el Papa Benedicto XVI decidió dedicar todo un año a celebrar la existencia de este hombre en un principio llamado Saulo de Tarso y hoy conocido como San Pablo.

¿Cuál es la razón de esta decisión?

¿Quién fue San Pablo y qué justifica que lo recordemos?

Lo primero que sabemos de él es que fue contemporáneo de la primera comunidad cristiana; era judío y pertenecía a la secta de los fariseos, quienes se caracterizaban

por creer que podían obtener la salvación si cumplían hasta la exageración la ley, es decir, los mandamientos y mandatos que Dios, a través de Moisés, dio al pueblo judío. Cabe hacer notar que, a diferencia de muchos fariseos hipócritas que sólo aparentaban cumplir, o que se habían ido al extremo de hacer de la ley un ídolo al que ponían por encima de todo, él realmente buscaba servir a Dios de corazón; lo malo es que dedicó todo su esfuerzo a perseguir a los cristianos, a los que consideraba enemigos de Dios pues seguían a Jesús, a quien los dirigentes de su pueblo habían rechazado y condenado a muerte.

¿Qué vio el Señor en este hombre que no tenía empacho en meter a la cárcel a mujeres y ancianos, que cometió muchos atropellos, uno de los cuales fue aprobar la muerte de San Esteban, el primer mártir cristiano?(ver Hch 7, 58-8,1). Vio sin duda que estaba equivocado, pero vio también que su error era de buena fe, que provenía de un corazón puro, sin doblez, cuya sola intención era la de servirlo. Así pues, quiso aprovechar todo ese fuego, reorientarlo, darle un sentido verdadero. Y un día tuvo lugar un encuentro que cambiaría la historia. Tres veces nos lo relata el libro de Hechos, como para que captemos su importancia (ver Hch 9, 1-9; 22,5-16; 26, 10-18):

Sucede que un día, cuando él se dirige a Damasco a continuar su ‘cacería’ de cristianos, el Señor se le aparece en el camino y lo cuestiona: “*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*”, a lo que éste pregunta: “*¿Quién eres, Señor?*” (De alguien que está tan seguro de conocer la voluntad de Dios, resulta significativo que no reconozca Su voz cuando Él le habla...). Recibe esta respuesta: “*Soy Jesús, a quien tú persigues*”. La intensa luz que acompaña esta revelación lo hace perder la vista (a él, que hasta entonces había creído tenerlo todo muuuy claro); las palabras que escucha inician en él una verdadera revolución espiritual que lo lleva a cuestionar todo lo que hasta ahora había tenido por cierto, que lo hace replantearse todo lo que hasta ahora había creído conocer respecto a Dios, que pone de cabeza sus ideas y lo hace comprender que ha estado esforzándose inútilmente por

avanzar pues ha ido en la dirección equivocada. Permanece tres días y tres noches sin comer ni beber, completamente ciego para el mundo pero comenzando a verlo todo claramente por primera vez. Permanece encerrado y sin hacer aparentemente nada, pero son tres días increíblemente fructíferos, no sólo para él sino para toda la cristiandad, porque en ellos se gesta lo que a partir de ese momento se dedicará a predicar incansablemente, recorriendo por mar y tierra las regiones más difíciles o distantes (fue el primero en llevar la Buena Nueva a Europa), dando su valeroso testimonio de obra y de palabra, lo mismo a gente que lo escucha con atención que a gente que se le opone y no para hasta condenarlo a muerte.

Y ¿cuál es ese mensaje que para él vale a tal grado la pena que no le importa padecer burlas, persecuciones, hambre y sed, frío, cansancio, latigazos, naufragios, encierros y al final el martirio? Lo descubrimos entre sus discursos (registrados puntualmente por San Lucas, quien lo acompaña en varios de sus viajes) y, desde luego, entre las numerosas cartas que escribe a las diversas comunidades cristianas que fue fundando y con las que se mantenía en contacto, y que hoy constituyen un precioso legado que forma parte importante de los extraordinarios textos que se proclaman en Misa. Es el anuncio de que Dios nos ama con un amor gratuito que no depende de nuestros méritos y del cual nada puede apartarnos; que la prueba de Su amor es que siendo pecadores envió a Su Hijo no sólo a compartir nuestra condición humana sino a morir para redimirnos; que resucitó para darnos vida, y que nos envió al Espíritu Santo para colmar nuestros corazones de Su amor, don que nos fortalece, capacita y lanza a vivir como testigos Suyos. Que todo lo que tenemos lo hemos recibido de Dios; que nos ha colmado con Su misericordia, Su perdón, Su paz, dones inmerecidos que estamos llamados no sólo a disfrutar sino a compartir siempre y con todos.

¡No alcanza el reducido espacio para mencionar los incontables y enriquecedores temas que el apóstol toca en sus escritos! Ahora se comprende por qué el Papa quiso ofrecernos ese otro espacio no tan reducido: todo un año dedicado a San

Pablo, como para animarnos a conocer al notable apóstol (a través de lo que nos cuenta San Lucas en el libro de Hechos de los Apóstoles, y de lo que de él mismo aprendemos a través de sus cartas), a volvernos sus amigos y a habituarnos a pedirle que ore por nosotros para que, como él, sepamos dejarnos llevar de la mano, dócilmente, al encuentro con Jesús.

Dejar atrás

Quien viaja para mudarse a otra ciudad, pero compra boletos de ida y vuelta; quien vive con su pareja pero sin casarse; quien cambia de trabajo pero en lugar de renunciar al anterior, pide permiso; quien deja de fumar pero esconde por ahí una cajetilla; quien acepta un noviazgo pero conserva los datos de posibles prospectos; quien ha adelgazado pero guarda la ropa de cuando tenía sobrepeso; quien ‘escombra’ la casa de ‘triques’ que ya no quiere ni necesita, pero los acumula en el closet o la azotea, todos ellos tienen algo en común: no se atreven a cortar de tajo con lo que deberían dejar atrás para comprometerse en una nueva situación, y van por la vida aferrados a un lazo con algo pasado que suponen les da seguridad cuando en realidad los ata y les impide avanzar.

Qué diferente la actitud de Eliseo, un campesino que está arando tras una yunta de bueyes cuando recibe un llamado muy particular: dejarlo todo para convertirse en discípulo del gran profeta Elías. ¿Y cómo reacciona? Nos dice el texto bíblico que pide permiso para ir a decir adiós a sus padres y luego hace algo inaudito: organiza una especie de banquete de despedida. Alguien podría preguntar qué tiene eso de inaudito, después de todo estamos muy acostumbrados a llevar a cabo este tipo de eventos cuando algún familiar o amigo se despide. Ah!, es que aquí hay dos detalles que hacen toda la diferencia: lo que les da de comer a los invitados al susodicho banquete son ¡los bueyes con los que hacía ratito estaba arando! y lo que

usa para la fogata en la que los asa es nada menos que ¡la madera de la yunta! Eso sí que es ‘quemar las naves’ (en versión bovina), es decir, cortar de tajo con todo lo que representa el pasado y disponerse a emprender una nueva vida.

Tenemos pues dos actitudes opuestas: la de quien no acaba de decidirse a dejar ir lo pasado y la de quien se atreve a dar el paso decisivo hacia adelante. ¿Cuál es mejor? Quizá haya quien opine que ambas tienen sus pros y sus contras, y quizá en ocasiones eso pueda ser verdad con relación al mundo, pero con relación a la vida de la fe no lo es.

Cuando se trata de seguir a Cristo se nos llama a emprender un seguimiento radical, se nos llama a dejar atrás todo aquello que nos pueda dificultar o, peor, impedir comportarnos como verdaderos discípulos del Señor. Cuando se trata de vivir cristianamente no caben las medias tintas, los dobles juegos, navegar en dos aguas. Aquél que nos pidió decir sí cuando es sí y no cuando es no, quiere seguidores que se definan claramente por Él; necesita seguidores que estén dispuestos a abandonar para siempre todo aquello que sea incompatible con la edificación del Reino del amor, la verdad, la justicia, la paz. Requiere de valientes que se atrevan a soltar sus amarras, echar continuamente por la borda todo lo que estorbe (rencores, iras, egoísmos) y lanzarse a navegar en la barca que Él conduce.

El profeta Elías dejó que Eliseo fuera a despedirse, pero en el Evangelio vemos que Jesús no da el mismo permiso a uno que quiere seguirle. Lo apremia a que comience ya, le hace sentir que no hay tiempo que perder cuando se trata de empezar a vivir como discípulo Suyo. Elías era sólo un profeta, muy grande, sí, pero humano al fin y al cabo; su seguidor podía darse el lujo de demorarse en largas despedidas. Jesús en cambio es Dios. Quien quiera seguirlo debe hacerlo de inmediato. Hoy es el tiempo de ir tras Aquel que no sólo te dio la vida sino que tiene un propósito maravilloso para ti y quiere que lo descubras ya, que empieces a vivirlo ya. Y si quieres seguirlo no debes aferrarte a nada que te atrase o atore en el camino. Deshazte de una buena vez de ese resentimiento, de esa relación ilícita, de ese negocio

chueco, de esa sarta de mentiras, de ese trato injusto, de esa actitud soberbia, de ese odio, de todo eso que quizá vienes arrastrando desde quién sabe cuándo.

Libérate, entrégale todo al Señor (ojalá en el Sacramento de la Reconciliación), quema ese yugo que te agobia y comienza ligero un camino distinto.

Dice Jesús: “*el que empuña el arado y mira hacia atrás no sirve para el Reino de Dios*” (Lc 9, 62), es decir que no puede emprender una vida luminosa quien se la pasa añorando la oscuridad en que vivía, o, peor aun, quien mantiene siempre abierta la posibilidad de vivir así otra vez, quien, por ejemplo, regresa con su esposa, pero no cierra su ‘casa chica’; devuelve lo robado pero se queda una parte; tira sus videos pornográficos pero no sus revistas; ofrece su perdón pero sigue con ganas de vengarse, ‘jura’ que ya no tomará pero guarda una botella en su ropero.

Hoy se nos invita a optar por dejar lo malo atrás y lanzarnos hacia lo que el Señor nos pone delante. No importa si hay caídas, lo importante es la decisión, la voluntad de seguirlo, fiarnos de Él, quemar las yuntas, renunciar a todas nuestras falsas seguridades, dejar de lamentar lo que dejemos y comenzar a celebrar lo que ganamos...

¿La vida?, ¿el destino?

Gracias a la vida por todo lo que me ha dado; que sea lo que el destino quiera; si los astros me son propicios...; si las leyes del universo lo permiten...; si las fuerzas cósmicas no se oponen...

Todas estas son frases muy comunes. Las suelen usar los ‘no creyentes’ cuando tienen necesidad de agradecer algo bueno que les ha sucedido o esperar que algo bueno les suceda, pero se resisten a aceptar que ello provenga o dependa de Dios. Así, se meten en camisa de once varas buscando subterfugios, modos de hablar que no suenen ‘mochos’ sino ‘intelectualmente correctos’: modos que, por ejemplo, mencionen elementos de la Creación pero evadan cuidadosamente mencionar al Creador.

Lo curioso es que no advierten que con estas frases están revelando, por una parte, su innegable necesidad de someterse a un ser superior, y por la otra, que en su afán de encontrarle sustituto a Dios han caído en el absurdo de otorgar atributos divinos a lo que no puede tenerlo. Analicemos esto más detenidamente.

¿Por qué dar gracias a la ‘vida’? Uno da las gracias a alguien no a ‘algo’. La vida, escrita así con minúscula, es sencillamente un sinónimo de ‘la existencia’, lo que el diccionario define como ‘espacio de tiempo que transcurre entre el nacimiento y la muerte’, y un ‘espacio de tiempo’ no sólo no oye ni entiende ni aprecia que se le den las gracias, sino que tampoco las merece pues no ‘hizo’ nada. Esto de

agradecer a ‘la vida’ resulta absurdo; es como si un turista se bajara de un autobús luego de un trayecto maravilloso, y se pusiera a darle efusivas gracias al vehículo, en lugar de ¡al chofer que lo manejó!

Y, ¿qué es eso de ‘que sea lo que el destino quiera’? Destino es una palabra que se refiere a acontecimientos futuros y desconocidos, no representa a nadie, así que ¿por qué cabría esperar que se haga lo que ‘quiera’ si no puede querer nada porque no es una persona? Y en todo caso, ¿por qué someterse a su ‘querer’, dando por hecho que querrá algo bueno? Quienes se muestran tan dispuestos a aceptar la voluntad de ‘la vida’, ‘el universo’ y demás desatinos cósmicos, harían bien en preguntarse en qué basan su confianza de que les depararán algo positivo. ¿Qué tal si no es así? Después de todo hay muchos que hablan de los ‘caprichos del destino’ o de la ‘perra vida’, así que en una de éstas, pueden no salir muy bien librados si se encomiendan a ellos. No se dan cuenta de que inconscientemente están trasladando a estos ‘entes’, características que sólo Dios tiene, como la bondad, la misericordia, el desear siempre nuestro bien. Dicen confiar en el ‘destino’ como un creyente confía en Dios, la diferencia es que la confianza de ellos cae en el vacío y en cambio quien confía en el Señor no queda nunca defraudado.

¿Qué lleva a ciertas personas a preferir encomendarse a cosas que a Dios? Entre muchas posibles causas cabe mencionar que probablemente nunca se han detenido a mirar todo lo creado, preguntarse de dónde pudo haber surgido, y darse cuenta de que la ‘vida’ no se creó sola y el ‘universo’ tampoco.

Me contaba un amigo que su conversión inició un día en que la maravilla de un programa buenísimo que instaló en su computadora lo hizo pensar que quien lo diseñó era un genio, y más tarde eso lo llevó a reflexionar que de igual modo tenía que haber un Diseñador genial de todas las maravillas de la Creación, Alguien que lo creó todo y sostiene en perfecta armonía, lo mismo al bichito microscópico que a la megagalaxia, al pez sumergido en las profundidades del océano que al ave que remonta el vuelo en una cumbre nevada.

Cabría añadir, siguiendo esa línea de pensamiento, que así como al ver lo creado se deduce la existencia de un creador, al ver que lo que mueve al mundo, que lo que hace a todo ser humano feliz es el amor, se deduce también que Aquel que creó el mundo, lo creó por y para el amor. Así pues, a diferencia de los que se encomiendan, con temor y desconfianza, a un ‘destino’, que puede resultarles ‘cruel’, quienes se encomiendan al amoroso Creador de todo cuanto existe, saben que pueden dejarse caer ‘en blandito’ en Sus manos bondadosas.

Los no creyentes suponen que al prescindir de Dios se han liberado de un yugo. Se equivocan. Es al revés. Se han echado encima un peso terrible: el de llevar solos sus problemas; el de ir por la vida abrumados por no tener a quién acudir cuando sufren y no le hallan sentido ni salida al sufrimiento; el de no creer que existe Aquel que dijo: “*Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados por las cargas, y Yo os daré descanso*” (Mt 11, 28).

Dice el Salmo 69 que el Señor es bueno, que viene a nuestra ayuda, que es clemente, que es fiel en el socorro, que en Su ternura vuelve hacia nosotros Sus ojos; que nos mira en nuestra enfermedad, en nuestra aflicción y que jamás desoye nuestra súplica. Afirma rotundamente el salmista: “*quienes buscan a Dios tendrán más ánimo*”(Sal 69, 33). ¡Claro! quien acude al Señor tiene la seguridad de que sus palabras no caerán en oídos sordos (o peor, inexistentes) porque no le dará gracias a ‘la vida’ sino a Aquel que da la vida; no se encomendará al ‘destino’ sino al Dueño del tiempo, a Aquel que vive desde siempre y para siempre; no pedirá que lo ilumine algún ‘astro’ a millones de años luz, sino Aquel que es la Luz, la única capaz de derrotar toda tiniebla.

¿Qué te equilibra?

Mi papá, que esta semana va a disfrutar de su fiesta de cumpleaños en el cielo, y al que desde aquí le envió un gran abrazo, con frecuencia me decía: ‘cuidado, eso está en equilibrio inestable’, para referirse, por lo general, a algún objeto que yo en mis prisas había puesto en algún lado descuidadamente, sin advertir que una parte estaba al aire o sobre algo que podía moverse y provocar que aquello se tambaleara, cayera o se hiciera pedazos. Sus palabras salvaron de un descalabro los más variados artículos y artefactos. Y hoy que las recuerdo se me ocurre que bien podrían aplicarse también a nuestra vida, especialmente con relación a lo espiritual. ¿A qué me refiero? A que así como cuando al colocar un objeto sobre una superficie hay que cuidar que no quede muy al borde ni sobre algo que lo desnivele para que no se deslice hacia un lado ni sea fácil que alguien lo tire, del mismo modo es indispensable cuidar que nuestra existencia esté equilibrada para que no vivamos al borde del colapso o estemos propensos a ser derribados con facilidad por el mal, la fatiga, el desánimo...

Es innegable que vivimos en un mundo que nos empuja a hacer cada vez más cosas en menos tiempo; pasamos el día de aquí para allá, realizando actividades que consideramos urgentes e impostergables, tratando de resolver la mayor cantidad de pendientes que nos sea posible, y al final nos encontramos hartos, agotados, de malas o sin ánimos de hacer otra cosa que echarnos a dormir. Nuestra existencia está

peligrosamente inclinada hacia el activismo, la exterioridad, la superficialidad. Está, como quien dice, en equilibrio inestable, y si no hay algo que haga contrapeso a su inclinación, corre el grave riesgo de quebrantarse. Urge que recupere su adecuado balance, pero ¿cómo conseguirlo? Aplicándole la famosa ‘ley del péndulo’: Contrarrestar la agitación con la quietud, el ruido con el silencio, la turbulencia con la calma, el exceso de ‘mucho que hacer’ con una buena dosis de ‘nada que hacer’.

Tenemos un ejemplo de esto en un episodio narrado en el Evangelio según San Lucas (ver Lc 10, 38-42), en el que vemos dos actitudes diametralmente opuestas en dos hermanas que reciben a Jesús en su casa. Se nos dice que una de ellas se afaná en ‘diversos quehaceres’ mientras que la otra se sentó a los pies de Jesús para escucharlo. Quizá alguien disculpe a la primera hermana alegando que hizo algo indispensable: la comida que compartirían los tres, pero lo de ‘diversos quehaceres’, se puede interpretar como que no sólo hizo lo necesario sino que se ‘encarreró’ realizando otras tareas, quizá muy útiles pero que debía haber dejado en segundo plano para rendir los debidos honores a su Huésped. Quizá también alguien considere que la segunda hermana era una floja ‘comodina’, pero Jesús no lo pensó así, al contrario, cuando la primera hermana reclamó que la otra no le ayudara, Él dijo que ésta había elegido ‘la mejor parte’ y nadie se la quitaría. ¿Qué significa esto?, ¿que el Señor nos está invitando a quedarnos cruzados de brazos? No. Significa que el Señor nos está haciendo notar que por muy importantes que nos parezcan las actividades que realizamos cotidianamente, es todavía más importante, es todavía mejor, hacer un alto para encontrarnos con Él, disfrutar Su cercanía, dedicarle aunque sea por un rato nuestra total atención.

Relacionando esto con lo que se venía mencionando antes, se deduce que lo único que puede devolverle el equilibrio estable a nuestra carrereada existencia es el encuentro con el Señor. Por ejemplo: visitarlo en el Sagrario, dedicar unos minutos para dialogar con Él luego de recibirlo en la Eucaristía; apartar diariamente un momento para tener una cita amorosa con Él.

Pasamos los días inmersos en el frenesí del mundo. Lo que leemos en los diarios, lo que vemos en la tele, lo que conversamos con otros, la interminable y agobiante lista de asuntos pendientes terminan por contagiarnos una visión mundana, materialista, pesimista, y llenarnos de impaciencia, intolerancia, desánimo, frustración, miedo, depresión. Ah, pero si nos atrevemos a crearnos un espacio en el que podamos entregarnos gozosamente y sin apresuramientos a saborear la presencia siempre luminosa y consoladora del Señor, entonces todo adquiere nueva perspectiva: los problemas que eran montañas se allanan, los caminos torcidos se enderezan, lo turbio se vuelve claro y el desasosiego se transforma en serenidad.

Dice el salmista:

*“Señor Dios, Tú eres mi auxilio
y el único apoyo de mi vida”* (Sal 54, 6)

Para que tu vida no entre nunca en ‘equilibrio inestable’, procura contraponer, a la vorágine de actividades de tu jornada, un oasis en el que puedas aprovechar la mejor parte que es acurrucarte a los pies de Jesús y permitirle que te apoye y te auxilie inundando con Su paz tu corazón.

Enséñanos a orar

¿Te ha sucedido que necesitas pedirle algo a una persona pero sin que ella o nadie te lo diga, sientes que no es oportuno interrumpirla y decides mejor esperar a un momento más oportuno?

Eso les sucedió a los apóstoles. Dice San Lucas que en una ocasión (de las muchas) en la que Jesús está orando, ellos esperan a que termine y sólo entonces se acercan a hacerle una petición. ¿Por qué no se atreven los apóstoles a interrumpirlo? "Seguramente porque han comprendido, a fuerza de ser testigos de ello, que hay algo extraordinario en la manera como Jesús se relaciona con Su Padre, que hay algo allí que los supera, que los hace darse cuenta de que existe otra manera de orar que no es la que habitualmente practican.

Pero además hay otra poderosa razón. Y no es, como algunos cuadros lo pintan, que se quedaran pasmados contemplando a Jesús con aureola y rayos brotándole de la cabeza. No. Si ellos no se atreven a interrumpirlo es porque han visto, han comprobado los resultados de la oración de Jesús. Saben que cuando su Maestro ora, sucede algo que los supera, pero cuyos resultados están a la vista. Algo que ellos sólo han podido contemplar desde afuera, pero sobre todo, después. Y es precisamente lo que han visto después lo que despierta en ellos una inquietud, un fuerte anhelo de tener lo mismo. Se dan cuenta de que a Jesús la oración lo llena de serenidad, de alegría, de amor, de fuerza interior. Que es en la oración donde Jesús encuentra el sustento para enfrentar las

agotadoras jornadas entre multitudes ávidas de oírle, escribas y fariseos que no pierden ocasión de tenderle alguna trampa, y ciegos, leprosos y demás enfermos que le salen al encuentro para pedirle su curación.

Si los discípulos quieren aprender a orar como Jesús, es, sobre todo, porque quieren aprender a vivir como Él. Por eso le piden: "*Señor, enséñanos a orar*" (Lc 11, 1b). Y nosotros deberíamos imitarlos. El problema es que pedirle a Jesús que nos enseñe a orar es lo mejor que podemos hacer, pero también lo más comprometedor. Porque la oración de Jesús está en perfecta coherencia con Su vida y viceversa. Nosotros en cambio descubrimos un tremendo abismo entre lo que somos y lo que oramos. Al pedirle a Jesús que nos enseñe a orar, tendríamos que pedirle también que nos enseñe a vivir la oración como Él, no sólo a repetirla. Que nos dejemos guiar, sacudir, cuestionar, iluminar, lanzar a la vida por la oración. que ésta no se nos quede en desahogo verbal. Que se convierta en hechos, en testimonio, en punto de partida para nosotros y para los demás.

Jesús les dijo: "*Cuando oréis, decid*" (Lc 11,2). Pero cuando dijo esta frase jamás imaginó que algunos la tomarían tan al pie de la letra que convertirían Su oración en una manera de 'decir', algo que se repite sólo de labios para afuera sin dejar que penetre el corazón.

Hay que insistir en que en Jesús se da una perfecta coherencia entre el decir y el hacer. Por eso advierten asombrados Sus contemporáneos que Él "*habla con autoridad, no como los escribas*" (Mc 1,22), porque no hay ni la más pequeña contradicción entre lo que predica y lo que vive. Su Palabra no es, como la nuestra, palabrería vana que hoy afirma y mañana se retracta, sino Palabra creadora, generadora, verídica, que realiza de inmediato lo que pronuncia, que es actuante...

Por eso cuando Jesús invita a decir el Padrenuestro, en realidad invita a vivirlo. No a convertirlo en fórmula mágica (que se dice apresuradamente en casos de apuración). No a usarlo como la única manera de dirigirse a Dios para tenerlo contento, al fin que Él nos la enseñó. No a convertirlo en rezo

de estampita, mecánico o, repetitivo. No a tenerlo a la mano junto con el número de los bomberos y la cruz roja, sólo para casos de emergencia. No a usarlo sólo para cumplir mandas o penitencias. No para considerarlo sólo una cuenta de Rosario que se reza distraída o atropelladamente. No para rezárselo a algún santo para que haga un favor. No para memorizarlo con la mente pero no dejar que penetre el corazón. No, no y no. Nada de eso tenía en mente Jesús cuando nos invitó a decir (Él pensaba que con toda el alma, no sólo con los labios) el Padrenuestro.

Con el Padrenuestro Jesús responde perfectamente a la solicitud de Sus discípulos: "enseñanos a orar", es decir, enseñanos a relacionarnos con Dios. Y hace eso exactamente:...Nos revela que Dios es nuestro Padre y quiere que lo experimentemos como tal todos los días de nuestra vida. Y que a partir del gozo y la confianza en la paternidad de Dios construyamos nuestra existencia...

Es una guía para la vida. Una provocación a vivir, no a repetir. Una propuesta para ser y hacer, no sólo para decir..."

(Tomado del libro 'Para orar el Padrenuestro' de la misma autora. Publicado con su autorización).

Saber incomodar

“La verdad no peca pero incomoda”, dice el dicho. Y es cierto. La verdad puede resultar muy ‘incomodadora’, si se me permite el término, razón por la cual mucha gente prefiere no decirla.

Es que suele dar pena incomodar a alguien, inquietarlo, hacer que se sienta mal. No es algo digno de gente ‘bien educada’, porque crea tensión y molestia y puede provocar una situación desagradable. Callar o mentir (decir una ‘mentirita piadosa’) parece ser más sensato, pero ¿es más cristiano?

Jesús dijo: “*La verdad os hará libres*” (Jn 8,32), y también: “*Digan sí cuando es sí y no cuando es no, lo demás es del Maligno*” (Mt 5,37). Traducido a nuestra vida cotidiana, ¿implica esto decir la verdad, aunque incomode a alguien?

Para responder a esta cuestión cabría añadir, a las dos citas anteriores, un consejo que dejó el Maestro que nos es muy útil para saber cuándo una acción dará resultados positivos o no, y por lo tanto si vale o no la pena realizarla: “*por sus frutos los conoceréis*” (Mt 7,20).

En términos prácticos, esto significa preguntarse: ‘esta verdad que planeo decir y que sé que va a incomodar, ¿qué clase de incomodidad provocará? Por ejemplo, cuando llega el hijo, que por lo visto se quedó dormido en la peluquería, ¿qué caso tiene decirle: ‘te dejaron como escobeta’? No puede hacer nada para remediarlo, excepto quizá usar una cachucha veinticuatro horas mientras le vuelve a crecer el pelo, así que ¿para qué incomodarlo en un sentido negativo? Lo mejor es

buscar (con buena voluntad todo se puede) algo agradable que decirle.

Por otra parte, cuando una verdad provocará incomodidad pero se prevé que ésta resultará positiva, una inquietud que hará que la persona reflexione, analice el asunto y pueda cambiar una actitud o situación que la afecta o afecta a otros, entonces sí vale la pena decir esa verdad aunque incomode.

El problema es que solemos caer en dos extremos cuando se trata de decir este tipo de verdad. O la soltamos brutalmente sin mayor miramiento (decimos: ‘le solté sus verdades’), lo cual resulta muy contraproducente pues quien recibe tan cruda y repentina revelación queda herido y/o a la defensiva, o hacemos todo lo contrario, usamos taaaaaaaanto tacto y discreción que la verdad que queríamos decir pasa desapercibida en la maraña de frases ambiguas y amables que empleamos para evadir tocar claramente un punto álgido que tememos incomode.

Veamos un ejemplo: Alguien que conoces te cuenta que cuando laboraba en cierto lugar dispuso de los bienes que le habían dado a administrar, y se los regaló a sus parientes y amigos. Si le dices: ‘¡Eso fue un abuso y un robo!’, quizá no lograrás más que ofenderle. Si le dices: ‘bueno seguramente querías ayudarlos dándoles esas cosas, y aunque no te pertenecían, no lo hiciste con mala intención’, la verdad (hacerle ver que tomó lo que no era suyo) pasa desapercibida entre disculpas y puede ser que incluso llegue a dar la impresión de que te parece que lo que hizo estuvo bien. Lo recomendable aquí sería plantear preguntas que le ayudaran a reflexionar para captar no sólo que obró mal sino cuáles fueron sus motivaciones de fondo, pues si no detecta esto, no podrá corregirse y seguirá cayendo en lo mismo en el futuro.

¡Qué difícil hallar el justo medio y el modo para comunicar una verdad que incomode en el mejor sentido de la palabra!. Como dice otro dicho: ‘ni tanto que queme al santo, ni tanto que no lo alumbré’. Aquí puede uno tomar como ejemplo -y como intercesora a la cual encomendarse- a Santa Teresita del Niño Jesús, de la que cuentan las religiosas de su

convento que cuando fue nombrada encargada de novicias, siendo ella misma una jovencita de no más de veinte años, tenía siempre la madurez de aconsejar y exhortar a cada una con notable claridad y caridad. Decían que no temía decirles abiertamente lo que pensaba; que mientras otras se dejaban influir por el deseo de quedar bien, de ser queridas por sus novicias, o conservar su amistad, a ella la movía exclusivamente el deseo no de recibir, sino de hacer un bien, de despertar su conciencia, moverlas a conversión, animarlas a mejorar cada vez más en el orden espiritual.

He ahí el principal objetivo que debe motivar la decisión a decir la verdad. Y tenemos un magnífico ejemplo de esto en la Segunda Carta a los Colosenses (ver Col 3, 5-9). En ella San Pablo no tiene empacho en denunciar y enumerar todo lo malo que encuentra en nosotros (fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que considera una forma de idolatría), así como en exhortarnos firmemente a no seguir engañándonos, pero no se queda ahí (y éste es el secreto para una fructífera reconvención), sino que abre un camino, una esperanza: nos indica qué hacer, nos propone una solución, nos llama a transformarnos a imagen de Dios.

¿Incomoda la verdad que nos dice San Pablo? Sin duda. ¿Es negativa esta incomodidad? De ninguna manera. Es una incomodidad que nos impide quedarnos a gusto en el error y nos impulsa a cambiar. Es una especie de diagnóstico médico, que nos avisa que algo está mal, pero no para que nos deprimamos o nos azotemos contra las paredes, sino para que nos proponamos hacer algo al respecto para ponerle remedio (pues ¡siempre hay remedio!).

Descubrimos así que una verdad bien dicha puede ser doblemente buena no sólo porque no peca sino porque incomoda....

Por la fe

¿Qué cosa inesperada, aparentemente insensata, fuera de toda lógica y hasta ridícula estarías dispuesto a hacer si Dios te pidiera que la hicieras? Y si preguntas: ‘ay, pero ¿es que Dios puede pedir que haga algo así?, te respondería: ¡claro!, ¡es Su especialidad! Y antes de que alguien crea que estoy diciendo una irreverencia, que le eche un ojo al capítulo 11 de la Carta a los Hebreos. Ahí el autor hace un recuento de cosas locas y raras que a petición de Dios hicieron diversos personajes del Antiguo Testamento. Por ejemplo, recuerda a Noé que porque Dios se lo pidió se puso a construir nada menos que una inmensa arca para sobrevivir un diluvio cuando no había ¡ni trazas de lluvia! (ver Heb 11, 7); a Abraham, que cuando ya estaba viejito dejó su patria, casa y comodidades y, porque Dios se lo pidió, emprendió una aventura incierta, pues salió “*sin saber a dónde iba*” (Heb 11, 8); y luego, de nuevo porque Dios se lo pidió estuvo dispuesto a sacrificar a su hijo querido, del que esperaba que se cumpliera la promesa divina de tener una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo (ver Heb 11,17-18); a Moisés, que aunque era medio tartamudo, fue a hablar de parte de Dios, porque Él se lo pidió; y se enfrentó al faraón y se volvió líder de un pueblo muy difícil y se las vio negras para sacarlo de la esclavitud (ver Heb 11,27.29). Basten estos ejemplos para que quede claro que sí, Dios suele pedir cosas inesperadas, aparentemente insensatas y fuera de toda lógica, pero que nadie se quede con la errada impresión de que lo hace por diversión o para ver hasta dónde

somos capaces de llegar. No. Él pide sólo lo que desde Su punto de vista, infinitamente sabio, amoroso y superior al nuestro, ve que es lo que más conviene.

Si seguimos el desarrollo de las historias de los personajes antes mencionados, vemos que la construcción del arca salvó de perecer ahogados a Noé, a toda su familia y a los animales que los acompañaban; que dejar su patria le permitió a Abraham establecerse en una tierra maravillosa; que estar dispuesto a cumplir hasta el extremo la voluntad de Dios le obtuvo recibir con creces lo que Él le había prometido; y que el penoso peregrinar de Moisés con el pueblo por el desierto valió la pena pues los condujo a la tierra prometida.

De todo lo anterior se deduce que por más inesperado o ilógico que en un momento dado pueda parecernos lo que nos pide Dios, es, sin lugar a dudas, lo más sensato que podemos hacer, aunque no siempre eso nos quede muy claro, sobre todo cuando estamos en el momento de la decisión y nos sentimos confundidos, enfrentamos oposición o críticas y nuestra seguridad empieza a flaquear.

Podemos imaginar cómo se habrá sentido Noé ante la burla de sus amigos y vecinos cuando bajo un cielo azul comenzó a edificar un barcote en un lugar en el que no sólo no llovía, y a nadie se le ocurría que pudiera llover tanto que todo se inundara, sino ni siquiera quedaba cerca el mar. Podemos imaginar las discusiones que tuvo Abraham con su esposa y su gente cuando planteó que tenían que dejar todo e irse quién sabe a dónde; y ni hablar de lo que le habrá dolido percibir lo que pensó de él su hijo Isaac cuando lo ató a la leña decidido a sacrificarlo, (por lo pronto es de suponer que el muchacho ya nunca quiso acompañarlo a días de campo...). Podemos imaginar el miedo de Moisés que había salido huyendo de Egipto, de ir a enfrentarse al faraón egipcio. No, no fue fácil para todos ellos obedecer lo que Dios les pidió. Cabe preguntar entonces, ¿por qué lo hicieron? El autor bíblico nos lo dice una y otra vez, como un estribillo que se repite al inicio de todos esos párrafos del capítulo once de la Carta a los Hebreos: *'Por la fe'*.

Fue la fe de Noé, la de Abraham, la de Moisés la que los movió a realizar aquello que Dios les pidió. Y aquí vale la pena hacer un alto para examinar qué significa la fe. No es tener un conocimiento intelectual, tener la 'idea' de que existe Dios y ya, pues eso no impulsa a nadie a actuar. No es una autosugestión de que todo saldrá como queramos, pues muchas veces a pesar de la fe las cosas resultan al revés de lo esperado; no es un salto al vacío, pues aunque no siempre sepamos a dónde conducirá lo que nos pide, sí sabemos que Aquel que nos lo pide nunca nos dejará caer; no es ausencia de dudas, pues uno puede tener fe aunque no sepa todas las respuestas.

Entonces ¿qué es la fe? Si hubiera que dar una definición sencillísima, sería ésta: La fe es decirle 'sí' a Dios. Es responder afirmativamente a un Dios que toma la iniciativa, que te busca y te invita a decirle 'sí' a aquello que te propone aunque sea inesperado o te suene ilógico, porque tienes la certeza de que si te lo pide es porque te conviene. De esta definición se deduce que no es posible tener fe y quedarse en las mismas pues la fe necesariamente te saca de la inercia, te lanza de tu comodidad, te mueve a hacer cosas aunque éstas no te suenen ya no digamos lógicas, ni siquiera agradables: hacer un favor a quien nunca te los hace; decir algo bueno de alguien al que todos critican; salirte de ese ambiente que te ha parecido divertido pero que no deja nada positivo en tu alma; perdonar a quien no se lo merece; renunciar a ese asunto atractivo pero chueco; iniciar un proyecto para ayudar a otros, sin contar quizá con todo lo necesario...

¿Es arriesgado tener fe? Sí y no. Sí porque nunca sabes con qué te va a salir Dios, qué te pedirá la próxima vez, y no porque no hay ningún riesgo en cumplir la voluntad de Aquel que por amor te creó y por amor te pide sólo aquello que resultará infinitamente mejor de lo que jamás pudieras atreverte a esperar.

Superar la adolescencia

El otro día pasé un buen rato en un embotellamiento de tránsito frente a una escuela secundaria, a la hora de entrada del primer día de clases. Me entretuve viendo las reacciones de los alumnos que iban llegando. Los que llegaban en coche se bajaban apresuradamente, daban un portazo y corrían a saludar a sus cuates; los que llegaban caminando acompañados de su mamá, dejaban ver que esa situación no era de su agrado: caminaban separados, como desentendiéndose y se despedían de lejitos, con un movimiento de cabeza, un gesto de la mano, una palabra apenas. Entre adolescentes lo que se usa, lo ‘cool’, como dicen ahora, es sentirse grandes, autosuficientes, deslindarse de la autoridad materna, actuar como si no les hiciera falta su mamá. Mis amigas con hijos de estas edades aceptan resignadas sus actitudes, y aunque no pueden evitar decir esperanzadas: ‘ya se les pasará’, pues les duele su desapego, lo toman por ahora como una conducta normal. Están en la adolescencia, comentan, qué le vamos a hacer. Las mamás de estos chavos tienen la esperanza de que tarde o temprano ellos superen esta etapa, y llegue el día feliz en el que no sólo estén en casa para llevarse algo del refri o la despensa; no pongan los ojos en blanco cuando los aconsejan, acepten sin pena un beso o un abrazo materno y, si no es mucho pedir, ojalá por fin aprecien y reconozcan cuanto ellas han hecho y hacen por ellos.

Reflexionaba en esto y pensaba que lo más probable es que esa esperanza de ellas se cumpla, pero a la vez consideraba

qué lamentable sería el caso de una mamá cuyos hijos nunca superaran la adolescencia; nunca dejaran de criticarla en público y en privado; no toleraran la menor exhortación; acudieran a ella sólo para ver qué le sacan pero no le mostraran la menor gratitud, y no perdieran oportunidad para dejar muy claro que la desprecian y que no se parecen en nada a ella.

Pues bien, lamentablemente esa mamá existe y está en esa triste situación. ¿Sabes quién es? La conoces bien: es la Iglesia.

Desgraciadamente se ha puesto de moda atacarla y criticarla. Y lo patético de esto es que dichos ataques y críticas no sólo provienen de fuera, de enemigos de la fe, de los cuales cabría esperar semejante hostilidad, y de los que ya se sabe que han orquestado una campaña de ataques, sino de algunos ¡de sus propios hijos!

Qué doloroso resulta escuchar a católicos que no dejan pasar ocasión para hablar mal de algo relacionado con la Iglesia. Cuando uno cuestiona su actitud suelen defenderse diciendo que Jesús dijo que la verdad nos haría libres y que hay que ser abiertos y reconocer lo malo, pero la realidad es que sus críticas no son constructivas y no edifican a quien las escucha, todo lo contrario.

Conozco el caso de un maestro de Biblia que tiene gran conocimiento, simpatía y facilidad de palabra, pero también un deplorable defecto: se la pasa hablando mal de la Iglesia, y eso que se presenta como avalado por ella. Es un ‘adolescente espiritual’ que cree que queda bien o hace bien si habla mal de su Madre, pero no se da cuenta de que es todo lo contrario: por una parte queda pésimo (dice un dicho que se sabe más acerca de alguien por lo que dice de los demás que por lo que dice de sí mismo), pues está criticando a aquella a la que está llamado a amar y a servir, de la cual en muchos aspectos depende, a la que tiene muchísimo que agradecer y con la cual cuenta cada vez que lo necesita, y por otra parte, ha inculcado en quienes asisten a sus clases, un profundo desprecio por la Iglesia que los está animando a apartarse de ella: dejar de ir a Misa, dejar de confesarse, ya no comulgar, abandonar el Rosario, jamás

orar ante el Santísimo... ¿Es esto positivo? Desde luego que no. ¿Por qué? Porque en la Biblia queda claramente establecido no sólo que Jesús fundó la Iglesia (ver Mt 16, 18-19), sino que ésta es Su cuerpo. Dice San Pablo: “*Él es también la Cabeza del Cuerpo: de la Iglesia*” (Col 1, 18). Ello significa que ambos forman una unidad: un católico no puede amar a Cristo y despreciar a Su Iglesia; no puede mantenerse cerca de Cristo si está lejos de Su Iglesia. Suele suceder que el católico que comienza a apartarse de la Iglesia, al principio pretende mantener una relación personal, individual, en solitario con Dios, pero la verdad es que sin el consuelo y la fortaleza de los Sacramentos, sin la sabia enseñanza del Magisterio, sin el sostén de la Tradición ni el apoyo de la comunidad eclesial, termina por olvidar o hacer a un lado su vida de fe.

Con todo lo anterior ¿pretendo decir que no hay nada criticable en la Iglesia? No, sería absurdo afirmar esto acerca de una institución que, aunque fundada por Cristo, está formada por seres humanos falibles. Lo que sí quisiera proponer es que ante los defectos que encontremos en ella reaccionemos con misericordia, prudencia, y mucha oración; que superemos la etapa adolescente de querer echarle tierra para mostrar que somos mejores que ella, de resistirnos a su amor y a su guía, y de acudir a ella sólo para pedir y no para dar; que cesemos de ver la paja en el ojo ajeno; que reflexionemos antes de hablar si lo que diremos realmente servirá de algo o sólo destruirá; que reconozcamos y agradezcamos todo lo que la Iglesia nos ha dado y nos sigue dando, y que cuando queramos comentar algo acerca de ella sigamos el sabio consejo de un sacerdote que decía: si quieren criticar a la Iglesia, sólo recuerden una cosa: están hablando de su Madre.

Hosanna en las alturas

Ya se sabe que Dios está en todas partes, pero no se puede evitar sentirlo más cerquita cuando está uno en lo alto. ¿Alguna vez has subido a un monte con el propósito de tener un encuentro personal con el Señor? En la Biblia vemos una y otra vez, de principio a fin, que los lugares elevados son en cierto modo sitios favorecidos para experimentar la presencia divina. Mira estos ejemplos: Fue en un monte donde Dios probó y premió la fidelidad de Abraham (ver Gen 22, 1-18); Dios se le reveló a Moisés en una zarza que ardía en el monte Horeb, la ‘montaña de Dios’, y le pidió que el pueblo le diera culto ahí (ver Ex 3, 1.12). Y en otro monte, el Sinaí, le manifestó Su voluntad y le entregó las tablas de la ley (ver Ex 19, 1-2.10-11.20ss). A través del profeta Isaías, Dios prometió que miembros de todas las naciones serán llevados hasta Su monte santo (ver Is 66, 20).

Los montes siempre han formado parte significativa de la historia del pueblo de Dios. Y no sólo en el el Antiguo Testamento. También en los Evangelios se mencionan diversos montes: Se nos narra que Jesús acostumbraba subir a un monte a orar (ver Mt 14,23; Mc 6,46; Lc 6,12) o simplemente a buscar un refugio de silencio y soledad (ver Jn 6,15); que fue en un monte donde eligió a los Doce (ver Mc 3,13), donde pronunció el llamado ‘sermón de la montaña’ (ver Mt 5,1ss), donde se transfiguró en presencia de tres de Sus discípulos (ver Lc 9,28-36); donde oró antes de Su Pasión y fue aprehendido (ver Mt 26,30.36.47); donde fue crucificado,

sepultado y resucitó (ver Jn 19,16-18.41-42; 20, 1-18); y desde donde envió a Sus apóstoles a anunciar a todo el mundo la Buena Nueva (ver Mt 28, 16-19). En el último libro de la Biblia, el Apocalipsis, el autor describe que vio al Cordero victorioso de pie sobre el monte Sión (ver Ap 14, 1), y que luego fue arrebatado a un monte muy alto desde donde vio la Jerusalén celestial (ver Ap 21,10).

Hay algo en subir a un monte que de alguna manera nos facilita tener una experiencia espiritual. En México tenemos la bendición de contar con dos montes privilegiados: El primero es, desde luego, el Cerro del Tepeyac, sede del ayate de nuestra amada Morenita, la Siempre Virgen Santa María de Guadalupe, Madre de Dios y Madre nuestra, cuyo santuario es el más visitado del mundo. El segundo es la Montaña de Cristo Rey (antes conocida como ‘Cerro del Cubilete’) que ha sido declarada en forma oficial por las autoridades competentes el centro geográfico de nuestro país, algo muy significativo, ya que en la cima alberga los Santuarios de Cristo Rey y de María Reina, presencias soberanas que ocupan -o deberían ocupar- el centro geográfico de nuestros corazones.

En estos días tuve la dicha de estar ahí, y quisiera animarte para que, en algún momento de tu vida, visites, no en plan de turista sino de peregrino, este lugar sagrado.

Para llegar pasa uno cerca de Silao, Gto. y luego toma la desviación. Al llegar al pie de la montaña, se alcanza a ver allá arriba el Santuario con la figura de Cristo Rey, que mide 20 metros de altura. Eso da ánimos para emprender la cuesta de catorce kilómetros por un camino empedrado que va serpenteando por la montaña, subiendo, curvando, subiendo, poniendo ante tus ojos un paisaje cada vez más espectacular. El aire puro, el viento fresco, el silencio como no suele uno percibirlo en la ciudad, el cielo azul con nubes que casi sientes que puedes tocar, la paz que se respira aquí van preparando el alma a lo que se recibe al llegar a lo alto. El camino que rodea la cima es peatonal. Por un lado tiene una barda de piedra que permite acodarse en ella para dejar que la mirada se dé gusto ante esa hermosa llanura que es el Bajío, en la que se

distinguen caseríos, pueblos, ciudades, y aquí y allá, cerros y serranías que lo hacen sentir a uno en la cima del mundo. Los ojos lo abarcan todo pues como está uno en la montaña más alta de los alrededores (a dos mil setecientos metros sobre el nivel del mar), nada se interpone entre uno y el más lejano horizonte. Sobra decir que desde aquí se ven amaneceres, atardeceres y noches tan estrelladas que lo hacen a uno recordar al salmista que al admirar el cielo y comprender la grandeza de la Creación se pregunta maravillado qué es el hombre pues, a pesar de su insignificancia, Dios se ocupa de él (ver Sal 8,1.4-5). La barda rodea el camino alrededor del Santuario de Cristo Rey al cual se llega atravesando una estructura en forma de corazón (arquitectónico homenaje al Sagrado Corazón de Jesús), con una explanada al centro. En el interior, que es circular y tiene adosada al techo una inmensa corona de espinas como para recordarnos que este Rey antes de ser coronado de Gloria fue coronado de espinas porque quiso padecer para redimirnos, está expuesto diariamente el Santísimo Sacramento, lo que ofrece a los peregrinos un espacio privilegiado para sentarse un buen rato a los pies de Aquél a quien han venido a visitar, para entablar un íntimo diálogo o contemplarlo en arrobado silencio. En la parte de atrás, por fuera, está el Santuario de María Reina, también llamado de Santa María de Guadalupe, en donde se ofrece el Sacramento de la Reconciliación y se celebran varias Misas al día para que los fieles no vuelvan a casa con las manos vacías, sino renovados, alimentados y fortalecidos espiritualmente, tras recibir el perdón, el Pan de la Palabra y el de la Eucaristía, y así regresen a su vida cotidiana como Moisés al bajar del monte (ver Ex 34,29), con el rostro radiante tras haberse encontrado, cara a cara, con Dios.

Humildad

¿Qué es la humildad?, ¿en qué consiste?

Se le hizo esta pregunta a varias personas y fue interesante descubrir que lo que dijeron bien podía haber sido la respuesta a la pregunta: ¿qué es la ‘baja autoestima’?, pues la gran mayoría contestó que la humildad consiste en sentirse uno menos que los demás, o dejar que otros lo ‘mangoneen’, o pensar que uno no vale nada, o negar las propias cualidades para no ‘creerse mucho’.

Luego de escuchar todo esto se comprende por qué a la mayoría de la gente eso de ser ‘humilde’ no se le antoja en lo absoluto, claro, porque piensa que es sinónimo de volverse un cero a la izquierda o ponerse de ‘tapete’ para que otros lo pisoteen, lo cual definitivamente no suena atractivo en un mundo en el que los papás se la pasan animando a sus hijos a ser mejores que los demás; los maestros empujan a los alumnos a destacarse por encima de sus compañeros, y en general en los medios laborales, sociales, deportivos, culturales, se favorece que se luche por superar a otros, por dominar a otros, por lucir las propias cualidades y aprovecharlas para escalar posiciones.

Parece que eso de la humildad no cuenta con muchos adeptos. El conflicto surge cuando descubrimos que como cristianos se nos invita una y otra vez a ser humildes, y no se nos da oportunidad de voltear para otro lado y hacer como que no oímos. En la Biblia se nos aconseja: *“Hijo mío, en tus asuntos procede con humildad y te amarán más que al hombre*

dadivoso. Hazte tanto más pequeño cuanto más grande seas y hallarás gracia ante el Señor, porque sólo Él es poderoso y sólo los humildes le dan gloria” (Eclo 3, 19-21).

El propio Jesús nos invita a aprender de Él, que es “*manso y humilde de corazón*” (Mt 11,29).

Una vez más, nuestra fe nos propone un camino que de entrada no nos ‘late’ seguir. Pero quizá si comprendiéramos que gran parte de nuestra resistencia a seguirlo se debe a que tenemos una idea equivocada acerca de la humildad, podríamos cambiar de mentalidad y no sólo aceptar con resignación sino con verdadero gozo la perspectiva de ser humildes, ya que, como seguidores de Cristo, estamos continuamente llamados a ello.

Lo primero que habría que hacer es redefinir nuestro concepto sobre la humildad. Si hubiera que dar una definición me atrevería a decir que consiste en tener lo que San Ignacio de Loyola llama, en sus famosos ejercicios espirituales: la gracia de conocernos a nosotros mismos como somos conocidos por Dios; en otras palabras, de vernos como Él nos ve. ¿Por qué? Porque si aprendes a verte como Dios te ve (ojo: partiendo de que Aquel que te ve no es un implacable y crítico Juez, sino que te ve desde Su infinito amor por ti), ello te sitúa en tu justa perspectiva: no eres una criatura insignificante que no vale nada y que debe ser despreciada o aplastada por otros, eres alguien valiosísimo a los ojos de Dios, y te ha dotado de numerosas cualidades pero, y he aquí el fundamento de la humildad, no porque las merecieras, sino por pura gratuidad, porque así le pareció bien.

Como se ve, la verdadera humildad no es sinónimo de ‘baja autoestima’; no consiste en compararse desfavorablemente con los demás ni en negar las propias cualidades (tremenda ingratitud para Aquel que las otorgó), ni en dejarse atropellar en sus derechos; pues parte del principio de que todos y cada uno somos hijos del Padre, igualmente amados por Él. La verdadera humildad es más bien el ‘antídoto’ contra la ‘baja autoestima’ pues hace al humilde consciente de cuánto lo ama Dios y cuánto vale a Sus ojos puesto que lo ha colmado de inmerecidas bendiciones.

Podría decirse que la verdadera humildad consiste, sobre todo, en reconocer y agradecer que los propios dones se han recibido gratuitamente de Dios, y en proponerse aprovecharlos al máximo para gloria Suya y bien de todos.

Queda claro por qué el Señor nos invita a ser humildes. No es, como algunos creían, para que vivamos ‘bocabajeados’, no. Su razón es la que siempre está detrás de todo lo que nos pide: nuestra felicidad. Sí, por extraño que nos parezca, influidos por los criterios del mundo, la verdadera humildad produce felicidad.

Considera esto: el humilde es feliz porque no vive pendiente del qué dirán, ni en competencia con nadie, ni muerto de envidia por lo que otros tienen ni acomplejado por sentirse ‘menos’ que los demás, pues sabe que cada uno ha recibido los dones que Dios, en Su infinita sabiduría, ha determinado otorgarle de acuerdo a las particulares circunstancias que le permitirá vivir. Es feliz porque no se la pasa angustiado creyéndose un inepto, incapaz de salir adelante, pues sabe que Dios le ha dado y le seguirá dando cuanto necesite para enfrentar lo que sea, en el momento preciso. Es feliz porque no tiene problema en aceptar críticas o en admitir sus errores, pues conoce su propia fragilidad y pequeñez, pero conoce también que Dios pone siempre Sus ojos en lo pequeño y concede siempre Su abundante gracia a los humildes (ver Is 66,2; 1Pe 5,5).

¡Fuera lastre!

Cuentan que un día Dios le preguntó a un hombre: ‘Si tuvieras dos casas, y te pidiera que me dieras una, ¿me la darías?’ El hombre respondió sin dudar: ‘¡claro que sí, Señor!’. Prosiguió Dios: ‘Y si tuvieras dos automóviles, me darías uno?’, de nuevo el hombre respondió enseguida que sí lo haría. Entonces Dios preguntó: ‘y si tuvieras dos pares de zapatos, ¿me darías uno?’ El hombre contestó de inmediato: ‘ahí sí que no, Señor’. Cuestionó Dios por qué. Le contestó el hombre: ‘porque sólo tengo dos pares de zapatos’.

Esta anécdota ilustra muy claramente una característica que solemos tener los seres humanos: nos gusta fantasear que somos generosos, pero a la hora de hacer realidad esas fantasías, a la hora de tener que dar ‘de a de veras’, a la hora de tener que desprendernos realmente de lo que poseemos, ponemos pretextos, nos resistimos, buscamos el modo de salirnos por la tangente.

Recuerdo haber leído acerca de un acaudalado hombre de negocios cuyo padre le heredó una gran fortuna que debía compartir con ciertos parientes pobres. Luego de la lectura del testamento, el hombre salió lleno de buenos propósitos y con la intención de darles la mitad de todo. Sin embargo conforme iba caminando, iba considerando que realmente esos parientes eran tan pobres que darles la mitad era un exceso. Pensó que lo adecuado sería compartirles la cuarta parte. Quedó satisfecho con su resolución, pero un poco más adelante se dijo a sí mismo que si sus parientes ya estaban acostumbrados a ser

pobres, qué necesidad tenía de darles tanto, con un diez por ciento sería suficiente. Sobra decir que conforme se aproximaba a donde iba, fue repensando las cosas hasta que ese diez por ciento se volvió un cinco, luego un uno y por último el hombre concluyó que no había necesidad de darles nada de nada a esos parientes, al fin que siempre habían sido pobres y así podían seguir.

Dice un dicho mexicano que prometer no empobrece, que el dar es lo que aniquila. ¡Cómo se nos pegan las cosas!, ¡qué fácil es atarse a los bienes, y no sólo a los materiales, sino a todo aquello que nos da satisfacción, que nos hace sentir bien o seguros! Lo malo es que todos los bienes que tenemos en este mundo son fugaces, efímeros, pasajeros, y si permitimos que nos llenen el corazón cometemos un gran error no sólo porque tarde o temprano los perderemos y nos quedaremos con las manos vacías y una gran decepción, sino porque son un lastre que nos impide ir ligeros por la vida en busca del único y verdadero Bien.

En el Evangelio Jesús nos plantea que tenemos que estar dispuestos a renunciar a todos los bienes, que debemos preferirlo a Él por encima de todo (ver Lc 14, 26). ¿Qué significa esto?, ¿que dejes tu vida, familia, profesión, que ingreses a un convento, o qué? Bueno, si tienes vocación para la vida sacerdotal o religiosa, desde luego que sí, pero si no, cabe entenderlo como algo muy simple y difícil a la vez: que sin salirte del mundo, que ahí donde estás, en tu situación de todos los días debes ponerlo a Él en el centro, permitirle ocupar el lugar que le corresponde, el de tu Dios y Señor, y no dejar que nada ni nadie se te vuelva más importante que Él. Ojo, date cuenta de que no te está pidiendo que abandones, desprecies o peor, odies a los tuyos o lo que te rodea para poder seguirlo, te está pidiendo solamente que tengas clara tu jerarquía de valores y comprendas que lo primero en tu vida es amarlo a Él, servirlo a Él, cumplir Su voluntad. ¿Por qué? No porque sea un ególatra que desee ser amado, servido u obedecido por encima de todo, sino porque cuando lo amas, sirves y obedeces a Él primero, desalojas de tu corazón todo lastre que te impide seguirlo, te llenas de Su amor y te vuelves

capaz de amar a todos y todo lo demás con un amor que viene de Él, un amor generoso, incondicional, comprensivo, misericordioso, que no es egoísta ni ‘convenenciero’ ni posesivo, un amor como el que describe San Pablo en su Carta a los Corintios (ver 1Cor 13), un amor que te convierte en verdadero discípulo y que te capacita no sólo para ser eficaz colaborador de Su Reino, testigo creíble capaz de ir a anunciar la Buena Nueva, sino que te capacita también para poder cargar la cruz de cada día y seguirlo, es decir, estar dispuesto a asumir plenamente las consecuencias de atreverte a amar como Él, comportarte como Él, oír y obedecer Su voz en un mundo que te invita a lo contrario.

Da a entender el Señor que así como antes de construir una casa hay que calcular si cuentas con qué terminarla, o antes de ir a una batalla hay que calcular si hay posibilidades de ganarla, o si no, es mejor no construir la casa ni entrarle a la batalla, así también en la vida espiritual, antes de considerarte discípulo Suyo has de calcular si tienes lo que se necesita para seguirlo (ver Lc 14, 28-33), un cálculo con dos implicaciones: la primera es advertir que no se te pide que tengas ‘más’, sino ‘menos’; se te invita a un desapego radical, no imaginario sino demostrable en hechos; se te pide que aprendas a situar tus bienes en su justa perspectiva y a liberarte de todo lo que pueda pesarte, atorarte o impedirte el seguimiento; la segunda es que si este cálculo anticipado te hace comprender que no cumples los requisitos del seguimiento, que demasiados bienes han estado ocupando tu corazón, no te desanimes sino invites al Señor de todos modos a entrar en él, echar fuera todo lastre y ocupar el sitio de honor, el lugar principal para desde ahí iluminar, conducir y dar sentido a tu vida de verdadero discípulo.

Encuentros con la misericordia

A sí como a veces aparece antes de una película una advertencia que dice: ‘Precaución, las siguientes escenas pueden resultar perturbadoras para cierto público’, así antes de ciertos textos bíblicos podría venir una advertencia que dijera: ‘Precaución las siguientes palabras pueden resultar perturbadoras para todos porque pueden derretir su corazón y transformar su vida para siempre’. ¿Por qué? Porque de principio a fin hablan de la incondicional, infinita, generosa y gratuita misericordia de Dios, es decir, de esa característica divina que no consiste, como algunos equivocadamente podrían creer, en vernos hacia abajo y sentir lástima o ‘pobretearnos’, sino en conmoverse ante nuestras miserias, amarnos a pesar de todo y ayudarnos a salir de ellas.

Por ejemplo, en el libro del Éxodo, en el Antiguo Testamento (ver Ex 32, 7-11.13-14) vemos cómo aun cuando el pueblo hace algo imperdonable (fabricarse un becerro de oro y adorarlo abandonado al verdadero Dios que los había sacado de la esclavitud y salvado de las manos de sus enemigos), Él es misericordioso y los perdona. En su Carta a Timoteo (ver Tim 1,12-17) escuchamos el estremecedor testimonio de San Pablo, quien con el corazón en la mano reconoce con desgarradora honestidad y pena pero también con inefable gozo y gratitud que a pesar de haber sido de lo peor y haber hecho cosas de las cuales se avergüenza, Dios ha sido misericordiosísimo con él y

lo ha perdonado hasta considerarlo digno de Su confianza. Y ¡qué decir del capítulo quince del Evangelio según San Lucas! No me canso de recomendar a todos que se graben estas dos palabras: ‘Lucas quince’. Está todo dedicado a mostrar la misericordia divina, con parábolas de Jesús que no aparecen en ningún otro Evangelio. Ahí el Señor nos habla una y otra vez de que para Él el perdón y recobrar a un pecador arrepentido es motivo de gran fiesta.

Sí, no cabe duda de que la misericordia divina es razón para festejar. ¿Cuándo se nos hubiera ocurrido, ni en nuestros sueños más locos, que Aquel que nos creó nos amara de ese modo? Jamás lo habiéramos imaginado. Una prueba de ello es la religiosidad que imperaba en nuestra tierra antes de la llegada de los españoles: nuestros ancestros se habían creado deidades terribles, que para permitir que continuara el mundo y mantener la vida exigían sacrificios humanos, corazones palpitantes. ¡Qué lejos estaban de siquiera considerar la idea de que las cosas fueran enteramente al revés y que el único y verdadero Dios estuviera dispuesto a sacrificarse por los hombres, y que Su motivación no fuera otra que la más pura y desbordada misericordia! Es algo que llena el alma de agradecido júbilo. Por ello no es de sorprender el modo como termina cada una de las tres parábolas del Evangelio dominical, dejando bien claro que la misericordia de Dios es alegría, una celebración a la que todos estamos invitados. Qué triste que no todos sepamos o queramos participar de ella. ¿A qué me refiero? A un caso que se plantea al final de la última parábola, la del ‘hijo pródigo’, y que vale la pena comentar porque quizá sea un caso en el que se encuentran muchas personas.

Se trata de lo que sucede con el hermano mayor de aquel que se fue de casa con la herencia paterna y la dilapidó. Cuando ese hermano mayor regresa de trabajar y ve que su padre ha hecho una fiesta porque volvió el que se había ausentado se pone furioso y se rehúsa a participar. Y cuando su padre sale (¡por segunda vez sale este padre amoroso al encuentro de un hijo!) y lo invita a compartir el regocijo, el muchacho le reprocha amargamente: “*Hace tanto tiempo que*

te sirvo, sin desobedecer jamás una orden tuya, y tú no me has dado ni un cabrito para comérmelo con mis amigos! Pero eso sí, viene ese hijo tuyo, que despilfarró tus bienes con malas mujeres y tú mandas matar el becerro gordo” (Lc 15, 29-30).

Si se lee el Evangelio con el criterio del mundo, cabría quizá la posibilidad de darle cierta razón a este aparente ‘dechado de virtudes’ al que se le ha hecho un supuesta injusticia, ¡ah!, pero si se ve desde la óptica de Dios, cabe hacer notar lo equivocado de este muchacho en cuando menos tres aspectos:

1. Se sintió obrero de un patrón, preocupado por ‘obedecer órdenes’; olvidó que no era empleado sino hijo amado de su padre, y que no trabajaba para beneficio ajeno sino ¡para su propio bien y por su propia herencia!’
2. Parece creer que el menor se la pasó de maravilla. Casi se percibe un toque de envidia cuando menciona en qué gastó aquél su dinero. No ha captado que irse lejos y apartarse del padre no le había traído verdadera felicidad al despilfarrador, todo lo contrario, lo había dejado hambriento, despojado de su dignidad, esclavo de sí mismo.
3. Aparentemente considera que a él no le ha hecho ni le hace falta la misericordia paterna; se siente bueno, justo, cumplidor. Su soberbia le impide darse cuenta de que también él está necesitado de perdón, por ese endurecido corazón que lo hace capaz de llamar ‘ese hijo tuyo’ al que debió seguir llamando ‘hermano mío’.

Jesús no nos cuenta cómo termina el Evangelio. Nos deja simplemente planteada una escena en la que podemos imaginar a los dos personajes: Al padre lleno de ternura tratando de convencer al hijo de pasar al banquete, y a éste, quizá de brazos cruzados y expresión resentida, parapetado en su orgullo, sin animarse a ceder. ¿Cómo crees que acabará el asunto? ¿Triunfará la lógica del mundo según la cual la misericordia del Padre no sólo es injusta sino absurda?, ¿o triunfará el amor, el abrazo paterno, la alegría de saberse siempre invitado a entrar a disfrutar de esta fiesta?

Perder para ganar

Un hombre que se ganó el premio mayor de la lotería ¡lo devolvió todo! Sí, esta semana un señor en Europa, poseedor del boleto ganador, fue a devolverlo. Dijo que en realidad no quería ganar, que compraba el boleto en recuerdo de su esposa fallecida, que siempre jugaba a ese número convencida de que un día ganaría y pues tenía razón, ganó, pero que él no quería el dinero. Dijo que vivía en un sencillo departamento pues no necesitaba algo mayor; que disfrutaba sentarse tranquilamente a tomarse su cafecito, leer su periódico, ver a sus amigos, y que convertirse en millonario nada más le iba a complicar la vida, así que les pedía que distribuyeran el dinero en obras de beneficencia porque él no quería nada.

Cuando supe de este caso aparentemente inverosímil, busqué en el internet para conocer más datos y descubrí que no ha sido el único. La agencia alemana de noticias Deutsche Welle reportó que el 24 de septiembre del 2004 en Alemania un hombre ganó 9.1 millones de euros y los donó íntegros para fines benéficos. IBL News reportó que en Inglaterra a principios del 06 alguien se ganó 9.4 millones de libras de la lotería y dejó que el dinero fuera a dar a obras de beneficencia porque nunca se presentó a cobrarlo.

De primera impresión uno podría pensar que quien desperdicia un premio de millones está mal de la cabeza, pero pensándolo bien quizá es todo lo contrario.

En CNN apareció un reportaje sobre alguien que en diciembre del 2002 se ganó 315 millones de dólares. Lo titulan ‘el desafortunado afortunado’. Se trata de un hombre que afirma que todos se le acercan sólo para pedirle prestado y reitera: ‘y cuando digo todos, me refiero a todos’, por lo cual no tiene amigos, no confía ya en nadie. Dice que él no da dinero, que todo mundo llega a contarle historias tristes para sacarle donativos, pero considera que si empieza a ceder a las peticiones de ayuda, van a seguirle pidiendo, así que mejor no da nada y punto. Vive solo porque su esposa lo abandonó y su única sobrina, a la que pensaba heredarle sus bienes cuando ésta cumpliera veintiún años, murió a los diecisiete de una sobredosis de droga. Él ha caído en el alcoholismo, su existencia está vacía, y resulta tristemente irónico que viva en un lugar llamado ‘Mount Hope’ (Monte de Esperanza), porque él no percibe que su vida tenga sentido ni esperanza.

Descubrir estos contrastantes casos da mucho que pensar. Hace comprender las duras palabras que emplea Jesús para referirse al dinero; en el Evangelio lo califica como: *‘tan lleno de injusticias’* (Lc 16, 9), y da a entender que es un bien falso y que no nos pertenece (ver Lc 16,11-12). Vale la pena reflexionar en esto.

En el dinero hay injusticia, de entrada, por la manera como está distribuido; unos acaparan mucho, a otros no les toca nada, independientemente de si aquellos se lo merecen, se lo han ganado honradamente o no. Hay injusticias también porque se ha convertido en factor de división y discriminación: no sólo se juzga a las personas por su dinero y se tiende a favorecer a quienes lo tienen, sino que a quien no lo tiene se le priva de un trato igualitario y de igual acceso a bienes que deberían de ser para todos.

El dinero es un bien falso porque muchos que lo tienen ponen en él toda su fe y su confianza, se sienten seguros porque lo poseen y se olvidan de que, como dice Jesús en otra parte del Evangelio: *“la vida de uno no está asegurada por sus bienes”* (Lc 12, 15) y es un *“necio”*, *“el que atesora riquezas para sí y no se enriquece en orden a Dios”* (Lc 12, 20-21).

El dinero no nos pertenece, porque todo en esta vida es pasajero. Dios nos ha hecho administradores, no dueños, de los bienes que poseemos. Quien dice: ‘yo puedo hacer con mi dinero lo que quiera’, se equivoca, ni es su dinero, ni puede hacer lo que se le de la gana pues al final de su vida Dios le pedirá cuentas de todos los bienes y dones que le confió.

Como se ve, una vez más, los criterios de Jesús van en sentido contrario a los del mundo. Para Él, el dinero es algo que sólo vale la pena si lo empleas para hacer el bien, si lo compartes, si lo usas en favor de los demás. El mundo en cambio nos invita a acumularlo, a atesorarlo, a usarlo sólo para nosotros mismos. Por ello tener dinero es vivir con la constante tentación de emplearlo mal, egoístamente. Y es muy fácil ceder a esa tentación. Supe de que las ‘estrellas’ de televisión en EUA reciben millones de dólares por cada episodio de una serie cuando ésta es exitosa. ¿Qué suelen hacer con ese dinero? Construirse mansiones en Beverly Hills, pasear por Europa, caer en excesos, echar a perder su vida. Y cuántas otras ‘estrellas’ deportivas están en el mismo caso. Reciben millones que sólo les sirven para malgastarlos. Qué diferencia si todos ellos se unieran en una causa (que podrían llamar ‘estrellas iluminando el mundo’) para donar parte de sus fortunas para saldar la deuda de países pobres, edificar hospitales, escuelas, rescatar de la hambruna a tantas personas que carecen de lo indispensable. Lamentablemente no se les ocurre porque han perdido la batalla a la tentación, han dejado que el dinero les empapele el alma y ya no quieren despegarse de él.

Ahora se comprende a ésos que han devuelto el premio gordo de la lotería para que se emplee en obras de beneficencia. Su decisión podrá parecer una tontería a los ojos del mundo, pero no lo es a los de Aquel que nos ha dicho que no podemos servir a dos señores, a Dios y al dinero (ver Lc 16, 13). Ellos no estaban locos, devolvieron el dinero porque sabían a Quien querían servir. Y tú, ¿qué harías si te ganaras la lotería?

¿Viaje sin escalas?

¿ Existe realmente el Purgatorio? Sorprende que haya creyentes cristianos que respondan que no y den como razón que Cristo ya nos salvó y que por eso todos vamos a ir al cielo, pase lo que pase, independientemente de cómo nos portemos o de si queremos ir o no.

Ante esto cabría plantear algunos cuestionamientos: Si supuestamente todos se van a salvar, ¿entonces por qué Jesús dijo esa parábola que habla de que al llegar el día del Juicio Final unos serán considerados dignos de ir al cielo, debido a sus obras buenas, y otros debido a sus obras malas, serán irremediablemente condenados? (ver Mt 25, 31-46). Si todos se fueran a salvar, independientemente de cómo se portaran, ¿por qué Jesús pide una y otra vez que nos amemos unos a otros como Él nos ama, que perdonemos, que compartamos lo que tenemos con los demás? Es evidente que espera de Sus seguidores una cierta conducta.

Y ¿qué hay de los que aunque no rechazan a Dios, no siempre quieren obedecerlo en todo? Al morir tendrán en su haber muchas imperfecciones que quizá no ameriten su condenación eterna, pero tampoco un ‘viaje sin escalas’ al cielo. La justicia de Dios no permite ni que todos se salven por igual, ni que todos se condenen por igual. De ahí que la existencia del Purgatorio sea un dogma de fe de la Iglesia Católica (ver CIC # 1030 al 1032), que deduce de la Sagrada Escritura la oportunidad otorgada por la gratuita misericordia

divina, para que quienes murieron en amistad con Dios pero que todavía tenían faltas que expiar puedan hacerlo y, una vez liberados de toda mancha, sean admitidos a gozar del premio reservado a los santos en la Gloria. Como dice un texto de la Sagrada Escritura (ver Dn 3, 29-31.42): Dios podría hacer recaer sobre nosotros todo el rigor de Su justicia, pero nos trata conforme a Su misericordia. El Purgatorio es otra muestra más de la infinita misericordia de Dios que nos da un ‘chance’ más, una última oportunidad para ser dignos de ser recibidos algún día en Su compañía, como dice una Plegaria Eucarística, ‘santos entre los santos del cielo’.

Me comentaba una amiga que cuando era chica había en su casa un librote que le gustaba hojear porque tenía bellas reproducciones de obras de arte religioso, algunas de las cuales representaban el Purgatorio como un lugar, una especie de sala de espera atestada de almas que aguardaban su ‘pase’ al cielo, y que un día le preguntó a su abuelita: ‘¿qué hacen las ánimas en el Purgatorio?, ¿qué les pasa?’, a lo que la viejita, que era muy imaginativa le respondió planteándole una escena que hoy ya sabe que era una invención, pues el Purgatorio no es un lugar físico sino un estado de purificación del alma, pero que de todos modos le ayudó a comprenderlo y por eso te la comparto aquí. Su abuelita le dijo: ‘Imagínate el Purgatorio como una especie de casa en la que vas a tener que pasar una temporada sin poder salir, y en la que vas a enfrentar las consecuencias de lo que hiciste o dejaste de hacer en este mundo, especialmente en lo que se refiere a la caridad. Todo lo que aquí diste por amor y de buen grado, lo vas a encontrar allá, y, al revés, todo lo que aquí no diste, te va a hacer mucha falta allá. Por ejemplo, si en vida compartiste tu ropa buena con necesitados, tendrás ropa buena para vestirme de día y cobijarte de noche; pero si diste ropa vieja, sucia o rota, sólo ésa encontrarás en el ropero y sufrirás desnudez, vergüenza y frío. Si, por ejemplo en vida te preocupaste de saciar el hambre de los demás dándoles alimentos en buen estado, encontrarás éstos en tu alacena, pero si sólo diste lo que sobraba o lo que se estaba echando a perder, o si desperdiciaste comida que alguien hubiera podido aprovechar, sólo encontrarás para

saciar tu hambre esas sobras, eso echado a perder, eso que desperdiciaste, y no tendrás más remedio que comértelo, aunque te dé asco o te haga daño. Si, por ejemplo, hubo alguien a quien en esta vida no acabaste de perdonar, a quien te negaste a amar, te lo encontrarás ahí como una compañía constante que no se irá sino hasta que en tu corazón no albergues más que perdón y amor hacia él’.

Coincido con mi amiga en que estas imágenes, producto de la desbocada imaginación de su abuelita, pueden sernos muy útiles para vivir muy conscientes de que todas nuestras elecciones en este mundo tendrán consecuencias, por pequeñas que parezcan, por lo que hay que procurar reconocer y resolver a buena hora, en esta vida, como quien dice ¡ya! todo aquello que necesitamos corregir y purificar en nuestras intenciones, acciones y relaciones, pues todas esas aparentes pequeñeces pueden atrasar, si no impedir, nuestra llegada al cielo. Para ello no hay más que pedir la ayuda del Señor, y qué mejor que hacerlo con las bellas palabras de esta ‘Oración Colecta’ que se rezó en Misa el domingo: “Dios nuestro, que con Tu perdón y Tu misericordia nos das la prueba más delicada de Tu Omnipotencia, apiádate de nosotros, pecadores, para que no desfallezcamos en la lucha por obtener el cielo que nos has prometido.”

Unidos y armados

Qué conmovedora es la solidaridad; qué emocionante es ver a los seres humanos unidos por una buena causa, no importa que tan pequeña pueda parecer. Vienen a la mente algunos ejemplos: En una secundaria, este primer día de clases se presentaron rapados todos los jóvenes de un salón. Uno de ellos tenía cáncer y en las vacaciones perdió el pelo como parte de su tratamiento. Para que no se sintiera raro los demás decidieron verse igual que él. Contaban papás y maestros que no pudieron evitar un nudo en la garganta ante la cara que puso el enfermito cuando sus compañeros fueron quitándose las gorras y mostrando sus calvas solidarias.

En las inundaciones, terremotos y demás desastres naturales, sobresale, por encima de la tragedia, la solidaridad de los que se lanzan a dar la mano, sin esperar nada a cambio, sin conocer siquiera a los beneficiarios de su esfuerzos, y luego cuando todo pasa, suele suceder que lo que los damnificados más recuerdan, por encima del horror, son los gestos de amistad y de ayuda que en esos momentos recibieron.

La solidaridad resulta siempre gratificante, aunque se trate de participar en algo aparentemente trivial: recordemos cuando vino el Papa por primera vez y se le recibió dirigiendo el reflejo del sol hacia su avión. De azotea a azotea la gente se saludaba y se reía, sosteniendo espejotes y espejitos, disfrutando ver cómo relumbraba la ciudad entera, un instante memorable de luminosa solidaridad.

En las películas, las escenas que más suelen conmover son las que muestran algún ejemplo, por lo general heroico, de solidaridad. Y ni qué decir de nuestra vida personal: si alguna vez somos favorecidos por la solidaridad de otros, sobre todo cuando no tenían por qué ayudarnos, lo agradecemos de corazón y no lo olvidamos nunca.

Hay algo hermoso y noble en sentir que ejerces tu calidad de ser humano en el mejor sentido de la palabra, como parte integrante de una humanidad con la que colaboras aportando tu granito de arena.

Todo esto viene al caso porque en cada Jornada Mundial del Rezo del Rosario tenemos la maravillosa oportunidad de solidarizarnos con millones de católicos que en más de ciento setenta países rezan el Rosario para pedir por la vida de los bebés no nacidos; por la paz y por la Iglesia. ¿Te imaginas? Va a ser algo en verdad extraordinario. Si pudiera ponerse una cámara de video que fuera recorriendo el globo terráqueo, captando a los orantes, veríamos lo mismo a dos comadres rezando sentadas en el umbral de su casita; que a una numerosa familia, que a unos cuantos vecinos o a un buen grupo de amigos o compañeros de trabajo o miembros de un movimiento parroquial o feligreses en una iglesia, todos distintos y en distintas latitudes pero con un elemento común: su Rosario en la mano, arma poderosísima contra los embates de los males que hoy tanto nos preocupan y contra los cuales no podemos nada por nosotros mismos.

Cuando uno escucha las declaraciones de quienes están a favor del aborto, la eutanasia, la pena de muerte o la violencia, comprende que desgraciadamente están convencidísimos de sus ideas, algunos incluso creen que su causa es para bien. Es evidente que no hay poder humano que los haga pensar distinto, y ante esta circunstancia, como dicen que cuando no se puede hablar de Dios a alguien hay que hablar de ese alguien a Dios, el único recurso es voltear los ojos al cielo y solicitar la eficaz intercesión de nuestra Madre, Santa María de Guadalupe. Pedirle a ella, que en su vientre lleva a Jesús, que interceda ante el Padre celestial por todos los bebés no nacidos y en especial por los que están en peligro de

ser abortados. Pedirle a ella, que vino a nuestra patria a reconciliarnos, que interceda ante Su Hijo por la paz en los corazones, en las familias, en el mundo entero; Pedirle a ella, Madre de la Iglesia, que interceda ante el Espíritu Santo para que la Iglesia sea, cada vez más, comunidad unida y cimentada en el amor infinito y misericordioso de Dios.

Si se te pidiera que dieras un donativo quizá podrías decir que no tienes dinero; si se te pidieras que fueras a alguna parte, quizá podrías decir que no tienes cómo llegar o quien te lleve. Nada de eso se te está pidiendo en esta Jornada Mundial del Rezo del Rosario, sólo que dediques algún momento del 7 de octubre, fiesta de Nuestra Señora del Santo Rosario, a rezarlo, de preferencia con alguien más (mucho mejor si es con muchos más), uniéndote así a millones que orarán igual que tú por las mismas intenciones.

Si eres sacerdote, anima a los feligreses de tu iglesia; si eres religioso, avisa a tu congregación; si eres laico o laica, no dejes de participar en este hermoso esfuerzo colectivo. Que en este gran concierto de diversos acentos y lenguas que desde todo el planeta subirá al cielo para interceder en favor de una humanidad de la que formas parte, no falte tu voz.

Gratitud

Ni las gracias me dieron.
¿Has oído o has dicho esta frase alguna vez? Expresa cierta amargura y decepción ante lo que se considera ingratitud ajena.

Es común que la gente espere que otros le agradezcan lo que hace por ellos. ¿Por qué? Quizá la respuesta tenga algo que ver con la vanidad, con sentirse bien por haber hecho un favor y haber obtenido reconocimiento por ello.

Se le da mucha importancia a la gratitud. Suele uno escuchar a los papás diciéndole a su niño, cuando acaba de recibir un regalo o un favor: ‘¿qué se dice?’ para animarlo a decir ‘gracias. Desde chiquitos nos enseñan a ser agradecidos y serlo se considera prueba de ‘buena crianza’.

¿Por qué se da tanta importancia al agradecimiento? ¿Sólo para apapachar egos ajenos o mostrar buena educación? Quizá en el mundo es así; se busca que la persona a la que se le agradece algo se sienta reconocida, vea que lo que hizo no pasó desapercibido. Recuerdo que cuando era chica y algún pariente o amigo de mis papás me enviaba una golosina o algún recordito en Navidad o en mi cumpleaños, mi mamá empezaba: ‘háblale para darle las gracias’, y no paraba hasta que yo hacía esa llamada. Y no importaba si lo recibido me había gustado o no, el asunto era agradecerlo para hacer sentir bien a la persona que me lo había enviado.

En cambio, en lo que respecta a Dios, como siempre las cosas son al revés del mundo: el agradecimiento hace sentir

bien ¡al que lo da! Es expresión de que uno reconoce que ha sido objeto de un favor, de un beneficio divino. Podría decirse que uno da las gracias porque capta que ha recibido una gracia, un regalo de Dios. Y sentirse de ese modo favorecido por Dios produce bienestar, felicidad, paz.

Hay una escena en el Evangelio (ver Lc 17, 11-19), en la que Jesús lamenta que sólo regrese a darle las gracias uno de diez hombres a los que ha curado de lepra (una enfermedad terrible que en ese tiempo era incurable y provocaba que quien la padecía fuera arrojado lejos de la ciudad, perdiera familia, casa, trabajo y toda esperanza; llevara luto por sí mismo, y viviera consumiéndose de hambre, enfermedad y abandono en zonas deshabitadas, con la prohibición de acercarse a la gente y obligado a llevar una campana al cuello y a gritar: ¡impuro, impuro! cuando alguien pasaba, para alertarlo de su presencia e impedir que se encontrara de cerca con él).

A primera vista la queja de Jesús sorprende si uno la interpreta mal, como si Él estuviera deseoso de recibir gratitud y reconocimiento. Nada más lejos de Su intención. Recordemos que son numerosos los milagros en los que no sólo no espera gratitud sino que manda al beneficiado a que no cuente a nadie lo que hizo por él. No. Aquí no hay nada de 'ego'. Aquí lo que hay es, como siempre, el deseo de que éstos a los que curó por fuera, sean también curados por dentro; que luego de que han vivido tantos años siendo objeto de burlas y desprecios, se den cuenta de que ahora han sido objeto del amor de Dios y su gratitud sea muestra de que han captado esto. Jesús no se queda esperando un gesto ritual, un apretón de manos o un abrazo cortés, sino una muestra de que en los corazones de esos ex-leprosos brilla una luz, una certeza: la de ser amados inmerecida e incondicionalmente por Dios. ¿Para qué? Para que de ahí en adelante la gratitud sea el motor de sus vidas y no los dolorosos recuerdos o, peor, el resentimiento.

Jesús nos quiere agradecidos no para sentirse bien Él sino para que nos sintamos bien nosotros, porque el dar gracias a Dios nos hace cada vez más sensibles para captar todo lo que Él hace en favor nuestro, lo cual nos permite caminar por la

vida con la gozosa certeza de que somos constantemente objeto de la amorosa providencia divina.

Qué rico pues incluir la gratitud como ingrediente indispensable en nuestro diálogo diario con el Señor. Que al despertar lo primero no sea pedirle y pedirle cosas, sino darle las gracias por haber amanecido y por lo que traiga el nuevo día; que al recibirlo en la Eucaristía, lo primero no sea recitarle una larga lista de necesidades, propias y ajenas, sino darle las gracias porque siendo Autor del universo, se digna poner Su mirada en nuestra pequeñez y venir a hospedarse en nosotros; que a lo largo de la jornada vayamos agradeciéndole todo lo que en Su sabiduría y misericordia nos permite vivir, grande o pequeño, y al prepararnos para el descanso nocturno, lo último que pronuncemos antes de entregarnos al sueño sea una expresión sincera salida de lo profundo de nuestro corazón agradecido.

Misión continua

Si Jesús hubiera considerado que todas las religiones son iguales y que da lo mismo que cada quien crea lo que se le dé la gana, jamás hubiera pronunciado las palabras que leemos en el Evangelio: “*Vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio a toda creatura*” (Mc 16, 15a). Pero las pronunció, y con ello envió a Sus apóstoles, no sólo a los Once, sino a todos los que a lo largo de los siglos nos consideramos seguidores suyos, a ir a anunciar la Buena Nueva al mayor número de personas posible. He ahí el origen de toda misión, de todo esfuerzo por compartir la fe cristiana con quien no la conoce, he ahí la razón que movió a la Iglesia a volverse misionera. No fue, como algunos creen equivocadamente, por un afán de crecer y acumular poder, como si la Iglesia fuera una corporación transnacional a la que sólo le interesa expandirse con fines comerciales, sino porque su Señor la enviaba a convertir a aquéllos que, por no conocerlo, vivían sumidos en la oscuridad y en la desesperanza.

Para rescatar a quienes vivían en el temor de tener que ofrecer sacrificios humanos a sus dioses, fue enviada la Iglesia a anunciar que sólo hay un Dios y es Él quien, por amor, se ha sacrificado por nosotros.

Para rescatar a quienes creen que hay que esperar resignadamente a morir y reencarnar innumerables veces, con la triste probabilidad de que cada nueva vida sea peor que la anterior, fue enviada la Iglesia a anunciar que Cristo murió una

sola vez y resucitó, y así también nosotros sólo moriremos una vez y resucitaremos.

Para rescatar a quienes creyeron el mito de la ausencia de Dios fue enviada la Iglesia a anunciar que no estamos solos en el universo, sino que Alguien nos creó por y para el amor y nos sostiene en todo momento en la palma de Su mano.

Fue enviada la Iglesia a anunciar que Cristo vive y está presente entre nosotros; a anunciar que no vino a condenarnos sino a salvarnos; a anunciar que nos espera siempre con los brazos abiertos; a anunciar que nos ha dado no sólo Su Palabra sino a Sí mismo, para iluminarnos, fortalecernos y darnos vida.

La Iglesia ha sido misionera desde su origen, y su misión continúa y va adecuándose a los tiempos que le toca vivir.

El Papa Juan Pablo II pidió que se buscaran nuevas formas de evangelización, y eso es precisamente lo que la Iglesia está haciendo. Sin embargo hoy, como ayer, enfrenta la ira, la desconfianza, la incomprensión y la mala voluntad de quienes se sienten amenazados por la misión que realiza. Hace unos días, unos periodistas reunidos un programa de televisión, decían, como revelando un oscuro complot: ‘lo que la Iglesia quiere es tener un canal de televisión’. Resultaba curioso que ellos, que trabajan para un emporio de múltiples estaciones y canales, criticaran que la Iglesia aspirara a tener uno solo, y daban por hecho que lo hacía por afán protagónico, cuando lo único que la movería a incursionar en los medios sería la sana intención de ofrecer a los televidentes una necesarísima opción libre de violencia, de pornografía, de vulgaridades, una opción que pueda ver toda la familia y que no sólo entretenga sino edifique.

En el periódico un político declaraba que era intolerable que la Iglesia quisiera ‘apoderarse de la educación en las escuelas’, cuando lo único que la Iglesia busca es poder ofrecer a niños y jóvenes desorientados, que no le encuentran sentido a su vida, que por carecer de valores sólidos suelen caer en adicciones, violencia y desesperanza, una razón para salir adelante, sabiéndose creados y amados por un Dios amoroso que los llama a caminar por sendas de bien.

Los que critican las misiones de la Iglesia porque creen que sólo la mueve la ambición de poder o dinero, no sólo están equivocados, sino que se han quedado cortos, la mueve una ambición mucho más ambiciosa, si se me permite la redundancia: que se cumplan los milagros que Jesús promete a los que creen: arrojar demonios en Su nombre, hablar lenguas nuevas, coger serpientes o beber un veneno mortal sin que les haga daño, imponer las manos a los enfermos y que éstos queden sanos (ver Mc 16, 17-18). ¡Ésa sí que es ambición, pero de la buena!

Lo que mueve a la Iglesia a ir por todo el mundo anunciando la Buena Nueva es el afán de poder arrojar demonios, es decir, erradicar el mal en los corazones, transformar a los enemigos en amigos, desterrar la violencia de los hogares, de las comunidades, de los pueblos; hablar lenguas nuevas, es decir, animar a las gentes a comprenderse, no sólo para tolerarse sino para apoyarse mutuamente; aguantar mordeduras o veneno sin sufrir daños, es decir, no dejarse afectar por la persecución, por la crítica, por la discriminación que puedan padecer como testigos de Cristo; sanar a los enfermos, dándoles nuevo consuelo y esperanza, sanación, si no del cuerpo sí del alma.

Eso es lo que mueve a la Iglesia. Por eso comenzó su misión hace veinte siglos y por eso sigue todavía, recorriendo países en los que el solo hecho de ser cristiano se paga con cárcel muerte; atreviéndose a alzar la voz en sitios donde de antemano sabe que será desoída, malinterpretada o duramente juzgada; animándose a continuar una labor no sólo agotadora sino riesgosa, movida por el solo amor a Aquel que la envió y a aquéllos a los que ha sido enviada.

Regocijémonos de pertenecer a la Iglesia que desde hace veinte siglos camina a contracorriente, defendiendo la vida, la familia, la fidelidad, la verdad, el amor y la paz, aunque por hacerlo ha sufrido y sigue sufriendo incomprensión, discriminación y persecuciones, y no sólo cada vez que celebremos el mundo el Domingo Mundial de las Misiones, sino todos los días, apoyemos su infatigable esfuerzo con nuestra ayuda y nuestras continuas oraciones.

¿Tienes amigos santos?

• Tienes amigos santos?
¿Ante este cuestionamiento quizá haya quien se ponga a repasar mentalmente su lista de ‘cuates’ para ver si hay alguno que califique como santo. Pero la pregunta no se refiere a las personas que nos rodean aquí en la tierra, sino a los santos del cielo, es decir, a esos hombres y mujeres canonizados por la Iglesia Católica, que ya gozan de la presencia de Dios. ¿Tienes amigos entre ellos?

Probablemente a mucha gente la pregunta le suene rara, nunca se ha planteado que los santos puedan ser amigos suyos. Está acostumbrada a verlos representados como tiosos personajes de extraña indumentaria que miran fijo desde sus nichos y repisas en iglesias y casas. ¿Quién puede creer que se puede tener amistad con ellos?

Esto me recuerda lo que pasaba en la escuela. Había en un lugar muy destacado, un llamativo pizarrón, con marco dorado y protección de vidrio, dentro del cual se colocaba cada mes lo que se llamaba el ‘cuadro de honor’, que no era otra cosa que la lista de alumnas que habían obtenido sólo dieces de calificación, y cero faltas en conducta, asistencia y aseo, una proeza que a muchas nos parecía imposible pero que era alcanzada por unas cuantas. Cada vez que la lista cambiaba era revisada minuciosamente por todas (al pasar, de reojo, para que no pareciera que nos importaba, por si no éramos mencionadas), así que todas sabíamos quiénes solían aparecer con frecuencia (o siempre) allí. Las niñas que merecían esa

distinción no eran muy populares que digamos, pues por envidia colectiva se las tildaba de ‘mataditas sangronas’, lo cual es una lástima pues de no haber existido semejante prejuicio contra ellas, muchas nos hubiéramos beneficiado de su amistad y de su buen ejemplo e influencia. Haber podido preguntarles: ‘¿cómo le haces? y aprender de ellas; ¿cómo le haces para traer la tarea siempre a tiempo?, ¿cómo le haces para resistir las ganas de ponerte a platicar en clase?, ¿cómo le haces para no ensuciarte de ‘chamoy’ el uniforme en el recreo?, preguntas todas cuyas respuestas quizá nos hubieran salvado de unos cuantos taches en la boleta de calificaciones...

Algo parecido ocurre con los santos. Muchos creyentes los consideran demasiado perfectos, miembros permanentes de una especie de ‘cuadro de honor celestial’, demasiado ‘mataditos’ para su gusto (y no precisamente por su martirio), que están taaaan por encima del común de los mortales, que no se relacionan con ellos ni parecen tener nada en común. Al igual que en el caso de aquellas alumnas del colegio, con los santos sucede que este tonto prejuicio impide a mucha gente acercárseles, conocerlos y entablar con ellos una relación personal, rica y fructífera, para disfrutar de su intercesión y también enterarse de cómo le hicieron para vencer sus propias fragilidades y caminar por la vida de la mano de Dios.

Si no lo has hecho antes, te invito a que reconsideres el asunto y procures empezar a conocerlos, de uno en uno, para hacer amistad con los que más te identifiquen.

He aquí una propuesta concreta: Comienza por elegir algún santo o santa de quien ya sepas algo que te llama la atención y échale un ojo a su biografía. Puedes revisar uno de esos libros que contienen numerosas historias o una de esas historietas a colores de la colección de ‘Vidas Ejemplares’ (editadas por Obra Nacional de la Buena Prensa), que se venden en librerías religiosas. Suelen ser breves, pero te dan una muy buena idea como para decidir si quieres averiguar más sobre alguien en particular. Si el santo o santa escribió su autobiografía o un diario o cartas o algún escrito al que puedes tener acceso, procura leerlo. Ahí, como en ningún otro lugar, lograrás a conocerle y apreciarle como un ser humano con

quien te puedes identificar, con sus fortalezas y debilidades, sus miedos y su inquebrantable fe.

A partir de estas lecturas podrás ir descubriendo cómo estos ‘conocidos’ de los que comienzas a captar detalles significativos acerca de lo que vivieron, lucharon y sufrieron, se van convirtiendo en ‘amigos’ a los que puedes pedirles, como lo haces con tus amigos en este mundo, que oren por ti, sobre todo en determinadas circunstancias por las que tú estás pasando y que a ellos les resultan bien conocidas. Por ejemplo, quien se pone de malas al atender al público se puede encomendar a San Francisco de Sales, que en sus escritos cuenta cómo logró portarse más amable con quien más lo enojaba o peor le caía; quien está luchando por vivir en castidad, puede encomendarse a San Agustín, que en sus Confesiones relata el trabajo que le costó alcanzarla; quien siente repugnancia por algún enfermo que debe atender, puede encomendarse a San Luis Gonzaga, que en sus escritos confiesa cómo superó el horror que le producían ciertos pacientes a los que logró cuidar con especial misericordia. Los ejemplos podrían seguir interminablemente. Basten éstos para dejar establecido que cultivar la amistad con los santos y santas enriquecerá notablemente tu vida espiritual, no sólo porque aprenderás a contar con sus oportunas oraciones por ti, sino porque familiarizarte con sus historias te ayudará a comprender gozosamente que la santidad tiene muchos estilos, colores y sabores, y que lo importante no es que te conviertas en ‘clon’ de tu santo o santa favorito sino que descubras cómo desde tus particulares circunstancias, con tus cualidades y sí, aun con tus defectos, tú puedes aprender de ellos a dejar que Dios te santifique.

La espera de la misericordia

¿Te ha sucedido alguna vez preguntarte con exasperación por qué cierta persona que ha hecho un mal no ha recibido su merecido?

Sea en una película o en la vida real suele enojarnos el ver que a los ‘malos’ les vaya (aparentemente) bien, nos ‘fastidia’ que parezca que se salen con la suya, que andan por la vida tan tranquilos sin recibir castigo alguno. Nos preguntamos ¿es que Dios no se entera?, ¿está volteando para otro lado?

A esta pregunta nos responde un texto bíblico en el que el autor afirma que Dios se compadece de todos, y aunque puede destruirlo todo, aparenta no ver los pecados de los hombres, para darles ocasión de arrepentirse pues Él ama a todos porque todos somos Suyos (ver Sab 11, 23-24.26). ¿Qué significa esto? Que no es que Dios no se dé cuenta o sea indiferente a lo que sucede, sino que Su amor de Padre lo mueve a esperar, a ser paciente, a dar una nueva oportunidad (o muchas) a quien ha hecho algo indebido, para ver si éste por fin recapacita y se arrepiente.

Y antes de que alguien se incomode por esta excesiva paciencia de Dios y diga: ‘pues a mí lo que me gustaría es que no tuviera tantos miramientos con éstos que hacen maldades y los refundiera rapidito en el infierno’, hay que detenerse a pensar que la misericordia divina es algo que nos conviene a

todos porque todos la necesitamos. Recuerda que cuando tú has actuado con egoísmo, injusticia, deshonestidad, ira, rencor, Dios no ha enviado fuego del cielo a achicharrarte, sino que te ha permitido seguir adelante, y ha buscado la manera de corregirte y ayudarte a enmendar el camino.

Así pues, en lugar de enfadarnos por no tener un Dios automáticamente castigador y justiciero que condene pronto a otros, alegrémonos y demos gracias porque esa bondad paciente que los beneficia a ellos, ¡nos beneficia también a nosotros! En primer lugar, porque tenemos la certeza de saber que no importa cuán bajo caigamos, jamás se cansa de poner los medios para levantarnos. Y en segundo lugar, porque la misericordia del Señor hacia éstos que si dependieran de nosotros ya estarían en el infierno chamuscándose, da frutos sorprendentes de conversión. Y así, cuando aquellos que hubiéramos querido ver eliminados son en cambio iluminados, suelen transformarse en personas de bien, cuyas buenas obras lamentaríamos perder (pensemos en las historias de conversión de muchos grandes santos que antes fueron grandes tarambanas).

Y es que, a diferencia de nosotros, “*Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*” (ver Ez 18, 32).

Un episodio del Evangelio según san Lucas es muestra clara de ello (ver Lc 19, 1.-10). Nos cuenta el caso de Zaqueo. El solo nombrecito suena a robo (no lo salva que se escriba con z). Se trataba de alguien odiado en su comunidad porque era publicano, es decir, trabajaba cobrando impuestos a sus paisanos para dárselos a los romanos, por lo cual era despreciado no sólo por ser colaborador de los extranjeros que dominaban el país y por tener trato constante con paganos considerados impuros (lo cual le contagiaba la impureza), sino, y esto era lo peor, porque como lo autorizaban a ganar lo que quisiera, podía subir los impuestos tanto como se le ocurriera. Sus semejantes sentían hacia él coraje y desdén. Prueba de ello es que cuando supo que Jesús estaría en su ciudad y quiso conocerlo, nadie lo ayudó, nadie lo dejó pasar, nadie le abrió un espacio. Como era de baja estatura, tuvo que subirse a un

árbol, de antemano resignado a ver a Jesús pasar de lejos. Pero he aquí que el Señor no comparte los juicios de la gente. No juzga por apariencias, no ve sólo los malos resultados. Su mirada, libre de prejuicios, sondea el corazón para buscar y encontrar en él siempre algo bueno, por pequeño que parezca, y partir de ahí para obtener algo mayor... Y así, se las arregló para pasar justo debajo del árbol en el que se había encaramado el chaparrito, alzó la vista y le avisó que iría a hospedarse a su casa. ¡Podemos imaginar las caras de la gente! Todas con sorpresa, muchas con indignación y una sola felicísima. Dice San Lucas que Zaqueo se puso ‘muy contento’. ¡Claro!, el encuentro con Aquel que no te zarandea reprochándote tus múltiples caídas sino que cree en tu propósito de enmienda y con Su confianza en ti te restaura y endereza tus pasos, el encuentro con el Señor de la misericordia provoca siempre alegría. Y algo más: conversión. Saber que Dios cree en ti más que tú mismo, que ve en ti un potencial para el bien que tú creías no tener, te levanta, te inspira, te mueve a ser mejor para no defraudarlo. Es lo que sucedió con Zaqueo. Mientras muchos se quedaban afuera criticando que Jesús visitara a pecadores, adentro sucedía algo maravilloso: el pecador visitado por Aquel que es la Luz, comprendía por vez primera que había vivido en tinieblas, se decidía por fin a dejarse iluminar el corazón y se proponía cambiar, restituir lo robado, ser distinto de ahí en adelante. Antes de ese día, seguramente sus contemporáneos hubieran querido ‘darle una lección’ para vengarse de él; afortunadamente cayó primero en manos del verdadero Maestro, de Aquel que enseña lo único que vale la pena, que es amor y perdón.

Afortunadamente para aquel hombre, como para todos nosotros, el Señor tiene la costumbre de aplazar el juicio y apresurar el abrazo, pasar por alto nuestras faltas y venir a buscarnos para hospedarse con nosotros y ver si aceptamos, como Zaqueo, que llegue hoy la salvación a nuestra casa (ver Lc 19, 9).

Cercanía y perseverancia

Dos cosas me impactan de los reportajes que salen en la televisión cuando suceden tragedias en algún lugar del mundo.

1. La primera es lo estremecedoramente cerca que puede uno contemplar el dolor de los afectados, mirar sus rostros, escuchar sus relatos, compartir su llanto, presenciar las difíciles condiciones en que están siendo rescatados y atendidos. Por ejemplo cuando ocurrió una terrible inundación en Tabasco, entre las imágenes presentadas en un noticiero estaba la de una señora mayor a la que con gran dificultad bajaban prácticamente en vilo, de lo que fuera el balconcito del segundo piso de su casa, a una lancha que la esperaba abajo. Seguramente sus familiares, que la animaban desde arriba, lograron convencerla de permitir que la llevaran a un albergue, y los rescatistas, que eran pescadores que en un gesto extraordinario de buena voluntad llevaban días dedicando sus modestas embarcaciones a salvar a quienes quedaron aislados en sus viviendas inundadas, trataban de bajarla con el mayor cuidado y decoro posible. Cuando la iban descolgando, ella miró alrededor y se llevó las dos manos a la cara, en un gesto que expresaba su miedo de sentirse tan a merced de brazos desconocidos, su pena de verse filmada con la falda subida y las piernas al aire, su tristeza de dejar atrás a sus seres queridos a quienes quién sabe cuándo podría volver a ver, su angustia al comprobar que su calle de siempre se había transformado de la noche a la mañana en un tremendo río bordeado de hogares

desiertos, y ella se había convertido también, de la noche a la mañana, en ‘damnificada’, sin más ropa que la puesta, sin agua ni comida y sin otra certeza que la de saberse totalmente necesitada de un apoyo que hasta ahora nunca hubiera creído requerir.

Captar con tal cercanía e intimidad su gesto de agobio me hizo percibirla muy familiar, muy cercana, considerar que podía haber sido mi mamá, mi hermana, una tía o una amiga la que hubiera hecho ese mismo gesto en esas mismas circunstancias.

Me di cuenta de que la televisión no sólo nos pone a las personas delante de los ojos, sino también delante del corazón, y que ante la contemplación del drama de damnificados que están viviendo la peor pesadilla de sus vidas, no podemos conformarnos con permanecer indiferentes, cruzados de brazos, pensando: ‘qué bueno que no nos sucedió a nosotros’, porque la realidad es que ¡sí nos ha sucedido a nosotros! La televisión ha hecho que nos suceda, ha traído la inundación a nuestras casas, ha llenado nuestras pantallas de imágenes desgarradoras que no están destinadas a convertirse en plática de sobremesa sino en razones para ayudar, imágenes que no sólo nos deben conmover sino también mover a hacer algo al respecto.

2. La segunda cosa que impacta es lo efímero que suelen ser las ‘coberturas televisivas’ de las desgracias (por ejemplo ¿quién se acuerda hoy en día de las víctimas del tsunami?). Por unas horas o a veces días ocupan todos los noticieros, todos los reportajes, hacen que grandes personajes se trasladen a la zona afectada para contemplar de cerca la magnitud del desastre, sea para transmitir noticias en vivo o para pronunciar discursos prometiendo ayuda. Pero el tiempo pasa. Y pasa también la novedad. Y como siempre hay nuevos asuntos de interés público, el de los damnificados comienza a deslizarse imperceptiblemente a un segundo plano; los noticieros presentan nuevas notas y muchas personas de bien que se acomodaron a ayudar, se quedan satisfechas recordando que llevaron algo al acopio que se organizó en su parroquia y creen que todo acabó. A fuerza de no mencionarla, la tragedia pronto

queda en el olvido. Ojalá también para los damnificados fuera tan fácil olvidar. Pero no es así. Para ellos no hay cambio de canal ni borrón y cuenta nueva. Permanecen en su misma zona devastada, desplazados de sus hogares, aislados de sus seres queridos, todavía sin trabajo, todavía sin escuela, todavía sin poder regresar a sus habituales ocupaciones. No, para los damnificados la crisis no termina tan pronto desgraciadamente. En el caso de Tabasco, por ejemplo, los pronósticos más optimistas anunciaron que las inundaciones no bajarían cuando menos en tres meses, y luego de eso habría que ver en qué estado quedaban las construcciones, por haber permanecido sumergidas tanto tiempo, y cómo reconstruir las casas, las escuelas, las iglesias, los centros de trabajo, en suma, la vida diaria.

Por todo lo antes mencionado es imperativo que cada uno se proponga no sólo aportar algo durante lo más agudo de la emergencia, sino continuar ayudando a largo plazo, por ejemplo, apartando algo cada mes para contribuir, aunque sea con un granito de arena, al fondo para levantar las zonas afectadas.

Puedes ir al banco a dar un donativo a Cáritas (busca el número de cuenta en este ejemplar), o, si deseas donar vía internet, te recomiendo Catholic Relief Services (<http://crs.org>), la filial de Cáritas en EUA, que siempre se hace presente en situaciones de tragedia, ofreciendo invaluable ayuda, es experta en ayudar a comunidades a reactivar sus economías y salir adelante de las crisis, y trabaja en respetuosa y eficaz coordinación con la gente de la región a la que ayuda.

Empecé diciendo que dos cosas me impactan de los reportajes que aparecen en la televisión, pero debí decir tres cosas: la tercera es la extraordinaria respuesta que despiertan en personas como tú que se vuelcan a dar algo de lo mucho o poco que tienen para ayudar a otros a los que tal vez ni siquiera conocen pero a los que reconocen como hermanos.

No me cabe duda de que el Padre de todos recompensará, con su acostumbrada desbordada generosidad, hasta la más mínima muestra de fraterna solidaridad.

¿Eres optimista?

Ante esta pregunta lo interesante no es sólo responder con un sí o un no, sino con un por qué sí o por qué no. Y es que la razón por la cual puedes o no considerarte optimista resulta muy reveladora, muestra en dónde tienes puesta tu fe y tu esperanza.

Por ejemplo, hay quien se considera optimista porque cree en la gente, confía ciegamente en el ser humano, pero ¿se mantendrá su optimismo luego de que alguien por quien hubiera metido su mano al fuego cometa acciones decepcionantes de las que jamás le hubiera creído capaz?

Hay quien se considera optimista porque goza de buena salud, pero ¿podrá continuar siéndolo si enferma repentinamente?

Hay quien se considera optimista porque cree en los políticos que prometen que ahora sí la situación económica mejorará, pero ¿se sostendrá su optimismo luego de ver que las promesas de campaña no se cumplen y cada vez hay mayor desempleo y pobreza?

Hay quien se considera optimista porque tiene casa propia o un lugar supuestamente seguro donde vivir, pero ¿puede conservar su optimismo a pesar de saber que en un abrir y cerrar de ojos su casa puede acabar inundada, quemada, saqueada o derrumbada?

A propósito de esto leemos en el Evangelio que un día en que los apóstoles estaban admirando la solidez del templo de Jerusalén, que era verdaderamente imponente, altísimo y

decorado a todo lujo, Jesús les anunció que un día no quedaría de ese edificio piedra sobre piedra (y así sucedió).

Como se ve, las razones que mucha gente da para justificar su optimismo no son tan firmes como parecen. Es que se han quedado solamente a nivel humano, y, como todo lo humano, son falibles.

El verdadero optimismo tiene que ir más allá, basarse en razones que no puedan ser desbaratadas por la decepción, ni la enfermedad, ni la falta de dinero, ni la catástrofe.

El verdadero optimismo tiene que estar necesariamente cimentado en Dios, en la absoluta seguridad de que algo bueno saldrá, sin importar qué tan negra o desesperada parezca una situación, si se pone en las manos de Aquel que todo lo puede, de Aquel que sabe sacar bienes de los males.

El verdadero optimismo se llama esperanza, y sus razones son indestructibles porque provienen de Dios.

Mira lo que Él mismo nos dice, a través del profeta Jeremías:

“Qué bien me sé los designios que tengo para ustedes, dice el Señor, designios de paz y no de aflicción, de daros un porvenir de esperanza. Me invocaréis y vendréis a rogarme y Yo os escucharé. Me buscaréis y me encontraréis; cuando me solicitéis de todo corazón, me dejaré encontrar de vosotros...” (Jer 29, 11-14).

He aquí una razón sólida para el verdadero optimismo, para la más firme esperanza; he aquí una razón de peso para nunca flaquear, para no temer, para no sucumbir al desánimo o la desesperación: nuestro Dios está pendiente de cada uno y desea para nosotros sólo el bien, nunca el mal. Eso significa que pase lo que pase, podemos tener la seguridad de que Él tiene el control y la capacidad de convertir lo que sea que nos suceda, por malo que por ahora nos parezca, en fuente de bendición y sí, aun de alegría.

En el Evangelio Jesús anuncia que sucederán cosas que pondrían a cualquiera a temblar, pero no lo hace para

espantarnos sino para hacernos ver que por encima de todo lo aparentemente negativo que pueda acontecer en esta vida, Él puede sostenernos, conducirnos, inspirarnos, fortalecernos para salir adelante.

Como ves quien tiene fe no es un iluso cuyo optimismo tarde o temprano queda defraudado; quien tiene fe posee una esperanza infalible porque está puesta en Aquel que es fiel a Sus promesas de salvación, en Aquel que en todo interviene para bien, en Aquel que es el Único no sólo capaz de sostenernos en toda dificultad, sino capaz de transformar aun la peor situación de oscuridad y muerte, en camino de luz que pueda conducirnos a la vida.

Cristo nuestro Rey

Por lo general, los proyectos de Dios tienen estas tres características: su origen suele ser pequeñito, tan discreto que casi pasa desapercibido; conforme se van desarrollando enfrentan considerable oposición, y exigen, de quien los lleva a cabo, muchísima perseverancia. Tal es el caso de esta historia maravillosa y no muy conocida, que recordé el domingo en que la Iglesia celebra a Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo, y que quisiera compartirte:

Todo comenzó en noviembre de 1919, cuando el obispo de León, Gto. Monseñor Emeterio Valverde, de visita en Silao, contemplaba desde su ventana el Cerro del Cubilete (único monte de los alrededores, cuya altura es de 2,661 m. sobre el nivel del mar y 800 m. sobre la llanura del ‘Bajío’), y pensaba que sería bonito ‘ascender a esa montaña y officiar en su cima una Misa’.

Comentó la idea con amigos suyos, miembros de la Sección Adoradora Nocturna del Santísimo Sacramento, quienes de inmediato organizaron la celebración. Su presidente propuso dejar en la cima un monumento conmemorativo del evento, dedicado al Sagrado Corazón de Jesús. La idea gustó mucho, se recabaron fondos y el 12 de marzo de 1920, luego de celebrar Misa en la cima, el obispo colocó la primera piedra del monumento.

Se encomendó la tarea a un sencillo artesano que, basado en una estatuita que le prestó un padre, labró una de tres metros de altura en cantera, sobre un pedestal de seis

metros. La gente ayudó subiendo el material en mulas y a veces ¡en hombros! El padre que coordinó todo pasó muchas noches a la intemperie en la cima. Al mes se inauguró el monumento. En las invitaciones se explicaba que su fin era: reparar los atentados sacrílegos que en esos últimos tiempos se habían cometido ‘contra las Sagradas Imágenes de Nuestro Divino Redentor’.

Por la tarde del día 10 de abril el obispo y unas veinte mil personas subieron a la cumbre. Se expuso el Santísimo Sacramento y comenzó la adoración nocturna. Toda la noche la montaña resplandeció con las fogatas de los peregrinos. En cuanto comenzó a clarear, el obispo inició la ceremonia. Primero bendijo la montaña, la declaró ‘lugar santo’ y le cambió el nombre de ‘Cerro del Cubilete’ a ‘Montaña de Cristo Rey’. Luego bendijo el monumento, invitó a todos a consagrar el país al Sagrado Corazón de Jesús, Rey de México, y comenzó la celebración de la Misa cuando asomaban los primeros rayos del sol.

El Papa Benedicto XV (a quien nuestro Papa actual admira y por quien quiso tener el mismo nombre) envió su bendición solemne. Cabe comentar que años más tarde, su sucesor el Papa Pío XI dijo que constatar cómo los mexicanos proclamaron públicamente a Cristo como su Rey fue una fuerte motivación para decidir establecer para toda la Iglesia la Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo a partir del 11 de diciembre de 1925.

Meses después de inaugurado, el primer monumento se trasladó un poco más abajo pues surgió la idea de realizar arriba uno más grande. Los miembros de la Prensa Nacional Católica ofrecieron pagarlo. Se invitó al delegado apostólico del Vaticano a colocar la primera piedra. Calles, entonces secretario de Gobernación, intentó impedir que se realizara la ceremonia alegando que estaba prohibido el culto público, y envió ochenta soldados, que no pudieron nada ante los ochenta mil asistentes que desde la noche anterior se apostaron a lo largo de la montaña.

Al alba, el obispo y el delegado apostólico, comenzaron a subir a caballo, llevando el Santísimo

Sacramento. Arriba se celebró la Misa, se colocó la primera piedra del segundo monumento y se impartió la Bendición Eucarística a los cuatro puntos cardinales ‘para que alcanzase a los presentes y ausentes, a la Patria entera’.

La respuesta del gobierno no se hizo esperar: esa misma noche al delegado apostólico le aplicaron el ‘33’ (el artículo constitucional n. 33), y lo expulsaron del país.

Luego, el 30 de enero de 1928 fue dinamitado el primer monumento, del que milagrosamente quedaron ilesos el corazón y el rostro de Cristo, que a la fecha se conservan en el museo del santuario.

La Iglesia solicitó permiso para realizar el segundo monumento y el presidente Obregón nunca lo dio. Sin embargo el obispo Valverde no quitó el dedo del renglón. Aprovechando un pasillo de la Catedral de León, mandó realizar y colocar ahí un monumento a Cristo Rey, (el tercero), que consagró el 11 de enero de 1938.

Años después se decidió hacer discretamente un monumento que pudiera colocarse en la cima de la montaña. Éste se realizó en poco tiempo. Consistía en una columna de nubes en cuya punta estaba la figura de Cristo Rey. Fue transportada en partes, inaugurada el 10 de abril de 1942 y donada pocos meses después a la ciudad de San Luis de la Paz, Gto. pues por fin llegó un presidente, Ávila Camacho, que dio luz verde para realizar en la cima de la montaña (significativo lugar considerado por la Comisión de Geografía y Estadística Mexicana como el centro geográfico de México), no sólo un monumento sino un santuario.

A veintiséis años de que todo comenzara, Monseñor Valverde puso la primera piedra del actual santuario el 11 de diciembre de 1944. Su bóveda representa la tierra y sirve de base a una monumental estatua de Cristo Rey en bronce, de 20 m. de altura. Para recabar fondos, la cabeza fue llevada en camión por todo el país en una ‘gira misionera’ muy conmovedora pues la bella y serena expresión del Divino Rostro animó numerosas conversiones. Se levantó también un santuario dedicado a María Reina. Ambos se concluyeron en los años cincuenta. Su bella y dificultosa historia prueba lo que

puede la tenacidad y el amor del y al Señor, e inspira una declaración que es a la vez una súplica: Cristo Rey, ¡reina por siempre en nuestros corazones!

(Elaborado con datos obtenidos del libro de José de Jesús Ojeda Sánchez, 'Tabor Mexicano', León, Gto, 1982).

OBRAS DE ALEJANDRA MA. SOSA ELÍZAGA

Libros publicados por EDICIONES 72:

PARA ORAR EL PADRENUESTRO

(Reflexionar y orar sobre cada frase del Padrenuestro)

POR LOS CAMINOS DEL PERDÓN Disponible también en MP3

(Guía práctica para lograr perdonar).

SI DIOS QUIERE Guía práctica para discernir la voluntad de Dios en tu vida

CAMINO DE LA CRUZ A LA VIDA

(Reflexiones sobre la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús)

VIACRUCIS DEL PERDÓN

(Recorrer las catorce estaciones caminando hacia el perdón)

VIDA DESDE LA FE

(50 Reflexiones para aterrizar la Palabra de Dios en tu vida diaria)

IR A MISA ¿PARA QUÉ? Guía práctica para disfrutar la Misa

DOCENARIO DE LA INFINITA MISERICORDIA DEL SAGRADO
CORAZÓN DE JESÚS (Doce meditaciones sobre la Misericordia Divina)

¿DESEMPOLVA TU BIBLIA! Guía práctica para empezar a leer y disfrutar la Biblia

¿QUÉ HACEN LOS QUE HACEN ORACIÓN? Guía práctica para empezar a orar y disfrutar la oración

Otras publicaciones

EL PAPA TE INVITA A REZAR SU ORACIÓN FAVORITA

Carta Apostólica ‘Rosarium Virginis Mariae’, de SS Juan Pablo II sobre el rezo del Santo Rosario, resumida y comentada por Alejandra Ma. Sosa E. (publicada por la Arquidiócesis de México y por Ediciones EVC no.259)

EL PAPA TE HABLA DE LA MISA

La Carta Encíclica ‘Ecclesia de Eucharistía’ resumida y comentada por Alejandra Ma. Sosa E. Publicada por la Arquidiócesis de México

Obras de AMSE disponibles gratuitamente en www.ediciones72.com

COLECCIÓN ‘VIDA DESDE LA FE’, Volúmenes 1, 2, 3, 4 y 5

COL. ‘LA PALABRA DE DIOS ILUMINA TU VIDA’, ciclos A, B y C

CURSO DE BIBLIA SOBRE HECHOS DE LOS APÓSTOLES

CURSO DE BIBLIA SOBRE EL EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO